

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 17 -- 23 febrero 1957 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - 11 Epoca - Núm. 429

FEUDALES
Y
COMUNISTAS

AGENTES AL
SERVICIO DE
UNA MANIOBRA
EXTRANJERA

CONTRA
LA PESETA
ESPAÑOLA



El secreto de la jalea real, por el doctor Octavio Aparicio (Pág. 11). — Entrevista con Domingo Manfredi, por Ernesto Salcedo (Pág. 17). — A las puertas de Galicia (Pág. 21). — El padre Luciano Cabrera Arias, capellán patrocainista, por Antonio Mérida (Pág. 25). — Toros en el ruedo de la T. V. de Milán, por José María Deleyto (Pág. 29). — Hombres sobrios en un lugar del paraíso, por Violeta Alicia Rodríguez (Pág. 32). — Juan Tellería, por Tomás Borrás (Pág. 38). — El libro que es menester leer (Pág. 44). — Nuestros castillos, por Fray Justo Pérez de Urbel (Pág. 47). — "La Tortajada", por Domingo Mayoral (Pág. 49). — Enrique Monjo, cuarenta años de trabajo en dos camiones de doce toneladas, por Pedro Mario Herrero (Pág. 54)



No se que tengo

Ni dolores, ni cansancio, ni malestar... Pero algo hay en el organismo que no funciona bien. Contra esos estados imprecisos entre la enfermedad y la salud, que no se remedian con drogas ni medicamentos, la «Sal de Fruta» ENO es insustituible. Proporciona los estimulantes y tónicos necesarios para regular la fisiología y aclarar la mente.

**INDICACIONES DE LA
"SAL DE FRUTA" ENO**

MALESTAR GENERAL
DESARREGLOS DIGESTIVOS
INSUFICIENCIA HEPATICA
ESTREÑIMIENTO
ARTRITISMO
INAPETENCIA
INSOMNIO-JAQUECAS
DESGANA - IMPUREZAS

ENO se vende en dos tamaños.
El grande resulta más económico.

**"SAL DE
FRUTA" ENO**

MARCAS

REGIST.

REGULA Y ENTONA EL ORGANISMO

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID



FEUDALES Y COMUNISTAS

AGENTES AL SERVICIO DE UNA MANIOBRA EXTRANJERA

ESTACION de Austerlitz, a la caída de la tarde. Los trenes de París con destino a la frontera española están formados en los andenes de las Grandes Lignes.

Por el destartalado vestíbulo de este edificio ferroviario de la capital francesa se mueven con prisas los viajeros. Con estrépito se deslizan las vagonetes cargadas con las sacas de correspondencia y equipajes facturados. Se habla en francés, español, italiano y también en inglés.

Unos apuran la última taza de café en el restaurante y otros prefieren la «buvette»—tasca en vulgar castellano—para tomar, a mejor precio, la copa de licor antes de encaramarse a los coches. Los hay que adquieren bolsas de merienda, con dos bocadillos y la correspondiente media botella de vino. Es la estampa habitual que

precede a la salida del tren, que a la mañana del siguiente día dejará cómodamente a los viajeros a orillas del Bidasoa, en las apacibles tierras de España.

Sin embargo, esta tarde funciona un servicio de «orientación» a los turistas que no se hallaba implantado en fechas anteriores. Unos individuos, bien distribuidos por las dependencias de la estación, estratégicamente plantados en sus accesos, distribuyen unos folletos «divulgadores». Lo hacen también, sonrientes, por las escaleras del Metro y en el patio de llegada de automóviles.

—Monsieur, c'est tres intéressant pour le voyage.

—Aunque no vayan a España, les interesa. Es gratis.

Recogen estas hojas impresas el horario de los principales trenes y el itinerario de los mismos, con

indicación de las paradas. Hay también sugestivos anuncios de hoteles franceses situados en la Côte d'Azur y en la Côte d'Argent. Todo esto muy mono, muy bien presentado, con ese buen gusto y coquetería que suele caracterizar a la propaganda turística de nuestro vecino país. Entre tantas cosas amables y como quien no dice nada, figura en los folletos un articulito encabezado con estas líneas: «Noticias de interés para el viajero que se traslada a España». De gran importancia han de ser por el celo que ponen sus distribuidores para que lleguen a todos. En los mismos asientos de los coches, se encuentran a disposición del viajero. Con su lectura, de pasada, se pone al descubierto un aspecto más de la repelente maniobra contra nues-

tra paz, nuestra economía y nuestro prestigio.

RECOMENDACIONES A «MONSIEUR LE VOYAGEUR»

Se entresacan algunos párrafos, dignos de figurar a la cabeza de los textos insidiosos redactados más allá de los Pirineos en estos últimos días. Comienzan, pues, las noticias de «interés» para el viajero que se pone en camino de España.

«Hay que prevenir al visitante de España que en este país los automóviles no pueden circular actualmente por falta de gasolina.» Y se añade poco más abajo: «El tránsito por las carreteras españolas es una aventura arriesgada, debido a las crecientes alteraciones del orden público que tienen lugar en todo el territorio español. Puede calificarse de muy peligroso utilizar los transportes colectivos, ya que los usuarios incurrirán en las iras de los españoles, que viven en estos momentos las primeras jornadas de una revolución popular.»

No se agotan con esto las tutelares recomendaciones a «monsieur le voyageur». A éste se le previene «del lamentable estado en que se encuentran los hoteles, que no han logrado sustraerse a la anarquía y abandono reinantes en todo el país». Para remachar bien el clavo se añade que «escasean los alimentos y es muy difícil adquirirlos, aunque se esté dispuesto a pagar por ellos un ojo de la cara».

Como colofón del artículo, bien rodeado de idílicas frases en loa y alabanza al tibio y perfumado clima de Cannes, se consigna esta espeluznante advertencia: «El que no desee malograr sus vacaciones y que éstas se transformen en una pesadilla, absténgase de pasar la frontera española en estos difíciles momentos que atraviesa el admirado país vecino».

Así, desde las orillas bulliciosas y dulces del Sena, los impenitentes sectores antiespañoles se han movido para secundar la maniobra de altos vuelos apuntada contra nosotros. Pero esto sólo ha sido una faceta de la ofensiva total, bien orquestada por grupos de exilados políticos y por esos otros perseverantes grupos que responden como un solo hombre tan pronto como se trata de poner una zancadilla a nuestros intereses.

REVOLUCIONES Y HAMBRES BIBLICAS

Esta maniobra «made in France» no puede ocultar el resentimiento de aquellos grupos por la pérdida de la hegemonía turística que venía ejerciendo hasta hace poco el país gallo. Ahora se da la circunstancia de que la gran ría internacional de viajeros no se remansa en tierras francesas con carácter exclusivo. Otros países, y España entre ellos, merecen también la atención de los visitantes por sus riquezas artísticas, sus variados paisajes, la simpatía de sus habitantes y, dato éste que merece destacarse, por la baratura de la vida española en relación con las otras naciones. Y esto les llena de amargura, sin duda.

Afilan sus armas contra la industria hotelera española precisa-

mente cuando más alto nivel de florecimiento y dignidad ha alcanzado. Los centros turísticos de nuestro país nada tienen que envidiar en punto a hoteles a ninguna de las grandes ciudades europeas, porque da la casualidad de que muchas veces las superan con creces. Molestan seguramente más allá de los Pirineos esos excelentes establecimientos que se alzan de nueva planta en ciudades como Barcelona, Madrid, Sevilla, Córdoba, Palma de Mallorca, o en regiones como Extremadura y Galicia. O en Canarias o en el Norte de España, sin olvidar tampoco los paradores y albergues que la Dirección General de Turismo ha emplazado en los puntos más interesantes de la geografía patria.

Coincide la arremetida procedente de tierras galas contra la corriente de viajeros que nos visitan, cuando se acaba de reglamentar, de perfecto acuerdo con las normas que rigen en la mayoría de los países extranjeros, el régimen y la práctica del «camping». Ante la posibilidad de que un gran sector de las masas que «trabajan» con su falsa propaganda se desplace a España con su tienda de campaña a hombros, como han venido haciendo en años anteriores, y compruebe así sus insidias nuevamente, no dudan en sacarse de la manga la supuesta escasez de gasolina, las supuestas revoluciones y las imaginarias hambres bíblicas. Y como auxiliares para las maniobras de más allá de los Pirineos, buscan la colaboración de otros limitados grupos minoritarios y nostálgicos del lado de acá de la cordillera.

UN REFRANERO NAUTICO AL SERVICIO DE LA POLITICA

No escasean pruebas de la coordinación de movimientos entre los que dirigen las «operaciones» acogidos al pabellón tricolor y los que siempre, deslumbrados por cuanto se importa de Francia, vibran y se soliviantan al recibir las consignas de aquéllos. Tanto es esto así que bien merece la pena dejar correr la pluma, copiando unos textos harto significativos, publicados recientemente.

Vaya en primer lugar el manifiesto del partido comunista español en el exilio, recogido de «L'Humanité» del pasado día 12 de febrero: «En el estado actual de España, una de las fórmulas de transición que podrían aprobar los partidos políticos, incluso el partido comunista, sería un Gobierno constituido por elementos liberales de diversos matices, el cual decretaría una amnistía general e iniciaría la restauración de las libertades. Para definir lo que nosotros consideramos elementos liberales susceptibles de tal colaboración diremos que son los que integran el antiguo Frente Popular y el abanico de tendencias agrupadas genéricamente bajo la denominación de «progresistas» y toda otra índole de versiones de la democracia».

El Buró político del partido comunista en el exilio no concluye su manifiesto sin felicitar calorosamente a todas las varillas de aquel abanico liberal, «que han actuado conjuntamente, cumpliendo las consignas recibidas, para consolidar el movimiento de

reconciliación nacional que se inició estos días pasados en Barcelona y Madrid».

Para la debida información de los menguados grupos que aún gozan de sueños idílicos para cuando se implantara ese Gobierno conciliador, resplandeciente de vetas liberales, «progresistas» y constitucionales, copiamos al pie de la letra las advertencias hechas por «Solidaridad Obrera», órgano de la C. N. T. española, que se publica en París. Dice así en su número del 24 de enero de 1957, página cuarta: «No hay quien les haga bajar del pedestal a los españoles partidarios de una «proclamación» compatible con la democracia. Y si es que realmente —que de real viene— pretenden armonizar a los españoles con tal arbitraje no lograrán su intento. Los pretendientes al gorro frío han de contar y decisavementne. El pueblo dirá así «esta boca es mía», dejará el papelito del voto en las urnas y allí quedará encerrada su voluntad».

Hay frases más tajantes dedicadas a los posibles defensores de un régimen institucional semejante al que presidió, en otros tiempos pasados, la vida de la nación, con su turno beatífico de partidos de «orden». El articulista Vicente Artes, en el mismo periódico, escribe sin dejar ninguna duda: «Las Juventudes Libertarias han dicho muchas veces que no negarán su apoyo a los demás partidos políticos, pero una vez logrado el objetivo número uno: el regreso a España, cada cual conservará su independencia de origen, tal y como dice el aforismo náutico al encontrarse dos naves en alta mar: «El verde con el verde y el encarnado con su igual; siga el rumbo cada cual».

Pero estos grupos exilados, que emplean un refranero más claro que el agua, parece que no hablan suficientemente explícito para algún que otro español que se mueve, con visiones bucolicas, del lado de acá, bien dispuesto a prestar oídos a las palabras procedentes de tierras francesas.

LOS QUE NO ESTAN «PARA SONARSE LAS NARICES»

Estas palabras, divulgadas profusamente por los órganos de difusión que actúan en Francia para corear las maniobras anti-españolas, no se han cansado de repetir a los cuatro vientos todo género de consignas rebosantes de «pacíficas» intenciones, con motivo de la actitud de unos pequeños grupos de Barcelona y Madrid durante los pasados días. Pero detrás de ellas se ocultaban las verdaderas intenciones.

Decía así el semanario «C. N. T.», de Toulouse, del día 27 de enero: «Hoy disponemos los exilados españoles de eficaces medios de comunicación y relación con España, utilizando la Radio y otros procedimientos». Más adelante, para tranquilizar a quienes al atender sus consignas podrían escandalizarse, añade cautelosamente: «Los refugiados del 39 debemos aparecer como buenos chicos.»

Pero los «buenos chicos» no pueden mantener su discreción. En frase grosera y áspera arenga «C. N. T.», del 3 de febrero: «Es-

tamos aquí en el exilio, no para sonarnos las narices ni cosa parecida, sino para intervenir decidivamente en España en cuanto se presente el menor resquicio».

Mientras esperan ese imaginario instante de invadir nuevamente nuestras ciudades y nuestros pueblos, como respondiendo a un toque de rebato, se han entregado recientemente a la más febril actividad. Para poner en movimiento el engranaje de su acción, inyectando al mecanismo buenos francos franceses, se apresuraron a abrir suscripciones en «pro de España». Las reuniones se prodigaron por toda la región meridional de Francia. Eran unos nerviosos llamamientos para que los exilados acudieran a los centros de Toulouse, Burdeos, Montpellier, Narbona. Y a los de París, Marsella, Roán, Poitiers...

Por su parte, los comunistas españoles exilados lanzaban arengas para que los militantes renovasen sus actividades e intrigaban en los cuarteles generales de los correligionarios franceses para hacer bulla en torno a los supuestos «acontecimientos» que tenían lugar en España.

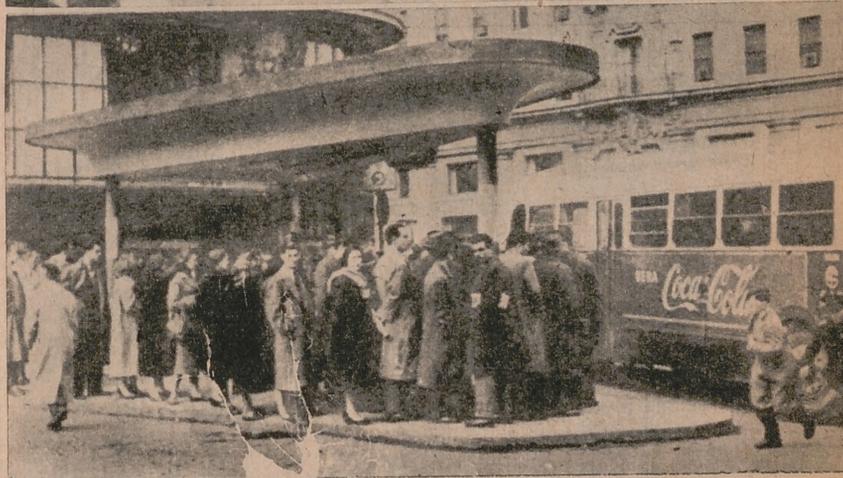
Eco no les faltó entre los sectores galos, bien dispuestos en todo momento a pescar en las aguas turbias, en provecho, naturalmente, de sus intereses. Por ello, no les faltó apoyo cuando se trató de desorientar al turismo y apartarle de los caminos que conducen a nuestra Península. Razones y sobradas tenían esos franceses para emprender la campaña. Según el propio M. Pic, secretario de Estado, el número de clientes en los hoteles del vecino país ha disminuido en un 80 por 100 en relación con el de un par de meses antes. En la Costa Azul sobre todo, la situación es de catástrofe y se está a punto de cerrar muchos establecimientos de hospedaje. En el departamento de Var, 85 hoteles se hallan en trance de instruir los expedientes para echar el candado a sus puertas.

Así se explica más claramente el significado y el alcance de los folletos distribuidos en la estación parisiense de Austerlitz, las fantásticas noticias sobre las «evoluciones» de España y el agotamiento de los depósitos de combustible y de los almacenes de víveres. Un gran sector de la Prensa francesa más influyente han prodigado las estampas del «caos» en nuestro país, y otros diarios, más discretamente, han arrimado también el ascua a la sardina. Como, por ejemplo, «La République Libre», que el día 1.º de febrero, escribía: «Atención al período de vacaciones y a la entrada de divisas Hay que garantizar a los extranjeros que podrán circular libremente en Francia como ocurre en Suiza, Alemania e Italia». Esta vez, silenciando el nombre de España, se alimentaba también la maniobra.

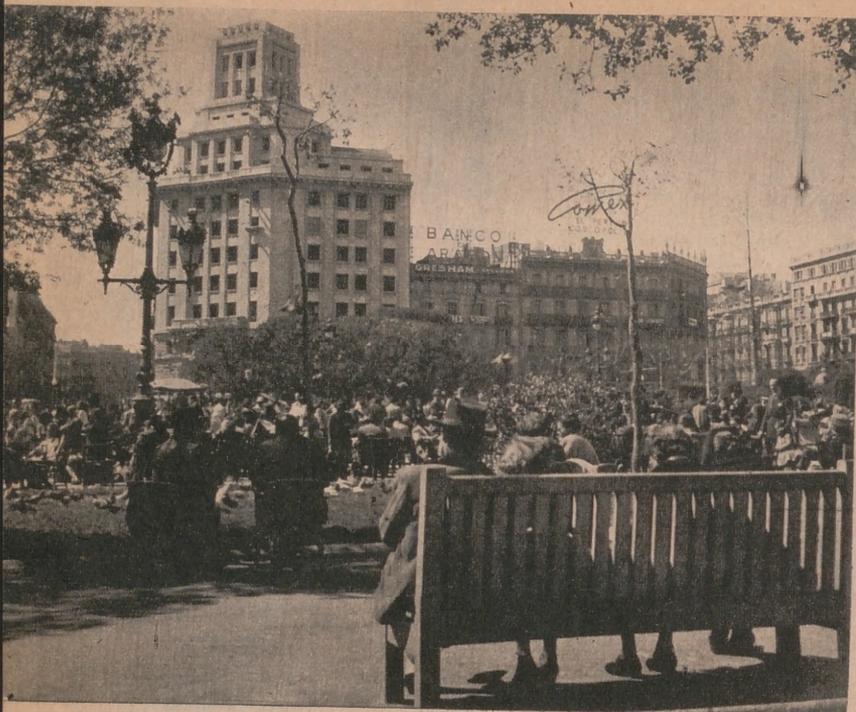
OTRAS BAZAS IMPORTANTES EN LA MANIOBRA

Otras poderosas razones tenían esos grupos para alzar sus voces en torno al «caos» de España, para hacer causa común con los exilados en contra de nuestros intereses y de nuestra paz.

Como clave de estos objetivos están las afirmaciones del sema-



La maniobra no dio el resultado apetecido. El día 8 de febrero, en Madrid, se usaron con normalidad los medios de transporte



Esta es la realidad de la vida diaria en las ciudades españolas



En la Casbah, los habitantes no parecen conformes con el régimen implantado por París

nario «Le Bled», órgano de información de las fuerzas militares francesas en Argelia. En su número del 12 de enero, hacía constar, refiriéndose a la estancia en Madrid del príncipe Muley Hasán y del ministro de Asuntos Exteriores marroquí, que cualquiera que fuese el resultado de las conversaciones, los problemas pendientes sólo podrían solucionarse estableciendo como única moneda de curso legal el franco, con la consiguiente eliminación de la peseta en la Zona Norte del Im-

perio. Y desplazando la influencia económica española, que ayuda a estos territorios, con beneficio exclusivo para Francia en la maniobra.

Respondiendo a estos objetivos tan claramente expuestos, sencillo resulta comprender el entusiasmo con que esos sectores han dado aliento y estímulos a la ofensiva en contra de nuestra Nación. Elevando sus voces con las de los exilados políticos, pretendían apuntarse otra baza en su haber. Divagando acerca del ima-

ginario «colapso económico español» querían propinar una carga antirreglamentaria, un golpe bajo a las tradicionales buenas relaciones de amistad de nuestra Nación con los países árabes. Y, de paso, evitar el comercio español con aquellos pueblos, de los que los propios franceses se han visto eliminados recientemente por sus muchas torpezas.

Era preciso desencadenar la campaña en vísperas de la visita a Madrid del Soberano marroquí y del Rey Saud de Arabia. Para ello no se regatearon desde Francia estímulos e incitaciones a la revuelta en el interior de nuestro país. Buena prueba de tales manejos es la aparición en determinados periódicos publicados allá de proclamas que días más tarde se intentarían distribuir en Barcelona o Madrid, a pesar de que en aquellos órganos de Prensa se hizo constar que se hallaban ya circulando dentro de España.

Por lo que respecta al Monarca de Arabia, las maniobras para impedir su visita a España han sido una prolongación de los duros ataques de parte muy importante de la Prensa vecina dirigidos a sembrar la confusión en el pueblo norteamericano, cuando su Presidente celebraba con el Soberano árabe muy importantes conversaciones para asegurar la paz en el Medio Oriente.

LO QUE SE SABE DEL LADO DE ACA

Con ocasión de la estancia del rey Saud en Estados Unidos, los periódicos más influyentes del país vecino han sacado a relucir los más duros epítetos dedicados a este monarca, anticomunista. En uno de aquellos diarios, después de agotar los sinónimos reservados para los gobernantes que según ellos no han estructurado al país respondiendo a los moldes de la IV República, atribuye al soberano árabe las más infantiles leyendas y fábulas.

Esta pueril campaña no va encaminada, precisamente, a reforzar la política de defensa del mundo libre puesta en práctica por el Gobierno de los Estados Unidos, pero a ciertos grupos les mueven más inútiles nostalgias y los galanteos con los comunistas, que los altos intereses del Occidente. Prefieren sacrificar la defensa frente a la U. R. S. S. antes que renunciar a las trasnochadas ilusiones de un sistema de partidos que fracasó por vez primera en España hace ya muchos años y que ha seguido fracasando en cuantos países los han adoptado en esta posguerra. Léase en Francia. Un mecanismo en que determinados sectores de «derecha» tendrían una fuerza mayoritaria, que sólo en la ilusa imaginación de sus flamantes líderes se daría.

Para tales (idealistas) que a pesar de su reducido número no dudan en secundar las consignas que llegan de más allá de los Pirineos, vienen muy a punto estas palabras de «L'Humanité»: «Los acontecimientos de España no son una lucha nueva. La lucha empezó el año 1936. Las Juventudes revolucionarias la mantene-mos viva desde esa fecha. Hoy nada ha cambiado. Todo sigue igual. Puede preverse ya claramente lo que ocurrirá cuando regresemos».



Protestas diarias contra Francia. Allí es donde la Prensa francesa puede encontrar hechos bien contrarios a la normalidad, como reflejan estas dos fotografías que aquí publicamos

¿Lo saben de verdad esos grupos de insatisfechos? Lo principal es que la nación lo conozca. Y España no ignora por dónde acecha el peligro, a pesar de que se intenta con esas maniobras crear una completa confusión. Porque los contubernios políticos no han sido jamás tan engañosos como ahora.

Hoy forman un frente único los upcoos que aún quedan con apetencias de trasnochados sistemas, a la vieja usanza, y los creyentes y vástagos de un socialismo parado en la hora de la II Internacional, los de la hoz y el martillo con los de las «legalidades» democráticas. Ahí están los feudales de todos los tiempos, que rasgaron sus vestiduras al llegar la revolución roja, olvidando que los «libatarios» que quemaron las iglesias en mayo de 1931 eran mayores de edad y «educados» en la sociedad de la que fueron minorías rectoras. Sucedió todo por la falta de visión política de aquellos feudales, atentos a la salvaguardia de sus intereses antes que a patrocinar una necesaria política social. Sucede así que un liberal puede resultar un ortodoxo comunista y todos los tachados de reaccionarios al «progreso», todos los que llevan a cabo la política social, los españoles en bloque, son la reserva de convivencia, de libertad, de tradición y de paz, por muchas campañas que muevan más allá de los Pirineos. Y esto sí que se sabe del lado de acá.

Alfonso BARRA





La ciudad de Tánger, donde se ha desarrollado, principalmente, la ofensiva de Francia contra la moneda española

CONTRA LA PESETA ESPAÑOLA

A raíz de haberse declarado Marruecos unidad política independiente comenzaron a aparecer en las revistas financieras francesas artículos expresando «el temor, ante el futuro, de la situación de la moneda francesa en Marruecos». Estos artículos que constituían, por una parte la propia angustia de los medios financieros franceses, oficiales y privados, llevaban anejó el encubrimiento de una maniobra conducente a eliminar la peseta de la que fué Zona española y dejar, cínicamente, como moneda prácticamente oficial y única, en todo el recién nacido Imperio marroquí, el propio franco francés.

Este clima de publicaciones técnicas no queda reducido a la esfera financiera sino que, obedeciendo a un plan preconcebido se extiende por la Prensa semanal y diaria.

Como resumen y conjunto de toda esta teoría que, como veremos, es puesta en práctica sistemáticamente, el periódico, «La Voix du Nord», el día 16 de enero, en pleno auge de la maniobra económica, publica un artículo no sólo significativo sino altamente revelador.

«La Voix du Nord» toma como motivo de actualidad las negociaciones celebradas en Madrid por el príncipe Muley Hasán y Balafréj, ministro de Asuntos Exteriores Marroquí con nuestro Gobierno, y dice que «las conferencias celebradas en Madrid el pasado mes de enero ante las autoridades españolas y el príncipe Muley Hasán y Balafréj, ministro de Asuntos Exteriores, tiene por objeto principal preparar la fusión económica de las dos Zonas de Marruecos. Sin embargo,

Rabat no desea que esta fusión se realice este año para no tomar a sus expensas la carga de la antigua Zona española en la que la situación económica es muy inferior a la de la Zona francesa.»

EL PROPOSITO DE IMPONER EL DINERO FRANCÉS

El anterior párrafo de «La Voix du Nord», sobre todo en lo que se refiere a la «desigualdad económica» entre las que antes fueran Zonas española y francesa se ve acompañada en anteriores y posteriores fechas inmediatas por noticias, comentarios o informaciones en las que se dice unas veces que «en la que fué Zona española, los árabes sólo podían comer carne de mulo, burro o caballo, porque la carne de vaca o de ternera era tan escasa, que apenas si llegaba para las más elementales y urgentes necesidades alimenticias»; que «en la Zona española hay tal inexistencia de telas, vestidos o trajes, que sólo los ricos y los militares pueden hacerse un traje al año, mientras que los restantes habitantes han de contentarse con aprovechar los restos que, a precios fabulosos, quieren venderles como favor los comerciantes amigos».

Se quiso hacer creer que existía un clima de miseria, escasez y pobreza en lo que fué Protectorado Español en África del Norte para demostrar que únicamente el sistema económico francés es el que, lógicamente, a la vista de los «hechos» es el que puede ofrecer realidades y soluciones.

Pero inmediatamente, el claro objetivo de la maniobra se advierte en los siguientes párrafos de «La Voix du Nord» que comentamos:

«No obstante, tarde o temprano, la Hacienda marroquí deberá absorber los mil millones de pesetas que circulan en la Zona española. Entre España y su antiguo territorio marroquí no hay ninguna barrera que obstaculice la libre circulación monetaria.»

Se advierte que lo único que preocupa al comentarista financiero es la existencia de moneda española en terrenos marroquíes y que constituye dicha circulación, libre y sin trabas una competencia para Francia. El objetivo está, pues, en eliminar, como sea, la peseta española de todo Marruecos, eliminación que tendrá un sustituto: el franco francés.

UNA SOLUCION INJUSTA E INTERESADA

Para Francia, la independencia de Marruecos, junto con la caótica situación argelina y la aventura catastrófica de Suez, le han supuesto la pérdida de los grandes mercados que ella antes dominaba con absoluta exclusividad como reina y señora de Haciendas. Y Francia, ante los hechos consumados trata de resarcirse y de atazar, por lo menos para un futuro bastante duradero, un mercado, el del Imperio marroquí, que al operar exclusivamente con la moneda de Francia, no tenga más remedio que ser su comprador en las condiciones y precios que Francia fije. Por eso «La Voix du Nord» sigue diciendo:

«Francia, por su lado, no puede aceptar que Rabat cambie pura y simplemente estos mil millones de pesetas contra diez mil millones de francos marroquíes, convertibles sin más formalidades en francos franceses.»

Aparece por primera vez la palabra francos franceses. Francia no solamente exige a Rabat la desaparición de la peseta, sino que quiere que se anule también el franco marroquí. Y para «reforzar» su tesis, lanza a los cuatro vientos el falso espejo de la emigración de la peseta.

Las pesetas tienen tendencia a refugiarse en lo que fué Marruecos español, con la esperanza, precisamente, de que llegue esa conversión inevitable en moneda francesa.»

Naturalmente, es falso que la peseta española tuviera, ni entonces ni ahora, tendencia alguna a amigrar de España. Mas para demostrar ante Rabat que esta emigración es cierta, Francia organiza y pone en práctica una auténtica invasión de moneda española en Tánger, en una operación antiespañola, que en los medios financieros franceses se conoce por el nombre secreto de «Operación Muerte»

VICTORIA EN LA BOLSA DE TANGER

Hacia mediados del mes pasado la Bolsa de Divisas de Tánger registra un día de repente una afluencia inuitada y desafiada de peetas. En aquellos días la Prensa francesa sigue dando consejos: «Rabat debe ahora, en primer lugar, detener el éxodo de pesetas, y luego sería preciso que el Gobierno marroquí encuentre los diez mil millones de francos para comprar las pesetas que circulan en la Zona Norte.»

Pacientemente, aunque con ór-



Entre los turbios manejos del exterior, la tradicional amistad hispanomarroquí permanece inviolable. En el Palacio de El Pardo se firman los Convenios judicial y diplomático entre España y Marruecos

denes precisas y urgentes, Francia ha ido comprando pesetas, reservándolas y acumulando un cierto volumen de ellas. Quiere así demostrar que efectivamente ha habido este éxodo de la peseta que ella, a través de sus órganos de información, ha difundido. Pretende con ello asustar a Rabat, devaluar la moneda española y hacer que sea declarada única legal el franco marroquí, que, como hemos dicho, es convertible a francos franceses sin ningún obstáculo, y de esta manera, desplazada y asustada la peseta, quedarse Francia íntegramente con el mercado marroquí.

La Bolsa de Divisas de Tánger, pues, recibe minuto a minuto ofertas de pesetas. Las pesetas son ofrecidas no a bajo precio, sino a precios francamente ridículos. Al mismo tiempo los agentes encargados de la operación difunden el confusionismo.

Así una cantidad de moneda española, siguiendo exactamente las normas de la «Ope-

ración Muerte», aparece como carente de valor. Francia con ello dice a Rabat: «La moneda española no vale. Ha llegado el momento de su eliminación.» Y aún más trata de hacer negocio redondo y forzar a que España, caso de caer en el engaño, gaste sus divisas en la jugada. Por ello, la Prensa francesa recomienda y ofrece soluciones: «¿Cómo realizar esta compra de pesetas? Madrid podría comprarlas con ORO O DOLARES para evitar que Marruecos las utilice en los mercados exteriores.»

La maniobra no tiene éxito. Madrid y Rabat ven claro y ninguna de las proposiciones francesas se hace realidad.

Pasan los días y aquellos que con ansias de especulación vendieron a bajo precio sus pesetas comienzan a dar síntomas de intranquilidad. Las conversaciones entre los Gobiernos del Imperio marroquí y de España, cristalizadas en firmados acuerdos económicos y solidificadas con la visita a España, el Sultán de Marrue-

cos, Mohammed V, convierten la inicial victoria francesa en una completa y tremenda derrota.

El día 8 de febrero, una fecha antes de la llegada a Madrid de Mohammed V, en las tablillas de la Bolsa de Divisas de Tánger se anuncia que, en menos de veinticuatro horas el dólar ha bajado cinco pesetas en los cambios y han subido 110 francos franceses las 100 pesetas. Este hecho, sostenido y aumentado en los días siguientes, es el certificado más patente de que la peseta ha vencido.

La seguridad, la paz y la economía española han sido, en resumen, los tres guerreros que han permitido que se enarbolase con alegría el estandarte de la victoria.

EL PAPEL DEL BANCO DEL ESTADO DE MARRUECOS

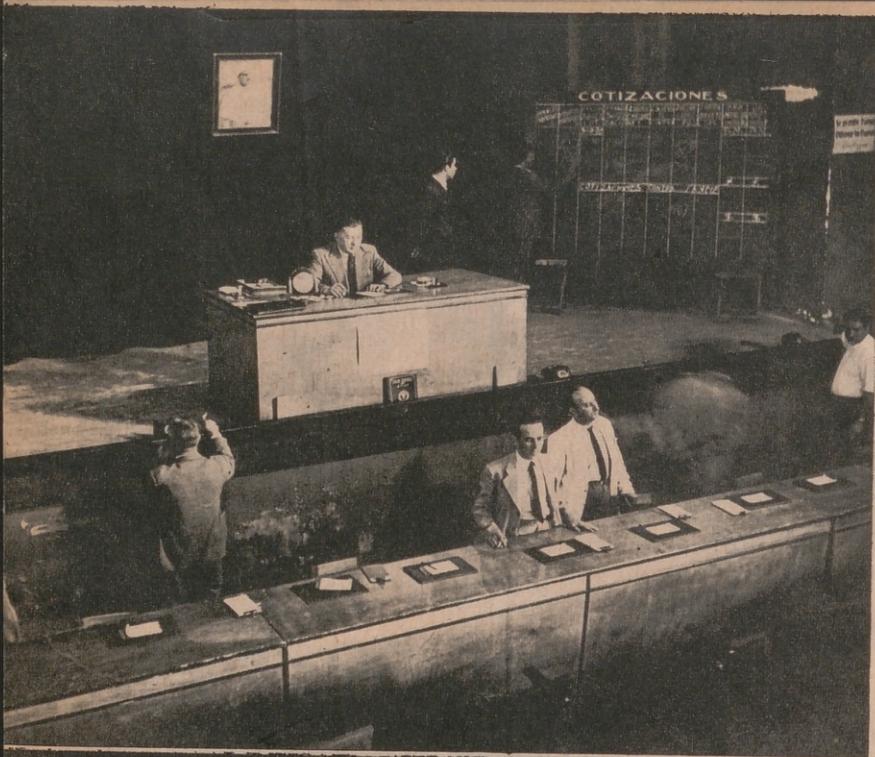
No es esta la primera maniobra francesa contra la peseta española en Marruecos. Ya al finalizar la Dictadura, Francia

LOS LIBROS DE MAYOR VENTA EN 1956

Vea usted en el número de LA ESTAFETA LITERARIA la encuesta entre las más importantes editoriales madrileñas

En el mismo ejemplar encontrará las siguientes informaciones: «Los premios «March» a Marañón, Pemán y Anglada Camarasa»; «El español no lee porque no quiere y porque no puede»; «Retrato de una familia italiana en «El ferroviario», de Pietro Germi»; «Africa, futuro de la pintura»; «Martín Ocaña habla de los colores-sonido»; «La colección Martí Esteve, una de las más famosas del mundo, está en Valencia, y en ella se encuentra el tesoro de Chestre»; «Mejores y nuevos estilos de jazz en discos microsuros»; «Un teatro para folklore español a 80 kilómetros de París», y sus habituales secciones

Lea usted LA ESTAFETA LITERARIA, el gran semanario español de las Artes y las Letras, que se vende a TRES PESETAS



Arriba: Una visita de la Bolsa de Tánger, en donde la peseta española ha logrado una gran victoria frente a las maniobras extranjeras. Francia llevó a ella ciertas cantidades de pesetas con el propósito de provocar una baja artificial de nuestra moneda; maniobra que no tuvo el resultado previsto

quiso también, si no eliminar oficialmente la peseta entonces, porque no podía, si ocasionar un grave quebranto a la economía de España, provocando bajas y pérdidas de cotización en la peseta tan acusadas que todo el comercio de la Zona del Protectorado español revirtiese en la francesa con la consiguiente penetración y conquista de un nuevo mercado. Además, este golpe económico debilitaría el normal desenvolvimiento de España, creando no sólo dificultades en la obtención de materias en paí-

ses extranjeros sino imposibilitando el fortalecimiento de la reserva de divisas al tener que aceptar el pago en pesetas depreciadas.

En esta maniobra de la época de la Dictadura tuvo su papel el Banco de Estado de Marruecos.

El Banco del Estado de Marruecos nació como consecuencia de una arbitrariedad del acta de Algeciras.

En virtud del capítulo tercero, artículos 31 y 58 del Acta de Algeciras, se creó el Banco de Estado de Marruecos, en el que Francia

logró el control, mediante 6.600 acciones de 500 francos que representaron el 21,42 por 100 del capital inicial, que fué de 15.400.000 francos. La facultad concedida al Banco de Estado de Marruecos de emitir papel moneda permitió a Francia lanzar al mercado el franco marroquí, moneda, pues, indirectamente francesa.

Alrededor de una cifra en monedas «hassani» de plata equivalente a 40 millones de pesetas, que entregó el Gobierno marroquí al Banco de Estado de Marruecos con fecha 28 de diciembre de 1921.

Ahora bien, esta reserva era insuficiente para garantizar totalmente el papel moneda en circulación. Por ello, mediante presiones francesas, se creó un organismo denominado «Bureau Marroquí de Control de Cambios», que dependía en todos sus aspectos del «Bureau de Control de Cambios» del Gobierno francés establecido en París. Francia, pues, controlaba de esta forma la Hacienda y la economía marroquíes, así como el comercio exterior, que se veía obligado en su 70 por 100 a operar con el bloque del franco francés, ya que el «Bureau de Control de Cambios» obligaba a importar la mayoría de los productos industriales de Francia y a vender al extranjero en monedas fuertes: libras, dólares y francos suizos, que luego entregaba a Marruecos en francos marroquíes.

Por este mecanismo Francia quiso aprovecharse de su situación de privilegio en la entonces Zona francesa, y trató de absorber para sí el sistema monetario español como reflejo de la catástrofe que trataba de producir.

Hoy, en el Imperio marroquí se considera la necesidad de una auténtica institución bancaria propia. El periódico «Al Ummah», portavoz que fué del Istiqlal, comentaba en uno de sus últimos editoriales: «En verdad que podemos decir que el Banco de Estado de Francia es una institución bancaria francesa en cuerpo y alma, y que si Marruecos es un Estado independiente y soberano, no debe admitir la situación anormal de que el franco y la Hacienda marroquíes estén totalmente a merced de una empresa extranjera...» En otro artículo afirmaba: «El destino de nuestra economía y de nuestra Hacienda, si no se realiza la nacionalización del Banco de Estado marroquí, estará en temible peligro, y permanecerá siempre a merced de la economía de Francia y de su estado económico.»

Ahora, como antes, la maniobra francesa contra la peseta española no ha dado resultado. La solidez y la seguridad de España han conjurado los propósitos enemigos.

José DE LA ROSA

EL SECRETO DE LA JALEA REAL

UN ALIMENTO MAGICO QUE DEVUELVE LA SALUD Y LA JUVENTUD

LA DIETA PRESCRITA AL SANTO PADRE POR EL DR. GALEAZZO

La jalea real ha desprovisto de todo sentido a los famosos versos de Rubén Darío que dicen:

*Juventud, divino tesoro,
te vas para no volver.
Cuando quiero llorar no lloro
y a veces lloro sin querer.*

Este canto de cisne, angustiado y melancólico, de un climatérico, ha sido sustituido por otro henchido de plenitud y lozanía merced a las virtudes energéticas, hormonales y polivitámicas de unos cuantos gramos de jalea real. Por lo menos es lo que afirman con entusiasmo sin límites los que han probado este presunto néctar de la juventud.

Hay casos múltiples. Unos concretos, en los que se puede citar el nombre del paciente y del doctor, y otros en los que el secreto médico ordena guardar una discreta reserva. Entre estos últimos figura la historia de una duquesa de la nobleza española que, agobiada por una intensísima vida de negocios y social había probado, sin ningún resultado, toda clase de regímenes dietéticos y de vida, cambios de clima, tónicos, preparados vitamínicos y hormonales. Cuando ya estaba aburrida coincidió en una tertulia con una de nuestras primerísimas figuras médicas.

—¿Qué hago, don Gustavo?— le pregunto, entre desesperada y escéptica, dispuesta a tomar arsénico si se lo mandaban.



El escaparate de una farmacia donde se muestran, como medicamentos, los productos de la abeja, entre los que destaca la maravillosa jalea real

—Tome usted jalea real, duquesa.

—¿Lo que Su Santidad?

—Sí. Pruebe usted a ver.

La duquesa removió Roma con Santiago, y al fin, en una farmacia de Madrid, consiguió que le preparasen un par de gramos con un cuarto de kilo de miel. Empezó a tomarla en ayunas...

Pocos días después volvió a encontrarse con la referida personalidad en otra reunión.

—¿Qué tal le va, duquesa?— le preguntó el doctor con su característica amabilidad.

—Estupendamente. Sobre todo he dormido como cuando tenía quince años. Me siento otra. Es como si me hubiesen quitado

quince años de encima. Me siento ágil, mi cabeza está completamente despejada. Estoy más alegre. Ha sido algo maravilloso. Parece de magia. Hay que hacer un monumento a las diligentes y laboriosas abejas.

**EL PAPA SE RESTABLECE
Y GANA DOCE KILOS DE
PESO**

El caso de Su Santidad Pío XII es en parte conocido de todos. No obstante refrescaremos un poco la memoria. Cuando estuvo gravemente enfermo y los facultativos que le trataban dudaron de su curación, el doctor Ricardo Galeazzo-Lisi, su médico de cabecera, basándose en los tra-

bajos de Boyer de Belvefer propuso la administración de jalea real. Una comunidad de religiosos de Méjico proporcionó al Papa el primer kilo de jalea real. Con esta sustancia logró Su Santidad restablecerse y ganar doce kilos de peso. Meses después, en el Instituto Católico de Roma, Galeazzo-Lisi hacía una exposición de la enfermedad de Pío XII, del tratamiento y de sus resultados.

Desde entonces algunos preparadores de jalea real de todo el mundo han enviado remesas de jalea real al Santo Padre, entre ellos los españoles.

UNA VIEJA Y NUNCA PERDIDA ESPERANZA

Después de la extraordinaria publicidad concedida a la jalea real por la Prensa, radio y televisión con motivo de la sorprendente mejoría de Pío XII, la fe y la esperanza de una multitud de enfermos, algunos incurables, se ha volcado sobre este producto glandular de las abejas jóvenes.

Tuberculosos, cancerosos, paralíticos, viejos decrepitos la han tomado espontáneamente, confiados en sus mágicas virtudes. Incluso no pocos médicos, desorientados por publicaciones confusas, la han recomendado en los casos más diversos. Se han obtenido a veces indudables mejorías, pero estas es preciso atribuir a la poderosísima palanca de la fe.

La jalea real se ha convertido en unos cuantos meses peligrosamente en la más ideal de todas las panaceas: la que otorga una estimulante y eufórica energía y concede una larga vida. Este era el sueño dorado de Mitridates, aquel rey helénico que hacía experimentos en sus esclavos para no morir jamás, a la máxima ambición de los alquimistas de la Edad Media, que buscaban el elixir de la juventud.

El hombre nunca se ha contentado con vivir cuarenta o sesenta años. Ha deseado sobrepasar la centena con tanta más violencia cuanto más estaba convencido que era posible una larga vida.

Trescientos años antes de Cristo, Aristóteles había afirmado que cuanto más largo es el crecimiento del ser tanto más dilatada es su existencia. Basándose en este aforismo, Haller afirmaba en el siglo XVIII que la vida de cualquier persona debía durar de doscientos a doscientos quince años. En la actualidad el biólogo Lazarev ha pronunciado la última palabra. Tras de someter a minuciosas observaciones a dos compatriotas (Laguiachvili, de ciento cincuenta años, y Knapura Klout, de ciento cuarenta y dos), acaba de asegurar que el organismo humano es potencialmente capaz de funcionar sin contratiempo durante ciento ochenta años.

Con la ilusión de que se cumpliera esa ansiada promesa de juventud y larga vida se hicieron célebres muchos intentos, todos condenados al fracaso. Como vanas fantasías, cuando no perversidades, pasaron a la historia el bebedizo de Medea, el oro potable de los alquimistas, el «acqua

vital» de nuestro Arnaldo de Vilanova, el arcano de Paracelso, el lecho celeste de Graham, los extractos testiculares de Brown-Squard, las ligaduras de los conductos deferentes de Steinach, los injertos de Voronof y los sueros de Bogomoletz y Bardach, por cuyo tratamiento, que constaba de cinco a siete inyecciones, se pedía hace poco tiempo en París de 150.000 a 300.000 francos.

UN ALIMENTO MAGICO

Después de esta serie de intentos fallidos aparece la jalea real, que desde hace cinco años, a cada vez más esperanzas a los que anhelan conservar su vigor y lozanía hasta la misma hora de la muerte.

Aparte de los dos casos citados hay numerosos hechos que apoyan tales ilusiones. En su propio ambiente, en la colmena, es la quintaesencia, el soplo que da la vida y ocasiona la muerte. Sin jalea real no hay fecundidad ni reina. De aquí su nombre.

Constituye el alimento de la larva femenina durante los dos días primeros de su vida, en los que el desarrollo anatómico es idéntico para todas. Al cabo de cuarenta y ocho horas hay un momento crítico en la vida de las larvas. No es más que un cambio de alimento. La inmensa mayoría deja de tomar papilla real y comienzan a percibir su comida habitual, una mezcla de miel y polen. Unas pocas, a lo sumo veinte por colmena sin reina, seguirán nutriéndose con jalea real. Las primeras nacerán estériles obreras. Las segundas, fértiles reinas.

Esta papilla concede a las reinas vitalidad para vivir cinco años y no sesenta días como las obreras, liberándolas de los órganos de trabajo y suministrándoles, en cambio, los de una extraordinaria fecundidad, que les permite poner más de 2.000 huevos diarios, que representan el doble de su peso. Además, por obra de la jalea real la reina alcanza en seis días un peso 5.000 veces mayor y goza de una vida veinticinco veces más larga que sus compañeras.

Larga vida, mayor peso y tamaño y extraordinaria fecundidad, tales son las tres gracias que concede la jalea real a las reinas de las colmenas. ¿Puede conceder lo mismo a las obreras adultas, y no solo a las obreras, sino también a otros insectos y animales, e incluso al hombre? Esto es lo que se viene investigando desde hace cinco años.

EN BUSCA DEL SECRETO DE LA JALEA REAL

Son muchos los que se interesan por arrebatarle el secreto a tan prodigiosa sustancia. Desde Premios Nóbel, como Banting, descubridor de la insulina, hasta monjes de Méjico y España, pasando por célebres endocrinólogos, ingenieros agrónomos como el argentino Eduardo Martínez Rubio; técnicos, apícolas y farmacéuticos, como Julio Valenciano; químicos y especialistas puros en esta materia, cual Garci-Alejo.

Aunque hay numerosos médicos

que estudian con suma atención los problemas farmacológicos y terapéuticos de la jalea real, en general muestran una acentuada reserva, en espera de resultados más abundantes y concretos.

En conjunto se observa en las investigaciones una falta de orden y de sistematización, de rigor científico. En algunas conclusiones se aprecia una discordancia, tanto más acentuada cuanto mayor es la finalidad comercial del que investiga y su deseo de desorientar al posible competidor. Este estado de cosas y la extraordinaria fe que todo el mundo pone en la jalea real, a la que se le exigen verdaderos milagros está creando un ambiente confusionalista y harto optimista, que puede más tarde perjudicar a la buena fama de las verdaderas virtudes y aplicaciones de la jalea real.

Por eso, los investigadores serios, entre los que se encuentran en España Julio Valenciano, Garci-Alejo y Ortega Monterola, tratan de precisar con exactitud las propiedades y limitaciones de esta sustancia.

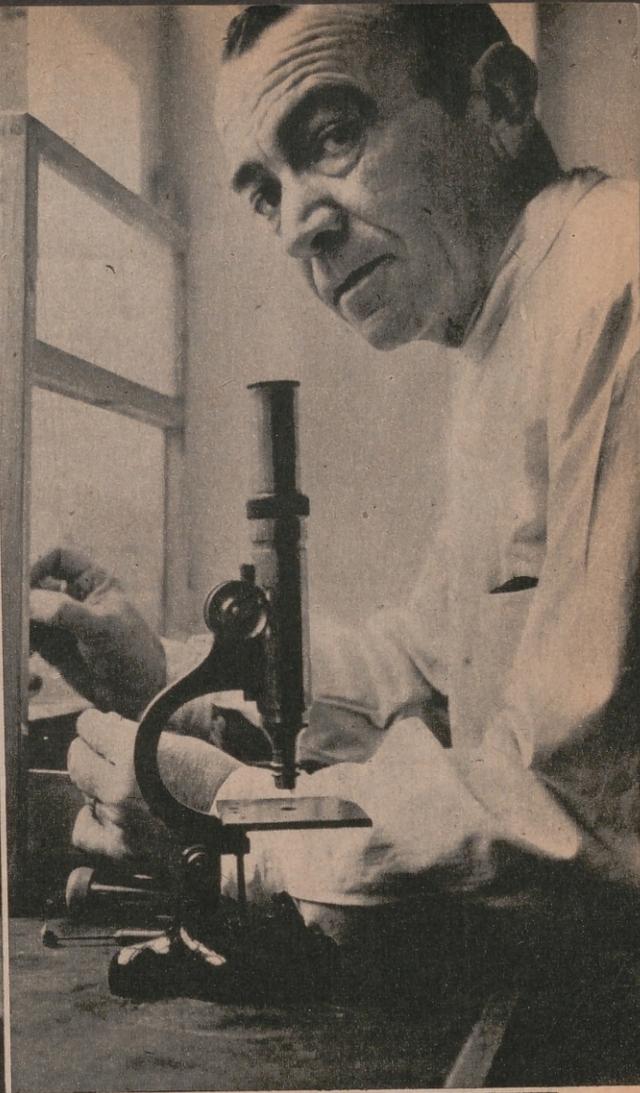
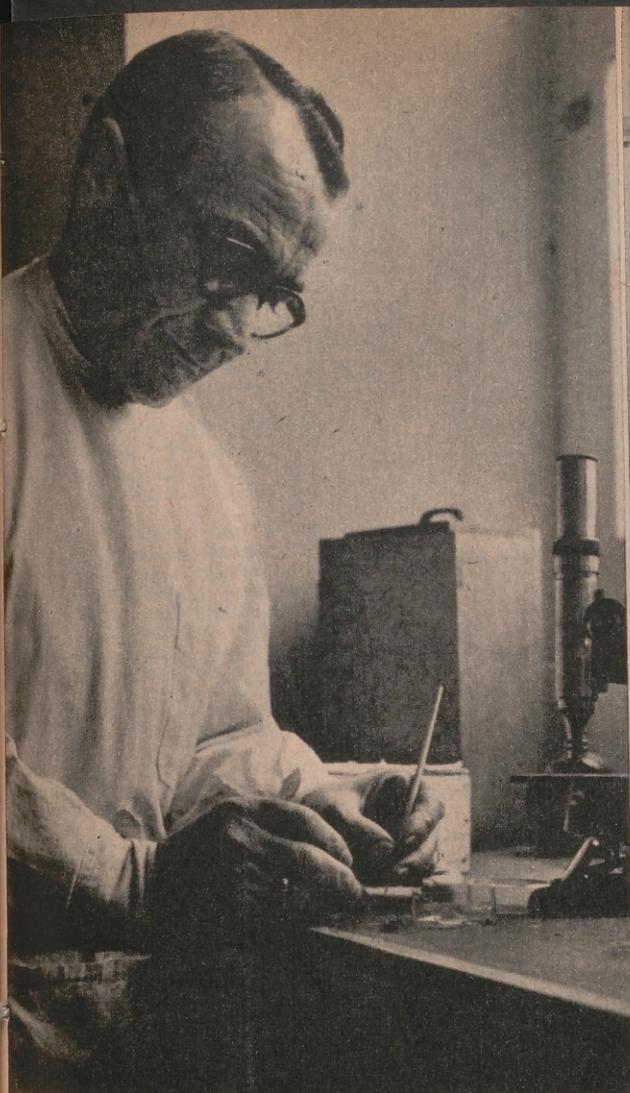
UN «COCKTAIL» DE VITAMINAS, AMINOACIDOS, MINERALES AZUCARES Y HORMONAS

Ya hemos dicho que la jalea real es una sustancia segregada de las glándulas cerebrales de las abejas jóvenes, que por nutrir a la reina se denominan nodrizas. Por este motivo y porque su constitución recuerda a la de la leche concentrada, se le ha llamado también leche de abeja. Aparte de jalea y papilla real, se le conoce con el nombre de gelatina real.

El gusto de la jalea al paladar es delicioso. Corregido su amargor con una solución azucarada, miel por ejemplo, posee un sabor sutilmente aromático que recuerda al de la leche cuajada sin agriar.

En la composición de esta sustancia entra el agua en un 66 por 100, un conjunto de proteínas en un 12,34 por 100; azúcares, 12,49; grasas, 5,46, y 2,84 por 100 de materia indeterminada. En este tanto por ciento, los ayudantes de Banting han encontrado un 20 por 100 de ácidos no identificados, en los que pudiera hallarse los factores hormonales de alto poder biológico de la jalea real. La riqueza en vitaminas de esta papilla es extraordinaria. Sobre todo de las que constituyen el complejo B. Por gramo se encuentran 6,6 gammas de tiamina, 95 de rimoflavina, 1,7 de biotina, 149 de niacina, 200 de ácido pantoténico. Además, contiene vitamina B-12, vitamina B-6 en una proporción diez veces superior a la habitual en las comidas ordinarias; ácido nucleínico, inositol, eserina, vitamina C y fosfatos. Las proteínas están integradas por diecisiete aminoácidos y una sustancia todavía indeterminada. Se discute la presencia de vitamina A, E y de factores gonadotropos y estrogénicos.

En conjunto, la papilla real constituye un producto biológico desprovisto de toda toxicidad, puesto que la dosis terapéutica es 72.000 veces más pequeña que



El microscopio es un valioso auxiliar en el estudio de las aplicaciones terapéuticas de la miel.

la teóricamente tóxica para el hombre. Se trata, pues, de algo que pudiera denominarse «alimento vivo». El célebre y popular doctor Gayelord Hauser lo comprendió así cuando lanzó el slogan dietético: «Para cuidar un cuerpo vivo, comer alimentos vivos», proponiendo a la jalea real.

LA LUNA DE MIEL

Mucho antes que este médico de los artistas de Hollywood, los romanos intuyeron en la miel, como conjunto, como símbolo y deseo de salud y vigor, al establecer la costumbre de que la madre de la recién desposada llevara todas las mañanas, durante una luna, una vasija con miel a la nueva pareja, de donde le ha quedado el nombre de luna de miel a la primera fase de la vida matrimonial. Ya desde los tiempos de Pitágoras, Demócrito y Virgilio, se reconocía a la miel la propiedad de conservar la vida largo tiempo. Indudablemente, la miel que consumían los antiguos, extraída de colmenas rústicas, debía contener en menor o mayor proporción jalea real. Meditese sobre la técnica imperante de preparar esta papilla real. Los más célebres productos franceses y americanos son una solución de gelatina real en hidromiel. En España, concretamente

en Madrid, las farmacias de Torres Muñoz y de Ortega Monterola preparan, según fórmula magistral escrita por los médicos, jalea real diluida en miel. Ortega Monterola mezcla en 300 gramos de miel 2 gramos de jalea, que ha sido previamente estabilizada por el técnico Garci-Alejo.

TODA LA HUMANIDAD DEBIERA SER CENTENARIA

Por el solo hecho de nutrirse de jalea real, la reina de las abejas tiene una vida 25 veces más larga que sus compañeras, las obreras estériles. Inmediatamente, en cualquier espíritu ansioso de mortalidad, surge la pregunta de si los hombres que se alimentasen con jalea real podrían multiplicar en idéntica proporción los días de su existencia. La respuesta está por ahora en los experimentos de Gardner y de Matthius. El primero alimentó con jalea real un grupo de insectos protectores de árboles frutales. Tal insecto vivió cuatro veces más que de ordinario. También nutrió a una variedad amorfa, llamada drosófila, con ácido pantoténico, que se encuentra en gran proporción en dicha papilla, logrando que su vida fuese más prolongada. Por su parte, el doctor Maurice Matthius, del

Instituto Pasteur, de París, tras de hacer experimentos en pollos, ratas, conejos, cerdos y patos, afirma que la vida de estos animales sometidos a dietas ricas en gelatina regia, se alarga en un 30 por 100.

El componente de la jalea real responsable de este incremento en la longevidad se discute todavía. Para Gardner sería el ácido pantoténico. Pero la cantidad de este ácido en las ampollas comerciales de jalea real es muy débil, alcanzando sólo la tasa de 3,5 gammas por grano. Se ha ensayado, por otra parte, del ácido pantoténico sólo, administrando por vía intramuscular un derivado alcohólico del mismo (Pantenol) en dosis crecientes de 2,5, 25 y 250 microgramos, sin obtener ninguna modificación clínica.

Rechazado como tal factor longevo el ácido pantoténico, ciertos investigadores admiten la posibilidad de que sea una combinación de biotina, piridoxina y nucleinato sódico, la que actúe sobre el ciclo vital.

En la terapéutica clínica se emplea ahora la jalea real, más que para alargar la vida, para prolongar y mejorar la salud. Los compuestos de jalea real obtienen su mayor éxito entre las personas de más de cincuenta años. Sus efectos ya los ha descrito la duquesa. Facilitan la vuelta al sueño normal, proporcionan más vigor, sensación de bienestar y eu-

foria, mejorando en conjunto actividades físicas y psíquicas. No devuelve la juventud desde luego, pero actúa como una inyección de juventud.

EL RETORNO A LA JUVENTUD

Sin embargo, cuando nuestra duquesa afirmaba después de haber ingerido jalea real:

—Me sentía como una muchacha de quince años.

Es posible que notara algún profundo cambio en sus antranas, algo así como la misma modificación que se produjo en las gallinas viejas que hacia tiempo habían dejado de poner, a las que un investigador administró dosis mínimas de jalea real, añadiéndola a la alimentación ordinaria. Este científico consiguió la renovación de la puesta mientras duró el tratamiento. A este respecto el preparado francés de gelatina regia «Vitagel» afirma en su prospecto que las mujeres en la menopausia pueden ser madres nuevamente si toman esta mágica sustancia. Sea esto o no cierto, el hecho es que suele recomendarse en los trastornos y astenias del climaterio.

Por último, aprovechándose de su creciente fama, las casas francesas de belleza han compuesto con pequeñísimas cantidades de jalea real cremas de tocador a las que atribuye la virtud de dar lozanía y juventud a los cutis marchitos.

SI USTED DESEA TRIPLICAR SU ESTATURA

En virtud de su alimento a base de jalea real la reina de las colmenas alcanza un peso y un tamaño mayor que las obreras. Indudablemente debe existir un factor de crecimiento en esta sustancia cuando las larvas de determinadas variedades de hormigas tratadas con ellas han originado ejemplares de dos centímetros de longitud. Lo mismo ocurrió con una rata vieja, a la que se le in-

yectó gelatina regia. El bicho comenzó a ganar peso. En lo que respecta a las personas todas declaran resultados idénticos. Don Julio Valenciano que injirió tres gramos en julio del 1953 ganó cinco kilogramos; la tantas veces citada duquesa recuperó varios, y el Papa Pío XII aumentó doce. Según el comunicado de su doctor, Galeazzo-Lisi.

Fundamentalmente lo que primero se siente después de tomar jalea real es apetito. Por eso otra indicación terapéutica de esta maravillosa sustancia es la anorexia, especialmente la mental. Recomendase, además, en niños en período de crecimiento, en los retrasos escolares de la infancia y en jóvenes con formación retardada.

¿PUDIERA SER UNA NUEVA ARMA CONTRA EL CÁNCER?

El doctor Grand, del Instituto del cáncer de Miami (Florida), por encargo de su director, doctor Ernest Ayre, está trabajando en un programa de investigación que abarca el estudio del efecto de la papilla real sobre las infecciones asociadas al cáncer y de las infecciones asociadas a tumores provocados.

Por otra parte, en el Slone Kettering Institute de Nueva York, se investiga si la jalea real contiene ácido desosiribonucleico, sustancia que está considerada como inhibidora del crecimiento tumoral.

En contraposición con estas investigaciones y sugerencias está la opinión de Gillaume, quien, en una recopilación de los trabajos realizados en Francia, escribe que la jalea real está contraindicada formalmente en la leucemia, en una enfermedad de división celular, debiéndose administrar con prudencia en el cáncer.

De todas formas, el doctor W. Schweisheimer, de Nueva York, afirma que según una cuidadosa estadística llevada por el Instituto del Cáncer de Berlín, desde hace treinta años, consignando edades

y condiciones de cuantos sufren tan terrible enfermedad, se observa la dudosa particularidad de no aparecer ni un sólo apicultor víctima de tal dolencia, no obstante existir en Alemania 19.026 apicultores.

El citado doctor, impresionado por tal noticia, ha comenzado en Estados Unidos a hacer otra estadística, y aunque ha encontrado algunos casos de apicultores afectados por tumores cancerosos, cree que la verdadera causa de sus defunciones fueron otras dolencias.

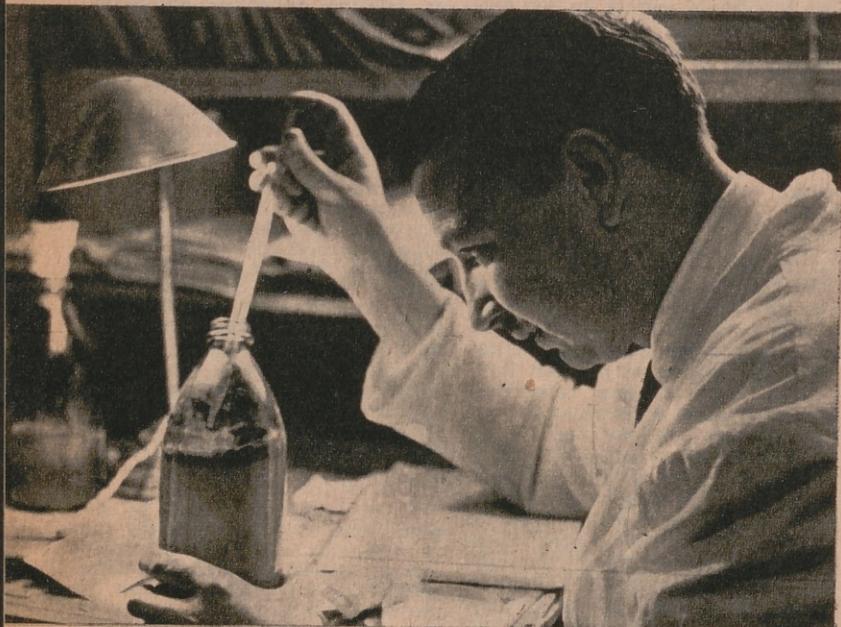
DENTRO DE QUINCE DIAS HABRA EN ESPAÑA 100 KILOGRAMOS DE JALEA REAL

En España son numerosos los espíritus inquietos que se preocupan por los problemas de producción, preparación y aplicación de la jalea real. En primer término figura don Julio Valenciano, farmacéutico y técnico apícola, director de la revista «Apicultura». El estudio de 200.000 abejas le permitió un perfecto conocimiento de la ascaridosis, una enfermedad parasitaria de las abejas, contra la que preparó el «apicariol» que posee una extraordinaria eficacia contra esta pestilencia apícola. Valenciano inició sus estudios sobre la papilla hace cinco años. Rogó a sus lectores que le facilitarían jalea real, reuniendo cinco kilogramos en buen estado en cuatro años. Al observar que muchas veces la gelatina llegaba en malas condiciones, pidió que le enviaran las reales a celdas completas. Como esto demostró ser muy complicado acabó ideando y fabricando un aparato extractor. Consiste en un frasco de color topacio que contiene una sustancia estabilizadora y que está herméticamente encerrado con un tapón perforado por dos tubos de plástico, también color topacio. Uno, acodado, se enchufa a la celda real. El otro se introduce en la boca de la persona encargada de la extracción. Don Julio Valenciano facilita a los apicultores este aparato con las instrucciones pertinentes. Luego los apicultores le envían la jalea real, que él proporciona a los laboratorios e investigadores españoles y extranjeros, pues ha recibido solicitudes de algunos países europeos y tiene pedidos de Colombia, Cuba y Brasil. Dentro de poco, aproximadamente un mes, dispondrá de 100 kilogramos, cantidad bastante considerable, teniendo en cuenta que la jalea real se administra por miligramos.

EL SEÑOR GARCIA-ALEJO HA LOGRADO ESTABILIZAR LA JALEA

El principal problema que plantea la jalea real no es la producción, sino su estabilización, esto es, su conservación en perfectas condiciones para que no se modifiquen sus propiedades.

De cada celda real se obtienen de 150 a 200 miligramos, lo que da una media de 10 a 20 gramos por colmena bien poblada. Calculando que en España hay medio millón en buenas condiciones de explotación, se podrían obtener anualmente unos 10.000 kilogramos. Pero ésta es una producción puramente teórica, en la colmena. Julio Valenciano ha resuelto su problema de extrac-



Un «cocktail» de vitaminas, aminoácidos y minerales. Azúcares y hormonas existen en esa muestra que el técnico se dispone a analizar bajo el cono de luz de la lámpara

ción; el señor Garci-Alejo ha hallado la forma de estabilizarla. Si no se sabe conservar, la papilla se estropea en cuarenta y ocho horas. Para conservarla hay que tener en cuenta fundamentalmente la temperatura, el grado de acidez y la luz. No puede de ninguna manera permanecer la jalea en frascos que no sean totalmente de color topacio y estén perfectamente cerrados. Garci-Alejo ha comprobado que el pH de la jalea real es tan importante que su variación no puede admitirse si está estabilizada. Un pH óptimo oscila entre 2,2 a 4.

La temperatura de conservación es también esencial, según el citado técnico. En el interior de la colmena hay una temperatura distinta de la del medio ambiente. Esta diferencia es preciso tenerla en cuenta, aunque parece ser que pocos son los apicultores que han pensado en ella. Por encima de los 28 grados se pierde una gran parte de las riquezas vitamínicas y factores que hasta ahora se desconocen. El primer síntoma de esta alteración se observa porque la jalea se hace más flúida y fermenta, hasta el extremo de que el corcho salta si no está bien atado. Al destaparse un frasco de papilla regia que ha estado durante varios días sometido a una temperatura superior a la indicada, aunque dicho frasco contenga poca cantidad, empieza a desprenderse un torrente de burbujas que hacen desbordar su contenido.

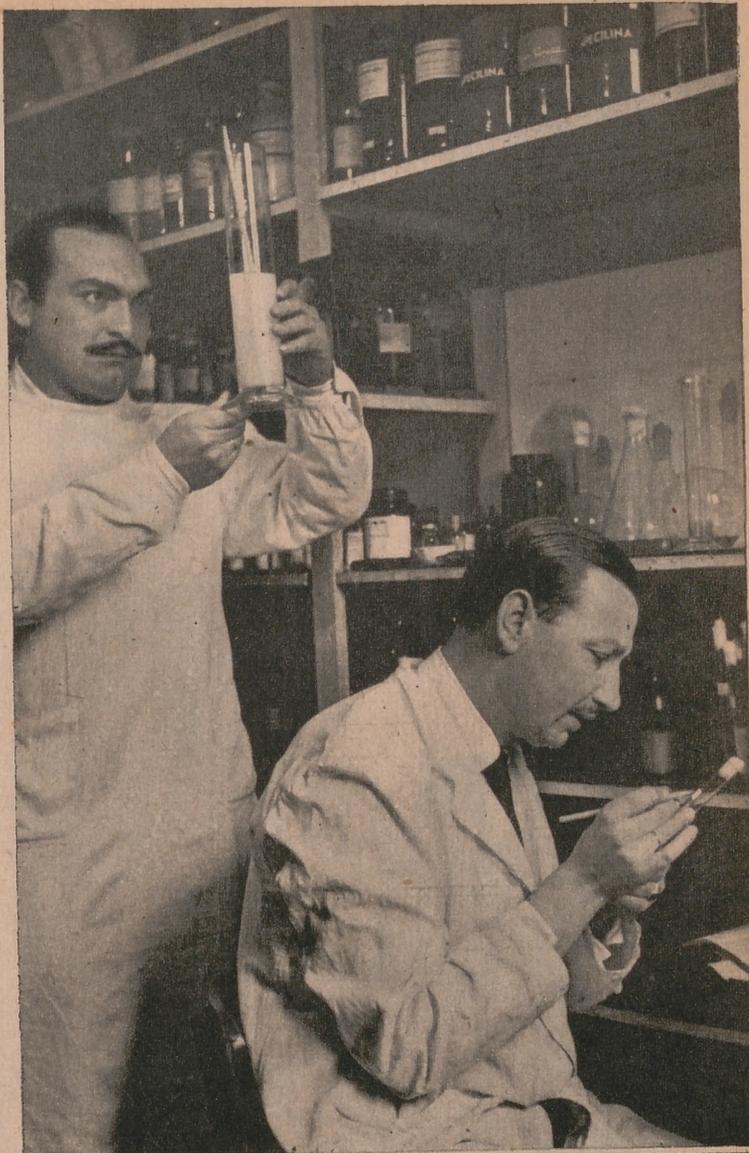
Una vez estabilizada la jalea real por el método de Garci-Alejo, no se produce este fenómeno a temperaturas superiores a los 35 grados, conservándose en estado de plena actividad los factores biológicos y terapéuticos, siempre dentro de unos límites que marcan el pH, la temperatura y la luz.

Los estudios de Garci-Alejo en torno a las abejas son más amplios. Entre los hongos saprofitos que pululan en el polen, el citado técnico español ha aislado las esporas de uno, que es muy posible sea uno de los factores etiopatogénicos de algunas enfermedades parasitarias de las abejas.

En España todavía existen otros grupos de científicos que trabajan en torno a la jalea real. Uno de ellos, constituido por un médico, un químico y un farmacéutico, han empleado ya en sus experiencias cerca del medio millón de pesetas. Pretenden incluso obtener jalea real sintética, lo cual, a juicio de los apicultores, quizá sea pretender buscarle los tres pies al gato, pues poniendo a pleno rendimiento nuestras colmenas y contando con nuestra extraordinaria riqueza de flores melíferas, se lograría obtener una producción suficiente para cubrir nuestras necesidades y abastecer a mercados extranjeros.

ALIMENTO-MEDICAMENTO

Bien porque su estabilización sea muy difícil, bien porque interese su escasez para mantener elevados precios, el hecho es que



Probetas, tubos de ensayo...; toda la técnica de un moderno laboratorio al servicio de la salud

suele administrarse en la actualidad en dosis pequeñas, de diez a ochenta miligramos por día, durante períodos de veinte a treinta días.

A nuestro entender, es éste un criterio erróneo. La jalea real no es un fármaco, sino un alimento de excepcionales propiedades biológicas, algo así como un «alimento vivo», y como tal ha de administrarse. En realidad, aún se desconocen las necesidades según el peso, la edad y el sexo de cada persona. Además hay que tener en cuenta las características especiales del paciente. Por lo tanto, más lógico y científico sería que el médico fuese quien estableciese la dosis mediante una fórmula magistral adaptada al caso. Este método se está imponiendo. En Madrid ya existen dos farmacias, que yo sepa, que preparan jalea real según prescripción facultativa. Además, tales fórmulas magistrales abaratan el producto considerablemente. Los dos preparados comerciales que existen en España en forma de específico se venden a 700 pesetas el gramo. Mediante fórmula magistral sólo cuesta

de 150 a 200, pues en realidad la papilla real adquirida a los apicultores, sólo importa de 40 a 70 pesetas el gramo.

NO HACE MILAGROS PERO MEJORA LA SALUD

Lo importante, desde un triple punto de vista social, sanitario y económico, es incrementar la producción de la jalea real al máximo y conseguir que su precio descienda, como bajaron los de los antibióticos. Sostengo esto porque no creo que la jalea real haga milagros. No es una panacea curallotodo. En cambio, es excelente alimento que puede mejorar la salud de las poblaciones, incrementando la capacidad y el vigor. No esperemos que devuelva la vista a los ciegos ni la juventud a los viejos; pero administrándola sistemáticamente es posible que realice en la comunidad humana lo que hace en la comunidad de las abejas: que origine una raza superior de reyes y reinas.

Doctor Octavio APARICIO



50 Aniversario en Europa de...

¡Helena Rubinstein!

Llegó de Australia, precedida de la fama de un producto: su Crema de Juventud, y triunfó.

El Corte Inglés se asocia a estas bodas de oro abriendo nuevamente su salón de belleza desde el 18 al 28 de febrero.

En él, Mademoiselle Anne Delcuzzi con su inigualable simpatía francesa, ofrecerá a todas las señoras sus productos y su consejo.

Mañanas: De 11 a 1.30

Tardes: De 5 a 7.30

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"



EN SEVILLA, POR LA PUERTA GRANDE

**"LA RASTRA": EL PRESENTE Y EL
PASADO EN UNA MISMA PERSONA**

**LAS TRES MANIAS DEL NOVELISTA: BUENA
MAQUINA, BUEN PAPEL Y BUENA LUZ**

JUAN Manfredi (¿en qué medida estará Juan Manfredi reflejado en el abuelo Juan de «La Rastra»?). Pasó muchas veces por la puerta del Ateneo de Sevilla, llevando de la mano a su hijo Domingo. Domingo Manfredi era entonces un niño. En el salón pequeño que se asoma a la calle de Tetuán, desde aquellos butacones unguados por la fama y la gloria literaria, los intelectuales sevillanos miraban distraídos al padre y al hijo, sin sospechar que en aquel pequeño de diez o de quince años hubiese latente un gran novelista, Juan y Domingo Manfredi, aunque nunca se lo confesaron entonces, soñaban con entrar en aquella especie de santuario de la cultura, siquiera fuese a título de curiosos. Más tarde, el hijo soñaría con ser socio de la docta casa, pero entonces, ¿de dónde iban a salir las escasas pesetillas que ha-

cian falta para matriculas y libros? Domingo Manfredi soñó con ser una persona conocida como aquellos ilustres sevillanos que ya habían escrito libros y a quienes él solo conocía por la letra impresa. Hubiese querido entonces tutear a los poetas y escritores famosos, sentarse en un butacón cara a la calle de Tetuán y dejarse admirar por otros muchachos soñadores de gloria como él.

Han pasado los años, no muchos. Domingo Manfredi ha entrado en el Ateneo de Sevilla y ha entrado por la puerta grande. Ha tuteado a gentes famosas le han agasajado y las más ilustres personalidades de la cultura sevillana le han brindado, con su mano, su amistad y su confianza. Domingo Manfredi, en la cátedra del Ateneo ha explicado su lección, su primera conferencia en Sevilla. Y el tema elegido no puede ser más significativo: «Algo más sobre Andalucía: diferencia entre lo andaluz, lo jondo, lo flamenco y lo gitano.» Es un tema muy tratado por Domingo Manfredi. De esas diferencias y de ese «algo más sobre Andalucía» nos habla el novelista en su «Biografía del cante jondo».

Y con ser tanto, no lo es todo. La conferencia no es un número previsto en un programa o curso determinado del Ateneo sevillano. Domingo Manfredi ha llegado a Sevilla y su conferencia es sólo el pretexto para dar personalmente las gracias al Ayuntamiento, al Ateneo, a cuantos en Sevilla viven, por el galardón literario que acaba de recibir. Allá por las primeras fechas del primer mes del año, los Reyes Magos dejaron en la ventana del novelista un regalo. Domingo Manfredi hace algunos años que vive en Madrid y de Sevilla le vino la gran noticia: «La Rastra» acababa de obtener el Premio Ciudad de Sevilla. Y con el premio, la gloria, la fama y... cincuenta mil pesetas.

Hoy Manfredi recibe el premio. Al entrar en el Ateneo, el novelista habrá sentido junto a

él la presencia indudable de su padre, de Juan Manfredi, que tantas veces soñó con ver a su hijo sentado en aquellos butacones verdes, rodeado de escritores, de poetas, de novelistas, de hombres de letras.

LA UNA MENOS CINCO DE LA MADRUGADA

Domingo Manfredi Cano es amigo de la buena charla, de la conversación larga, amigo de la tertulia improvisada.

—¿Por qué se presentó al Premio Ciudad de Sevilla?

—Porque lo convocaba el Ayuntamiento sevillano, porque me emocionó pensar que yo fuese el primero en obtener este premio, porque me «tiró» el alma de Sevilla, esa red invisible que a los sevillanos nos tiene presos, aunque no estemos en la ciudad del Guadalquivir, aunque hayamos vivido muchos años lejos de ella y aunque parezca que en el recuerdo se olvide lo que es inolvidable.

Domingo Manfredi tiene en sus manos la convocatoria. Sólo la impresión del folleto que invita a concurrir al certamen. Cuando leyó las bases, aquel mismo día, sin perder tiempo, tomó dos ejemplares de «La Rastra» y los envió por correo certificados al Ayuntamiento de Sevilla. Y no se ocupó más del asunto.

—Lo dejé en manos de Dios y esperé.

«La Rastra» había aparecido en los escaparotes en octubre, y tres meses más tarde estaba agotada.

El día 6 de enero era día de gala para las letras sevillanas, estremecidas con la ilusión de un galardón a punto de otorgarse. Noche grande, con cincuenta mil pesetas en perspectiva y la fama en litigio. Treinta y tres novelas iban a disputarse, en refidísimo campeonato, el primer nombre de una lista. Por primera vez se otorgaba este premio fundado por el Ayuntamiento y que llevaría el nombre de Ciudad de Sevilla. De las treinta y tres novelas presentadas, solo cuatro estaban

publicadas. Aquella noche resplandecían los salones del hotel Alfonso XIII. En torno a la mesa, los ocho miembros del Jurado. Presidía don Celestino Fernández Ortiz, teniente de alcalde delegado de Turismo. Formando círculo, don Florentino Pérez Embid, don José María Cernuda don Manuel Beca Mateos, don José Montoto, don Rafael Laffon Zambrano, don Joaquín Romero Murube y José María Gironella. Fernández Almagro, que también formaba parte del Jurado, no pudo asistir. Don Francisco Moreno Galvache dió sus votos por teléfono.

Después de unas horas, ya a los postres, cuando el reloj marcaba la una menos cinco de la madrugada, los romensales conocen el fallo. Unos minutos más tarde, las linotipias de todos los periódicos españoles fundan en plomo el nombre de una novelista y el título de una novela: Domingo Manfredi Cano y «La Rastra». Ganador y ganadora.

TRES MANIAS DE UN ESCRITOR

—¿Qué quiere decir el título de su novela?

—Es muy difícil encontrar en nuestro idioma una palabra que exprese con más seguridad la idea que «La Rastra» desarrolla. Es como si dijéramos una palabra mágica que tal vez por su semejanza fonética con el verbo arrastrar, me sugirió siempre la idea de un mundo de recuerdos y de influencias a rastras detrás de un hombre... No sé, es difícil explicar por qué se elige un título. Es una elección relativa, porque casi siempre surge de pronto y ya no hay manera de evitarlo.

—¿Cuándo pensó el argumento?

—Mucho antes de escribir la novela. Creo que en este caso se buscó la novela para el título y no el título para la novela como suele ser lo ordinario.

—¿Cómo escribe usted sus novelas?

—Escribo siempre a máquina, sin borrador previo. Esta novela,



Domingo Manfredi durante su discurso en el día de su homenaje

como todos mis trabajos, se hizo directamente. Apenas tengo que corregir luego algún verbo que no me gusta o un nombre propio que coincide peligrosamente con el de un pariente o amigo. Para «La Rastra» dedicaba dos horas diarias, de nueve a once, y tardé en hacerla dos meses. Mejor dicho, invertí dos meses en ponerla a máquina, porque en hacerla he invertido toda mi vida. Nunca me siento a escribir sino cuando lo que quiero decir está más que resuelto en mi pensamiento. Ahora hago lo propio con mi nueva novela. La tengo tan pensada y hecha en el pensamiento, que al escribirla es puro y simple dictado que me hago yo mismo. No puedo escribir de otra manera, ni aconsejo a nadie que haga lo que hago yo. En esto de escribir novelas, como en todo, cada maestrillo tiene su librito, que muchas veces, como en mi caso, ni el que lo usa sabe siquiera por qué lo eligió entre otros. Yo tengo, por ejemplo, la manía del buen papel, de la buena máquina y la buena luz. Con papel malo, una máquina que no escriba bien o con mala luz, no soy capaz de hacer ni una gaceta.

—¿Podría resumir el argumento de «La Rastra»?

El novelista piensa la respuesta, mientras se cruza de brazos.

—Ha sido para mí más fácil escribir «La Rastra» que explicar su argumento. Mi amigo y maestro Tomás Borrás me preguntó un día el argumento de «El Quijote» y no pude contestarle. A cuento de esto vinimos a parar en que hay, quizá, novelas de argumentos y novelas de situación de ambiente. En «La Rastra», yo he querido exponer un problema universal: el del estilo humano. Mis críticos se han tomado el trabajo que yo les agradezco de todo corazón, de relatar el argumento de «La Rastra» y yo mismo me asombro de lo sencillo que es. Tal vez en esa sencillez esté la razón del éxito del libro, que, dicho sea en confianza, yo fui y soy el primero en sorprenderme de él... El escenario no puede ser más fácil, y los personajes y los problemas... ¿Hay algo más sencillo que un hombre que se enamora de una mujer? Y, sin embargo, las más hermosas páginas de la literatura están basadas en ese problema elemental. En definitiva, «La Rastra» quiere relatar el choque entre dos mundos: de un lado, la ciudad, de otro el pueblo rural; de una parte, el hombre ciudadano y cultivado; de otra, el hombre pueblerino, pegado a terruño.

El novelista se queda fijo mirándose, y añade:

—No, no es eso que usted piensa, es distinto, pero no sé explicarlo de otro modo.

«LA RASTRA» NO ES AUTOBIOGRAFÍA

La pregunta surge fácil.

—¿Podría decirse que «La Rastra» es una novela social?

—De ninguna manera. Es una novela y nada más. Yo planteo un problema humano, pero cuando escribía la novela, no pensaba en otra cosa que en plantearlo bien y resolverlo mejor. Sé que



Manfredi y su esposa Magdalena, junto a la catedral de Sevilla

era empresa difícil, pero confieso que todavía hubiera sido más difícil querer que el planteamiento del problema se sometiera a determinados cánones. Lo confieso sinceramente: Si ha salido una novela social ha sido sin yo proponérmelo. Sólo quise contar una visita a su pueblo del doctor Daniel Fárfole. Aunque ¿qué hombre no plantea problemas cada vez que se acerca a su familia, a sus amigos, a su pueblo, de ordinario lejano.

Domingo Manfredi Cano nació en un pueblecito de Sevilla, en Aznalcázar. Su juventud pasó entre la campiña de Sevilla y los pueblos costeros de Huelva. De una familia modesta, humilde, que supo del sacrificio y de una economía doméstica no muy rebusta.

—¿Hay autobiografía en su novela?

—No. Si acaso, en la figura del abuelo Juan puede haber como una sombra de la venerable figu-



El novelista y nuestro redactor pasean por los barrios de Madrid

ra de mi padre y mi madre tal vez está algo reflejada en la abuela María. Pero todos los demás personajes y el total de sucesos es por completo producto de mi imaginación.

—¿No son entonces sus personajes de carne y hueso?

—Ni mucho menos. Lo que pasa es que cada personaje, lugar o circunstancia de «La Rastra» tiene su correspondiente gemelo en todos los pueblos y en todas las familias; son, y Dios sabe que no es inmodestia, tipos universales. Así ocurre que cada cual ha visto en tía Cecilia o en primo Teodoro, o en tío Puro, por ejemplo, a su tía, primo y pariente Fulano o Zutano. Pero no es verdad y, desde aquí lo digo una vez más que cualquier parecido con gente o lugares es pura coincidencia. Eso de que yo he situado la acción de «La Rastra» en Aznalcázar es una afirmación gratuita. La novela tiene su lugar de acción en cualquier pueblo del mundo y, si no, que cada cual meta su mano en el pecho y diga si no tiene en su pueblo algún abuelo Juan y algún Daniel Fáfola.

—De «La Rastra» han salido unas veinte críticas, ¿podría decirme cómo ha reaccionado usted ante ellas?

—Yo leo siempre las críticas responsables con el mayor interés. Luego escribo una carta al crítico agradeciéndole la atención y, si es necesario, aclarándole aquellos puntos donde él haya planteado una objeción. Particularmente me han enseñado mucho en este aspecto las críticas de Sáiz de Robles, de Fernández Almagro, de Mostaza, de Antonio Valencia y de Rafael Vázquez Zamora, que son las que con más profundidad han calado en el posible mensaje que «La Rastra» lleve dentro.

UNA LISTA DE CINCUENTA NOVELISTAS

—¿Cómo ve usted el momento actual de la novelística española?

—La novela española está en un buen momento. No hay ningún Galdós, desde luego, pero es que un novelista así no nace sino de dos en dos o de tres en tres generaciones. A título de ejemplo, ahí están Tomás Salvador, José María Gironella, Castillo Fuche, Mercedes Salisachs, Miguel Delibes, Ferrarri, Marrero, Tudela, Martínez Orejón, Aldecoa, Pedro Alvarez y, en cabeza del escalafón, Insúa, Tomás Borrás, Zunzunegui... Podría darle a usted una lista de cincuenta novelistas espléndidos actuales, contando dentro de la actualidad a todos los que viven, porque Tomás Borrás, por ejemplo, lo hace ahora mejor que hace cuarenta años... En fin, esto es siempre delicado, porque no soy yo quién para señalar a nadie, ni entiendo tanto como para dar lecciones a quienes saben más que yo; no creo que un novelista sepa más de novelística

que otra persona, como no es un cordobés quien conoce mejor Córdoba, porque hay algunos que se han muerto sin entrar en la Mezquita. Eso lo tienen que decir los críticos.

Otro campo literario de Domingo Manfredi es la traducción. De ahí que, también por este oficio, Manfredi conoce bien la novelística extranjera. Cuando le pregunto por ella, el novelista responde:

—Como la nuestra, poco más o menos. Aquí cabe aquello de que en todas partes cuecen habas. Conozco una docena de novelistas espléndidos y diez docenas de medianías. Si una golondrina no hace verano, una novela, si quiera sea magnífica, no es bastante para cimentar un prestigio. Un novelista, aquí y en Pekín, no es nada hasta que ha escrito, por lo menos, diez buenas novelas. Eso creo yo. Pero ya digo que no tengo ganas ni autoridad para discutirlo.

—Hablando de traductores, ¿qué es un traductor en materia literaria?

—Un traductor es un artista, sin duda. Cumple una función meritísima, y prefiero un buen traductor a un mal novelista; es decir, prefiero leer la versión castellana que el traductor hace de una buena obra ajena, a las tonterías que, por su cuenta y riesgo, me cuente un novelista mediocre, aunque éste se saque las tonterías de su propia cabeza. No sólo creo la traducción un arte literario, sino que le doy, en la escala de valores de la creación, un lugar muy destacado. A mi juicio, claro.

UN ESCRITOR CON CUATRO VERTIENTES

Alguien ha dicho de Domingo Manfredi que es un escritor con cuatro vertientes. Ha escrito poesías, biografías, ensayos y novelas. Ahí están, por ejemplo, «Flor de marisma», «San Francisco Javier», «Geografía del cante jondo» y «La rastra», para no citar más que un solo título de cada vertiente.

—¿Cuál de estos aspectos es más entrañable para usted? O de otra manera, ¿quién más Domingo Manfredi: el poeta, el biógrafo, el novelista o el ensayista?

—Creo que siempre soy las cuatro cosas a la vez. Quizá por eso, en ninguna de ellas he alcanzado la perfección, ni mucho menos. Pero pregunto yo: si hago novelas, ¿dejará de serme necesario la ternura de mi poesía, el equilibrio de mis ensayos y el rigor metódico de mis biografías?

—Entre sus producciones literarias existen también títulos de algunos cuentos; ¿podría definir esta pequeña y difícil obra literaria?

—No tengo autoridad para hacer definiciones de este tipo, pero creo que un cuento es un mundo en la palma de la mano. Si no hay mundo, no hay cuento; si lo hay, pero no cabe en la palma de la mano, tampoco hay cuento.

—¿Es acertada la división de cuentos para niños y cuentos para personas mayores?

—No creo. El cuento es uno e indivisible. Lo que hay es, a mi juicio, diferencias de lenguaje. Más que cuentos para niños, por ejemplo, lo que debiera decirse sería lenguaje para niños en el cuento.

—Se ha dicho recientemente, y en mas de una ocasión, que es hoy, en España, la poesía, la más perfecta de las manifestaciones literarias, o en otras palabras, que hay mejores poetas que novelistas. ¿Usted qué cree?

—Puede que eso sea verdad, cuando lo dicen. Yo creo que, en efecto, hay poetas insuperables en España. Pero esto, pregunténselo mejor a Federico Sáiz de Robles, que sabe de estas cosas más que nadie.

VEINTE CARTAS AL DIA

Una de las virtudes más fundamentales, que hasta podría servir para definir a Domingo Manfredi, es su constante laboriosidad. Sé, por ejemplo, que hoy está escribiendo, o al menos preparando, una nueva novela.

—¿Quiere decirme algo de ella?

—No sé aún cómo será. Nunca sé si acierto hasta que lo veo y lo palpo. Hago lo que puedo por acertar, pongo en ello mis cinco sentidos, pero ya sabe usted que el hombre propone y Dios dispone. Cuando la próxima novela esté en la calle, usted mismo podrá juzgar si acerté o no, sin que yo haga ahora la pirueta de hacer un vaticinio. A nadie le parecen sus hijos feos y, sin embargo, es indudable que algunos niños lo son.

Como en Sevilla, como en los pueblos sevillanos o en los pueblos de Córdoba, en Ezpiel, por ejemplo, como en Huelva, Domingo Manfredi tiene en Madrid innumerables amigos.

—¿Cómo han reaccionado sus amigos ante el éxito de su novela y ante el premio?

—Nunca creí que tendría tantos y tan buenos amigos. Comida, homenajes, distinciones, cartas, telegramas... He estado veinte días dedicado casi exclusivamente a contestar esta correspondencia, con un promedio de veinte cartas diarias. La convocatoria del homenaje la firmaban quince personalidades de las letras y el periodismo, de las cuales, la mayoría son cabezas visibles y señeras. Fué un éxito, y hasta de Roma llegaron adhesiones. Uno de estos días me ofrecerán una comida mis jefes y compañeros de la Policía, a cuya Corporación me honro en pertenecer, aunque, a decir verdad, sea un policía bastante mediano, tal vez porque, para mí al menos, sea más fácil escribir un libro que llevar a buen fin un servicio policial complicado. En fin, que estoy emocionado con tantas pruebas de afecto, porque yo no creo merecer tanto.

Este es el hombre. Un hombre sencillo, a quien la gloria no enturbia con el cieno de la vanidad, y que el día del homenaje en Madrid pronunció, a juicio de sus amigos, el discurso de gracias más emocionante que hace años se haya pronunciado en estas circunstancias. Y es que Domingo Manfredi tal vez tenga una quinta vertiente, de la que él nunca ha hablado: la oratoria. Domingo es un orador seguro, y su palabra es noble y sencilla. Como él mismo.

Ernesto SALCEDO
(Fotografías de Mora.)

Suscríbase usted a

“LA ESTAFETA LITERARIA”

aparece todos los sábados

Montesquín, 2

MADRID

A LAS PUERTAS DE GALICIA



242 KILOMETROS MENOS DE MADRID A SANTIAGO PUEBLA DE SANABRIA Y ORENSE, UNIDAS POR EL FERROCARRIL

Los trenes para Galicia ya están aprendiendo otro camino. Hay que hacer nuevas las guías ferroviarias y acostumar los ojos a otros paisajes, a estaciones distintas y mejores. Así, de un golpe la noticia parece abultada: está a punto de inaugurarse el tramo ferroviario entre Puebla de Sanabria y Orense, y nada más. Hay que mirar el mapa, hacia ese recodo de España donde empieza Galicia y acaba el viejo reino de León, para ver todo el significado de esa información.

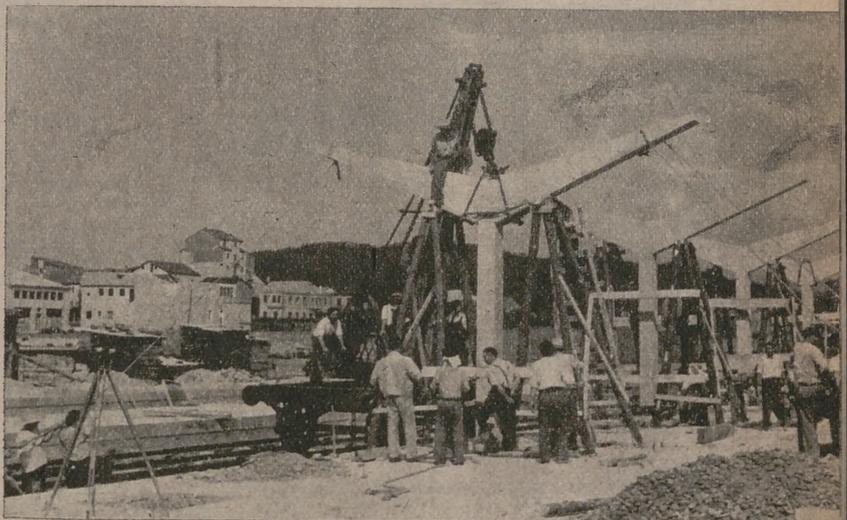
Es larga la historia de las dificultades ferroviarias de Galicia. El problema que hoy queda resuelto ha sido la piedra de toque de la política regional durante más de cien años. Los primeros caminos de hierro españoles eran, hasta en su nombre, un signo más de la influencia económica francesa. Era preciso que las manufacturas de Lyon y Burdeos hallaran campo abierto en España, y se trajo el ferrocarril. Galicia quedaba un poco a trasmano. Más tarde, como a regañadientes, después de ruegos y preguntas, de periódicos como «El Faro de Vigo», fundados con ese exclusivo objeto, se llevó el tren hasta el extremo del noroeste español. Años antes una Comisión de ingenieros, encargada de redactar el proyecto, fijó la línea a Galicia en Medina del Campo, partiendo desde este nudo ferroviario hasta Zamora. Después anteproyectos, proyectos, rectificaciones de lo que se llamó Ferrocarril Central de Galicia.

Y como las gentes no esperan, es preciso llegar a las rías, desde Madrid, por la ruta larga y cara

que se remonta hasta León. Cualquiera diputado que se respeta lleva siempre entre sus promesas electorales la construcción del nuevo trazado. Cuando ya los diputados no prometen nada, los proyectos van tomando cuerpo. En 1926, la Dictadura y don Miguel Primo de Rivera, al frente del Gobierno, ordenan la urgente construcción de la línea Zamora-La Coruña, por Orense y Santiago. Al año siguiente, el 23 de junio, el ferrocarril salta de los planos al paisaje; han comen-

zado las obras a ritmo acelerado, con prisa porque hace falta, y se calculan cinco años para su conclusión.

Don Miguel se marcha, y con él las esperanzas de toda una región. Las obras no se acaban: huelgas, paro obrero, reducciones en el presupuesto de la flamante República. Y con 1936, la guerra; dos años después de la victoria prosiguen los trabajos de los ingenieros, y en abril de 1943 se inaugura el tramo Santiago-La Coruña, sector final del ferrocarril.



Esta fotografía ya ha entrado en el álbum del recuerdo: los primeros trabajos realizados en la marquesina de la estación de Orense que, flamante, hace largos meses se halla en funcionamiento

rril, al que las deficiencias de comunicaciones concedieron prioridad. Hoy ha demostrado ser de un efectivo interés local. Independientemente del tendido general, el tramo Santiago-La Coruña es hoy vaso vital en la economía gallega, tanto en el transporte de viajeros como en el de mercancías.

En 1952 es inaugurado el primer tramo del tendido. La política de construcciones ha sido, pues, la del trazado simultáneo desde los dos puntos extremos de partida, con lo que, poco a poco, queda estrechado el cerco y las difíciles comunicaciones se van tornando cómodas.

La zona de Orense, rincón quieto de Galicia y avanzada de España sobre Portugal, tiene ahora nuevas oportunidades. Carballino —adonde hoy llega el nuevo tramo—, Verín y Lalín son pueblos que se asoman con fuerza a las rutas del tren. La ganadería de Orense, la mejor de Galicia, tiene ahora nuevos caminos, porque el macizo de Manzaneda ha dejado de ser el cuarto oscuro y olvidado de las cuatro provincias. La región, tierra de manantiales, de lluvias y de robles, es ahora una provincia metida de lleno en el afanarse económico de la nueva España.

El nuevo tren significará para Orense un inmenso crecimiento de su capacidad industrial. Hace falta remontarse mucho atrás, y quizá tampoco se lograra nada, para hallar otro caso como el de esta nueva línea que revoluciona en un momento toda la vida eco-

nómica, las actividades industriales y agrícolas de tantas provincias españolas. Tendrá que pasar bastante tiempo hasta que la renta nacional, los balances de las sociedades anónimas y la conabilidad particular de cada comerciante o labrador reflejen con toda su inmensa amplitud la significación de este avance por el acercamiento de dos miembros de España. La nueva ruta, el camino más corto desde el mar a la meseta, se verá jalonada en un período próximo con el establecimiento de nuevas industrias atraídas por la mayor baratura de los transportes. La agricultura será una de las primeras actividades en sentir el maravilloso poder del ferrocarril por Zamora. La salida de productos del campo se verá considerablemente incrementada y la economía agrícola dejará de ser aquí regional, y a veces local, para convertirse en nacional y participar en el movimiento económico de toda la Nación.

EL CAMINO HACIA EL MAR

En la construcción de toda la línea ha brillado la técnica más nueva y la experiencia más vieja. La reducción horaria en las comunicaciones entre Galicia y la meseta no debe sólo achacarse al menor espacio que ahora recorrerán las locomotoras, sino, además, a que los trenes correrán más a prisa entre Zamora y La Coruña. Las nuevas vías permiten mayores velocidades que el resto del tendido general de España. Se acabaron las curvas ce-

rradas, que hacen tascar el freno a los grandes expresos. En el tendido nuevo, las curvas no tendrán nunca un radio menor de los cuatrocientos metros.

Otro tanto cabe decir de las cuestas, cuando la máquina resuella y patina, trepando por la ladera de un puerto o cuando los frenos apenas bastan a contener la carga de vagones que empujan a la locomotora. Las pendientes máximas no serán aquí superiores a las 15 milésimas.

Una línea eléctrica de 15.000 vatios, tendida a lo largo de todo el trazado, suministrará energía al sistema de señalizaciones, alumbrado de las estaciones y a la diversidad de motores auxiliares. Este tendido garantiza una mayor seguridad en los enclavamientos eléctricos, de más reciente patente. Autorizada la partida de un tren quedan cerradas las salidas en dirección contraria en la estación siguiente, con lo que se obtiene una mayor seguridad en el tráfico ferroviario.

La línea del teléfono no seecerá junto a la vía, con esa ondulación aparente que finge la marcha del tren. Por primera vez en nuestra Patria, el tendido telefónico será subterráneo, en vez de aéreo, como se realizaba en la actualidad. En caso de temporal, así como en los accidentes ferroviarios, queda garantizada la continuidad de la línea. El mayor coste en la instalación del nuevo sistema queda sobradamente compensado con la seguridad de su utilización en cualquier momento. Además, el tendido subterrá-



LA SIMPATIA...

aumenta con el cabello bien cuidado.

Una fricción diaria con

LOCION AZUFRE VERI

evitará que se le caiga, y lo conservará fuerte, abundante, y con frecuencia ondulado.

Es el mejor remedio para que no se forme caspa. Los cepillos, peines y lavados la quitan solo de momento.



Frascos de 5 tamaños. PRECIOS MODERADOS, posibles por su gran venta y exportación a Hispano-América.

CON GARANTIA FARMACEUTICA

Si desea un folleto escriba a INTEA, Apartado 42 - Santander

RECETARIO DE COCINA

ENTREPLATE SOPAS HUEVOS ARROZ PESCADOS VERDURAS CARNES Y PAVO SALSAS BEBIDAS PASTES

Siga mi ejemplo, adquiere otros productos

PUDINES Royal

RIERA MARSA S.A.
BARCELONA MADRID VALENCIA SEVILLA

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
INDUSTRIAS RIERA MARSA, S. A.

neo, menos sujeto a averías que el aéreo, no precisa de grandes cuidados de conservación. El cable consta de cinco pares, de los que tres corresponden a los teléfonos omnibus, directo y selectivo, uno al bloqueo entre estaciones y otro de reserva.

A lo largo de la línea, y de tiempo en tiempo, unos pequeños postes mantienen las conexiones de socorro necesarias en caso de una catástrofe o una simple detención por avería. Basta adaptar a uno de ellos un teléfono portátil y queda automáticamente establecida la comunicación de ese punto con las estaciones inmediatas.

Todas las instalaciones eléctricas han sido obra de la Sociedad Española Ericson. Standard Eléctrica, S. A., ha montado el teléfono selectivo que, a lo largo del rail, hace la guardia, a la espera de una orden o de un mensaje.

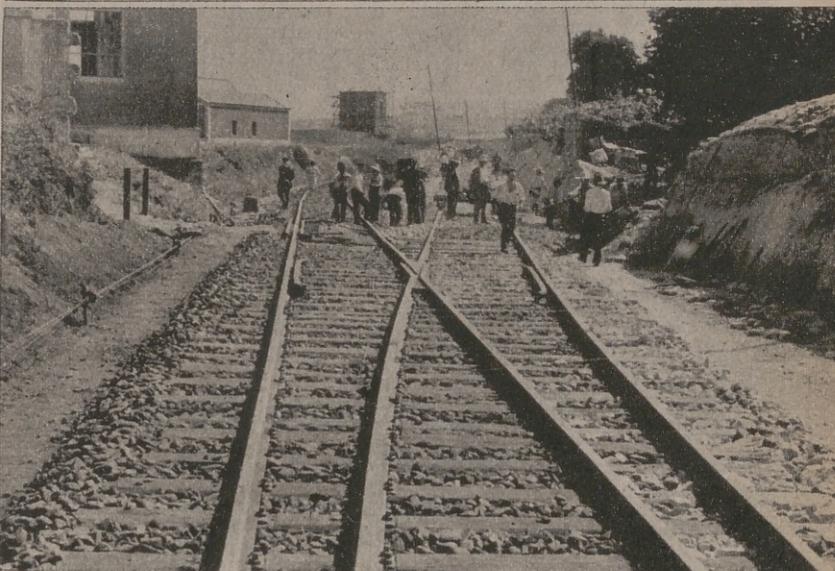
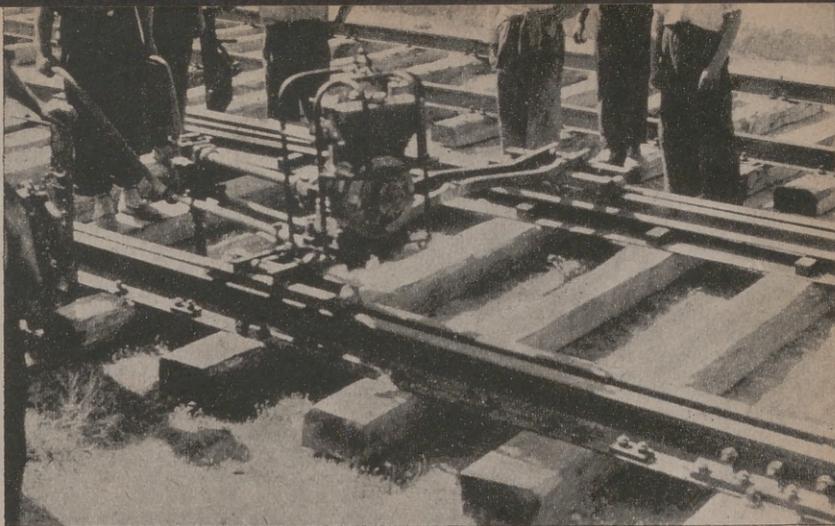
EN 453 KILOMETROS, CINCUENTA ESTACIONES

Son cincuenta estaciones, de todas las categorías, los nudos de este cordón de acercamiento entre las regiones españolas. El trazado representa un recorrido total de 453 kilómetros, 598 metros, de los que 74 kilómetros, 279 metros, corresponden a túneles, cifra que por sí sola representa un índice de las dificultades y problemas técnicos planteados durante la construcción. Y si esos números nada dicen, uno tras otro, significan también que el trazado completo entre Madrid y Segovia equivale al total de las perforaciones efectuadas entre Zamora y La Coruña.

Millón y medio de metros cúbicos de mampostería y sillería fueron empleados en las obras del ferrocarril galaicozamorano; nada menos que los necesarios para cargar con un muro de cinco metros de altura y medio de espesor toda la provincia de Madrid.

La Empresa Vías y Construcciones, S. A., ha sido la encargada de realizar todas las obras de superestructura, de poner en juego esos 692.000 metros cúbicos de esos hormigón, con los que, ya metidos de lleno en las comparaciones, se podría construir un macizo de las dimensiones del Palacio Nacional. Solamente en obras de fábrica y túneles se invirtieron 2.730.000 metros cúbicos de mampostería, sillería y hormigones, con lo que se podría formar una pirámide maciza veinte metros más alta que la de Gizeh.

Esta línea ha sido muy superior en coste a la de cualquiera otra de España, ya que las condiciones de utilización variarán notablemente. De Zamora a La Coruña no habrá nunca esos carteles que nos anuncian la proximidad de una vía que nadie vigila: «Atención al tren. Paso sin guarda.» También queda suprimida la estampa de la guardabarra que empuña la bandera enrollada al paso del expreso. La nueva línea no conocerá los pasos a nivel. Todos los cruces de carreteras y caminos de las comunicaciones de la región han sido salvados por pasos superiores e inferiores, que garantizan la continuidad y seguridad de los cruces. Aquí no habrá chóferes impru-



Metro a metro, las vías se han ido estirando a todo lo largo del camino. Máquinas y hombres han coordinado de un modo racional todos los esfuerzos

dentos que se metan en la vía cuando no deben, ni guardabarreras dormidos.

El número de estaciones se halla repartido muy igualmente entre los cuatro tramos. De Zamora a Puebla de Sanabria, la vía se

anuda en diez estaciones intermedias; de Puebla de Sanabria a Orense son trece. Doce son las actualmente a punto de concluirse entre Orense y Santiago, y once las que ya funcionan de Santiago a La Coruña.



Entre las quebradas y honduras del Ribero, el ferrocarril cruza el paisaje siempre caliginoso. He aquí una vista de la estación de Santa Cruz de Arrabaldo, entre Orense y Carballino

EN LUCHA CON LA GEOGRAFIA

A la vista de estos datos, es fácil comprender las dificultades, los trabajos y el esfuerzo de hombres y máquinas para avanzar un metro más de vía. La caprichosa hidrografía española no constituye excepción en esta zona. Doce viaductos jalonan con sus ojos grandes la ruta este nuevo ferrocarril. Entre ellos, dos se llevan el palmarés del tamaño y la longitud. El mayor de todos se levanta sobre el río Esla, a poca distancia de Zamora; son 481 metros de longitud, a una altura de 84 metros sobre las aguas del río.

El segundo puente corta el río Miño a la entrada de Orense. Tres grandes arcos se abren de par en par a las aguas gallegas, bajo el entramado de hormigón. Dos series de arcos más pequeños se alinean a ambos lados de los grandes ojos, hasta que el nivel del terreno recupera la horizontalidad. El puente es un poco como el vestíbulo de una ciudad que esperó el ferrocarril muchos años. Allá, al otro lado del río, queda Orense, pegada casi a la orilla, como si tuviera prisa por ver llegar un tren cualquiera bajo las largas marquesinas de hormigón, que son como un juego de manos de la ingeniería. Una larga fila de soportes aguenta el peso de las dos alas extendidas entre los andenes, casi como en un milagro de técnica. El hormigón se ha gastado con generosidad en todas las construcciones, pero sin dispendio. Gastar ahora es aho-

rrar para mañana; hay que pensar que estas marquesinas aguantarán durante muchos años, quizá hasta que no puedan ver una locomotora de vapor o unos paisajes que el tren habrá de transformar.

La orografía ha puesto también su empeño en las dificultades, obligando a construir túneles, como el de Padornelo, con una longitud bajo la montaña de 5.949 metros, un trayecto que es preciso pagar con dinamita. Otros tres túneles sobrepasan un recorrido de más de dos kilómetros cada uno. Varios más superan los 1.500 metros.

Naturalmente, el trazado de los raíles se ajusta al ancho normal de la red ferroviaria española, 1,74 metros. Los carriles responden al tipo unificado de 12 metros de longitud. Por cada pareja, siempre juntos y siempre separados, veinte traviesas de buena madera afianzan la unión de la vía. Peones y obreros de Orense y Zamora tendieron este puente de unión del centro a la periferia española. Por aquí vendrán los mozos gallegos a la siega de Castilla, y las cargas de los barcos de Vigo y La Coruña. Camino de Galicia pasarán las gentes que añoran el mar y los productos de la meseta.

Concluido totalmente el tramo hasta Orense, desde Puebla de Sanabria, se han efectuado ya las primeras pruebas. Todo está a punto en el tendido. Sólo resta ya el enlace Orense-Santiago. Y hasta la primera de estas dos ciu-

dades se han efectuado ya viajes de Madrid para comprobar que todo eso de las reducciones de tiempo y dinero no queda solamente sobre el papel.

UN AHORRO DE 242 KILOMETROS

Hoy, como en el XIX, el ferrocarril nos sigue trayendo regiones ignoradas o lejanas. Están de enhorabuena los hombres de Galicia. El recorrido del mañana significa, con respecto al actual, en el viaje de Madrid a La Coruña, un ahorro de 95 kilómetros, y de 242, en el de Madrid - Santiago. Las reducciones de tiempo previstas en principio, serán de cinco horas en el viaje de Madrid a Orense, y de ocho en el de Madrid a Santiago. Y no hay que ver tan sólo en estas reducciones la cómoda estampa de un departamento de pri-

mera clase. Donde verdaderamente alcanzan mayor valor las nuevas rutas es en el transporte de mercancías, que es preciso pagar por tonelada-kilómetro. Por si ello fuera poco, el nuevo trazado descongestiona notablemente la línea general del Norte, y favorece de modo indirecto el tráfico ferroviario entre otras poblaciones.

La provincia de Zamora es quizá una de las más intensamente beneficiadas con la puesta en marcha del ferrocarril. La riqueza cerealista de esta zona y las industrias derivadas de la ganadería hallan en esta arteria un campo nuevo en el comercio interior de España. El acercamiento hacia Galicia significa también la proximidad de los puertos, la facilidad y baratura de las exportaciones. El ferrocarril ha sacado a Zamora del rincón, para traerla, de un golpe, a la actualidad económica española. La comarca que lindaba con la raya portuguesa los pueblos de la sierra de la Culebra y de la Segundera, ya no precisan enviar sus mercancías a Zamora para, desde allí expedirlas al resto de España. Para muchos de los Municipios comenzaron a sonreír las perspectivas cuando se inauguró el tramo Zamora-Puebla de Sanabria. Otros han tenido que esperar más tiempo hasta verse cercanos a una de las líneas férreas más decisivas en el futuro económico de España. Hoy, la riqueza minera de la provincia zamorana tiene paso libre hacia las fábricas de otras regiones: estaño, cobre, hierro, manganeso y antimonio están listos para el embarque. Y también la piedra, granito blanco de las canteras seranas.

El lago de Sanabria, uno de los platos fuertes del turismo futuro, está ya entre Madrid y La Coruña. La magia del ferrocarril zamorano ha logrado para este lugar una categoría internacional.

Y en esto, como en tantas otras cosas, serán precisamente las zonas hasta hoy menos favorecidas las primeras en beneficiarse más intensamente del ferrocarril. Las tarifas, tanto para viajeros como para el transporte de mercancías, serán ahora tanto más reducidas, cuanto mayores sean las distancias que han de recorrerse. Las regiones apartadas, como la zona de El Bollo, en la provincia de Orense, entrarán desde ahora en los caminos normales de España.

Ahora, Galicia, está ahí, como quien dice, al alcance de la mano. Dentro de muy poco tiempo se acabarán para siempre los largos viajes hasta las rías, y ese magnífico ángulo del cuadrilátero español se acercará hasta el centro.

escritura flexible
y personal



El M-10-BIC
«montado sobre amortiguadores»
permite una gran variedad de
trazos finos y gruesos, según las
características personales de su
escritura, que así mismo ganará en
rapidez y comodidad.

HAY PUNTAS BIC
DESDE 5 PESETAS

BIC

"amortiguador"
8 PESETAS

LAFORREST, S. A. - MAESTRO FALLA, 19 - TEL. 39 49 68 - BARCELONA

Lea todos los sábados
**LA ESTAFETA
LITERARIA**
LA ACTUALIDAD NACIO-
NAL Y EXTRANJERA
DEL MUNDO ARTISTICO
Y LITERARIO

EL PADRE LUCIANO CABRERA ARIAS, CAPELLAN PARACAIDISTA

UNA VIDA DEDICADA
A LAS INQUIETUDES
DEL HOMBRE MODERNO

**"TIRARSE EN EL AIRE
CON UN PARACAIDAS
TAMBIEN PUEDE SER
UNA FORMA
DE HACER APOSTOLADO"**

¡P REPARADOS para saltar! Las palabras tienen un sonido extraño en el interior de la carlinga. El rurneio de los motores palpita en las sienes. Se seca por unos instantes la garganta, mientras que el corazón parece que acelera su marcha. Los segundos se hacen eternos. Puestos ya en pie los paracaidistas, reciben la bendición del «pater». Se esbozan algunas sonrisas que resultan forzadas. Las miradas se fijan en el padre Cabrera, tratando de encontrar en la seriedad de sus ojos un estimulante a la entereza.

—¡Salten!

La orden es fría, tajante. En este instante decisivo no cabe la menor indecisión.

Uno. Dos...

Un crucifijo de plata, bajo el traje caqui, se aprieta contra el pecho. «Santa María, Madre de Dios...»

El aire penetra frío, hiriente, por la portezuela abierta. Abajo, como en un dibujo borroso, la tierra se pierde en la lejanía. El cuerpo ha tomado impulso y se lanza al vacío. Ahora todo depende sólo de que se abra o no el paracaídas.

—«... ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.»

La caída, durante unos segundos, es vertiginosa, brutal. Después, una sacudida brusca. Luego... un balanceo suave, una sensación infinita de paz, de bienestar, como si se hubiese pasado a un mundo diferente en el que no hay ni prisas ni ruidos.

—La salida del avión es lo que



El gesto es un poco indefinido, pero adivina decisión y firmeza. Minutos más tarde, subía al avión para efectuar el primer salto, en una clara mañana de noviembre del pasado año



Rancho apetitoso y camaradería. Durante una de las etapas de su vida castrense, el padre Cabrera fué capellán de un regimiento de Infantería

más impresionada, por los segundos de sensación de vacío que experimenta uno hasta que se abre la blanca seda—dice sonriente el padre Cabrera—. Después todo es maravilloso. Se experimenta una sensación de tranquilidad y a la vez de gozo. Al contemplar encima de nosotros lo que supone la salvación, sale del pecho un «¡Gracias, Señor!» con toda nuestra alma.

PEQUEÑA BIOGRAFIA DEL «CURA DE LA MANTA»

Luciano Cabrera Arias es el primer teniente capellán castrense paracaidista del Ejército de Tierra. El padre Cabrera es un hombre joven, alto, fuerte, de voz firme y profunda. El padre Cabrera usa gafas, unas lentes finas, con montura de oro, que ocultan unos ojos vivos y penetrantes. La conversación del padre Cabrera es de gran amenidad, en la que algunas expresiones típicas de su

acusado andalucismo ponen una nota simpática de llaneza y afluencia. Y, sobre todo, el padre Cabrera ríe, ríe siempre, con una risa amplia, abierta, franca, sencilla y contagiosa.

El padre Luciano Cabrera nació el 26 de abril de 1926 en un pueblo de la provincia de Córdoba, Peñarroya, pueblo minero en donde el sol perpendicular se refleja en las casas blancas de cal y morenas de ocre. De su niñez los recuerdos que más profundamente grabados conserva son el de la muerte de su madre y la salida precipitada y angustiosa de Peñarroya, junto con sus hermanos Manuel, Angel y Luis, al iniciarse el Alzamiento Nacional. Pero de ellos prefiere no hablar. Son dos gotas de muy profunda amargura. Desde los nueve años vivió en Javalviejo, provincia de Murcia, muy cerca de Alcantarilla.

—De «chavea» era muy travieso. Si tuviera que pagar todos los

cristales que he roto o me soltarán detrás todos los perros a los que he atado latas en la cola...

Estudió la carrera de sacerdote en Murcia. Su primer cargo fué el de coadjutor en Santa María de Villena, Alicante (entonces diócesis de Murcia). Posteriormente lo fué de la parroquia de Nuestra Señora del Rosario, de Bullas, y después cura rector de Fuente-Librilla y encargado al mismo tiempo de los pueblecitos de El Berro y Gebas.

—En estos pueblos, más que por mi nombre era conocido por «El cura de la manta». Me lo pusieron porque regalaba una manta al chiquillo que mejor supiera el catecismo.

Pero el padre Cabrera se ha sentido siempre un poco castrense. Le gustaba hacerse amigo de los mozos. Aconsejarles cuando se iban a la «mill». Conocer sus problemas y sus inquietudes.

—No me he perdido una sola despedida a los quintos.

Hizo oposiciones a castrense en septiembre de 1954. Ha sido capellán del Regimiento de Infantería Alcántara núm. 33, en Gerona; del Regimiento Wad-Ras número 55, en Campamento, y actualmente lo es de la Agrupación de Banderas de Paracaidistas del Ejército de Tierra.

—Mi afición por el paracaidismo surgió porque desde mi iglesia, cerca de Alcantarilla, veía con admiración descender como copos de nieve aquellos paracaidistas de la Escuela de aprendizaje. Pensé que aquello valía la pena y que también podía ser una buena forma de hacer apostolado.

Y a los tres meses de haberle ofrecido su obispo la ocasión de cumplir sus deseos, brindándole la plaza que había vacante de capellán de la Agrupación de Banderas de Paracaidistas, saltaba por primera vez. Era el día 30 de octubre de 1956. De entonces a hoy, catorce veces ha saltado al espacio.

—Todos los paracaidistas tienen cierto reparo al salto que hace el número trece. Para mí ha sido el mejor de todos.

Y esta, a grandes rasgos, es la pequeña biografía de un cura sencillo, de un hombre valiente.

TOROS Y CANTE «GRANDE»

El padre Cabrera se siente andaluz por los cuatro costados. Es un andaluz «injerto» en Murcia, pero esa Andalucía...

—Es que hay que haberlo vivido. Esos jinetes de corto, sobre corceles que caracolean. Esos caballos que andan de costadillo, el alazán, el tordo, la jaca castaña... ¡Cómo arquean el cuello, cómo bracean contoneándose!

Al padre Cabrera le apasiona montar a caballo. Y le gusta el cante flamenco y le entusiasma la guitarra.

—Pero que conste que me gusta el cante bueno, el cante «grande». Las mixtificaciones para turistas, no. El cante gitano, el del yunque; el «martinete» que se canta solo, sin acompañamiento; las «tarantas» mineras, las «serranas», las «soleares»... Hoy casi no se entiende de cante. Yo soy



El padre Luciano Cabrera Arias toma el pulso al ritmo de la vida moderna: avión y «scooter» son dos constantes en su tarea de apostolado

joven, pero me gusta el cante de «antes».

—Oiga, padre, no me ha dicho nada de los toros.

Se ríe. Echa para atrás la cabeza, cierra los ojos y se ríe con su risa abierta y contagiosa.

—Hace precisamente muy pocas horas he tenido una discusión sobre este tema. Decían que Manolete fué un torero «corto». Pero si Manolete era como aquellas plazuelas de Córdoba: solitario, severo como encerrado en sombras, pero majestuoso. Lo más grande que ha pisado los ruedos. ¡vamos!

A propósito de los toros me cuenta una anécdota, pero me hace prometer que no la diré. Le doy mi palabra. Y la cumplo. Yo siento por usted, lector; es muy buena, pero he empeñado mi palabra.

Pero a cambio ahí va otra que también tiene lo suyo. En los tres pueblos de los que a la vez fué cura rector, Fuente-Librilla, El Berro y Gebas, hacía el recorrido en una mula que le prestaban. Cierta día fué una mula cocera, rabiosa. Iba montado, rezando, y se bajó para recoger una estampa que le cayó del breviario. Al volver hacia la mula, emprendió veloz carrera y se fué sola, siguiendo su querencia hasta la casa de su amo. Como ya anochecía, pensaron en el pueblo que algo le había ocurrido «al señor cura». En el entretanto éste había dicho a un pastor que avisase que no le pasaba nada. ¡Sí, sí! El pueblo entero, a la cabeza el Alcalde se le presentó por el camino. ¡Menudo susto le había dado el padre Cabrera!

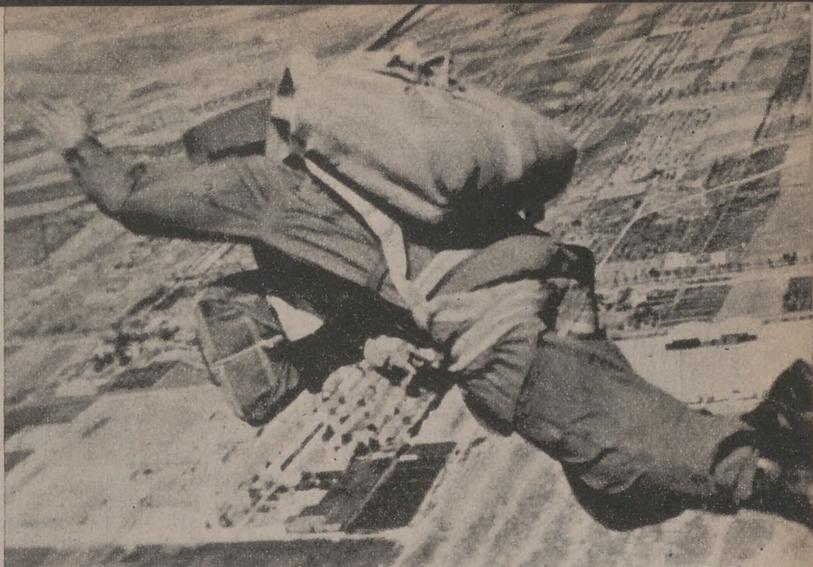
EL DILEMA DE UN NOMBRE

En la vida del padre Cabrera todo tiene algo de anecdótico. Su propio nombre es un dilema que no sabe cómo resolver. Me lo explica. Desde niño estaba firmemente convencido de llamarse Pablo. Por Pablo le nombraban sus familiares y amigos. Con ese nombre firmaba en la escuela y le han conocido siempre todos sus feligreses en las distintas parroquias por las que ha pasado. Pero desde que al arreglar los papeles para ir a la «mili» descubrió con gran sorpresa por su parte que su verdadero nombre es Luciano, el padre Cabrera está sumido en un mar de confusiones.

—Mi nombre que figura en el Registro es el de Luciano Pablo.

Precisamente su primera misa la celebró el día de San Pedro y San Pablo. Pero en la vida castrense su nombre es Luciano y con él figura en todas las órdenes. Ahora que los «muchachos» —como él denomina cariñosamente a sus compañeros paracaidistas— le llaman «water» y así se ahorran complicaciones.

La celebración de su primera misa también ofrece una nota curiosa. La ofició en la parroquia de la Inmaculada Concepción de Javalinuevo (Murcia) el 29 de junio de 1951, pero para que no se enfadasen los que habían sido sus paisanos desde niño, celebró otra seguidamente —el primero de julio— en Javalviejo. Y para no hacer de menos a su pueblo



Un fuerte manotazo del aire, y el padre Cabrera Arias siente su cuerpo en el vacío. Abajo, los objetos crecen a pasos agigantados



En la vida del Campamento, el alférez castrense es un compañero más de la oficialidad. Con orgullo y alegría ostenta sobre el pecho el emblema del Ejército del Aire

natal, se trasladó inmediatamente a Peñarroya, donde celebró una tercera el día 8 del mismo mes. Así, todos contentos. Y es que el padre Cabrera en todas partes por donde ha pasado ha dejado buenos amigos. Todos le quieren y él quiere a todos profundamente. Su cara se ilumina con una alegre expresión cada vez que recuerda a los que han sido sus amigos de juegos, sus compañeros de Seminario sus feligreses o estos «muchachos» que ahora se juegan la vida a su lado, saltando en el vacío con una sonrisa en los labios, como si se tratase de un juego divertido. Y es que el «pater» «salta» con ellos, y eso les proporciona una gran confianza.

PARACAIDISMO: ESCUELA DE PERFECCION Y DE SANTIDAD

—¿Cómo considera usted, padre, el paracaidismo?

—Militarmente, que opinen los que entienden de ello. Yo, como

sacerdote, veo en el paracaidismo una auténtica escuela de perfección y de santidad, ya que siempre hay que tener a Dios por amigo.

El padre Cabrera siempre se encuentra con ánimos para repetir la aventura de saltar en el vacío. Cuando se quita las gafas y cambia la sotana por el traje caqui y la seda o nylon de los paracaidistas sigue siendo el mismo.

—Hay muchas formas de servir a Dios. El camino no somos nosotros los que hemos de elegirlo; yo ando el mío con alegría, puesto que Él me lo ha señalado. Cumplo con una misión y esto me sostiene el ánimo, me fortalece y me da valor.

Desde el principio de su carrera eclesiástica el padre Cabrera siempre ha deseado hacer un apostolado directo. No ha reparado para ello en medios.

—Estoy convencido de que no han de ser los fieles los que han de venir a nosotros, sino que nosotros hemos de ir a ellos. Cono-

cerlos, comprenderlos en todos sus problemas, aconsejarlos identificándonos con sus inquietudes y, sobre todo, amarlos. El mundo necesita de mucho amor.

Y el padre Cabrera sabe que el paracaidismo es un alegre y viril sentido de interpretar la vida. Los cazadores paracaidistas se la juegan deportivamente a cara y cruz, y cree que les es más necesario que a nadie robustecer su moral, que no pierdan jamás la fe en Dios. Ellos son soldados de España y él es soldado de Cristo. Las armas de esos valientes son los fusiles, las metralletas. Las armas del padre Cabrera, tan valiente como ellos, son un breviario y un crucifijo. Su apostolado no puede ser más maravilloso.

¿Miedo? Claro que lo tienen. No va a decirse que estos hombres sienten desprecio por la vida no.

—Yo siento mucho, muchísimo miedo—dice el padre Cabrera—; pero hago un gran esfuerzo de voluntad y me sobrepongo. Es más bien cosa de dominarse los nervios. Además que la idea del cumplimiento del deber mantiene levantado el ánimo. En el momento de saltar se olvida uno hasta del miedo. Tal vez es que se haga de ello un poco cuestión de amor propio.

—Pero usted habrá pasado momentos francamente malos...

—La noche anterior, sobre todo. Cuesta conciliar el sueño. Otras veces, antes de lanzarme, la imaginación me ha hecho verme ya muerto. Pero tengo absoluta confianza en Dios. Todos la tenemos.

Y el padre Cabrera sonríe. Sonríe como si fuera un chiquillo grandullón. Trata de quitar importancia a eso tan serio que es bajarse de un avión en marcha teniendo la tierra a muchos cientos de metros por debajo. Una cosa pero que muy sería.

El lema que campea a la puerta del cuartel de la Agrupación de Banderas de Paracaidistas del Ejército de Tierra de Alcalá de Henares es sencillo, pero de una gran elocuencia: «Un paracaidista no es más que un hombre cualquiera; pero si el mejor soldado de la Patria.» Su significado habla bien claro del espíritu que anima a estos «muchachos» del padre Cabrera. El «pater» ostenta con orgullo las alas de su Bandera sobre la sotana y en la boina negra—distintivo, junto a un pañuelo de colores, de los paracaidistas de Tierra— con la cruz de capellán castrense.

«VOLTEOS», «SALTOS A LA LONA» Y FRACTURA DE HUMERO

Lo más duro de la vida paracaidista son los ejercicios de instrucción. Y la instrucción técnica es permanente, en ocasiones agotadora. La vida está en juego y no puede dejarse nada a la improvisación. Hay que machacar un día y otro sobre una serie de ejercicios cuya finalidad no es otra que la de estar habituado a maniobrar con el paracaídas durante el descenso, a saltar desde un avión sin vacilaciones y sin peligro para el que salta y sus

compañeros y a resistir las conmociones físicas que se producen en los aterrizajes en paracaídas.

Practica todos los ejercicios técnicos de instrucción como un soldado más.

Unos sirven para fortalecer los tobillos, mediante una práctica constante como es el «salto desde el muro». El «volteo» sirve para habituarse a absorber el golpe producido a la llegada a tierra cuando el paracaídas va sometido a balanceo. «Saltos con voltereta» desde una barra metálica horizontal colocada sobre unos soportes a una altura de cinco metros. A la voz de «¡Preparado!» el padre Cabrera contesta «¡Listo!», y a la de «¡Salte!» abre sus manos soltándose de las anillas, cayendo sobre el suelo, donde no hay ni colchoneta ni foso de arena, dando una voltereta hacia adelante o hacia atrás, según la caída que se realice, protegiendo los codos, flexionando la cabeza hasta tocar con la barbilla en el pecho y sin apoyar las manos.

Para los ejercicios de «llegada a tierra por sorpresa» se dispone de un aparato que entre los paracaidistas es conocido con el nombre de «horca» por la posición similar a la de un ahorcado que se ofrece colgado de ella. Otros ejercicios son el de «manteo en la lona», para familiarizar al paracaidista con el aire en su caída al espacio, enseñándole a controlar las posiciones de su cuerpo, y el «salto a la lona» cuyo fin es habituarse a practicar el salto que ha de verificarse al salir del avión.

—Realizando este ejercicio he sufrido el único accidente de mi vida, fracturándome el húmero derecho.

Me enseña el parte facultativo: «... contusión de hombro derecho, con probable fractura articular. Lesión de pronóstico grave... Con esta fecha es evacuado a la enfermería, donde queda hospitalizado...»

—Saltando desde el avión, gracias a Dios, jamás he sufrido el menor rasguño. Confío en que durante muchos años aún podré verme por esas alturas.

Desde aquella orden número 199 colocada el día 27 de octubre del pasado año en el tablón de anuncios de la Escuela Militar de Paracaidistas de Alcantarilla: «... el próximo martes, día 30, a las 9.00 horas efectuarán su primer lanzamiento con paracaídas desde avión los oficiales, suboficiales y tropa que componen el curso del Ejército de Tierra... Primera patrulla: Capitán don Manuel Calderón, Id. don Emilio Villa, Teniente don Rafael Serichol, Id. don Fernando López-Cantí, Teniente capellán don Luciano Cabrera Arias, Teniente...» hasta la fecha, catorce veces ha saltado en el vacío desde un avión el padre Cabrera. Catorce veces que se ha jugado la vida este cura sencillo, este hombre valiente, sin más bagaje que un paracaídas de seda y sin más armas que un crucifijo de plata.

Esta es su historia. Ese es su apostolado. También desde un paracaídas puede cumplirse una misión en la vida y servirse a Dios.

Antonio MERIDA



Sus ansias de apostolado le han llevado a todos los ámbitos de la vida. A poco de salir del Seminario regentó diversas parroquias rurales



LASCIA O RADDOPPIA--DOBLE O NADA

TOROS EN EL RUEDO DE LA T.V. DE MILAN

**LUIGI CARLESSI, UN AFICIONADO
QUE GANA SEIS MILLONES DE LIRAS**

CUANDO el jueves 17 de enero salían a la calle donde está situado el edificio de la Televisión de Milán, el matador de toros español Enrique Vera y el participante en el concurso «Doble o nada», de aquella emisora Luigi Carlessi, puede decirse que por Italia entera acababa de correr un vendaval con sabor taurino como si las revoluciones de miles de verónicas desplegadas se hubieran juntado de repente y estuvieran sacudiendo con su volumen el aire entero de las provincias itálicas.

Luigi Carlessi, en aquella su tercera actuación ante las cámaras tomavistas, acababa de conseguir un millón de liras contestando a preguntas taurinas;

millón que no había aceptado sino que lo guardaba para seguir en aumento en días posteriores.

Enrique Vera, matador de toros auténtico, matador de toros de verdad, era el primer torero que se presentaba, con su alegre faz de jugador de la muerte, ante las cámaras de televisión del país latino. Los espectadores de la televisión nunca habían visto tan cerca un torero español. Enrique Vera, moreno, fornido, con una camisa de torear bajo el smóking, puso ante los tomavistas todo el misterio, toda la imponente seriedad del toreo hispano, en una acción de ayuda casi profesional a un hombre, que desde aquel momento era su amigo, para que, contestando a preguntas sobre la historia del toreo, pudiese ganar tres hermosas cualidades: simpatía, fama y dinero.

Enrique Vera estaba en Milán con ocasión de la proyección privada de la película «Tarde de toros» ante la Prensa y la crítica milanesa. Aquel jueves, se celebraría la tercera jornada de la conocida emisión publicitaria. Luigi Carlessi iba a intervenir para contestar a preguntas sobre la materia que él había, no sólo escogido, sino propuesto. Luigi Carlessi se dirigió a Enrique Vera y solicitó su ayuda. Y Enrique Vera, en lo que pudo, se la prestó.

EL BRINDIS DE UN ESPAÑOL PARA TODOS LOS ITALIANOS

Mike Bongiorno es el locutor encargado de llevar adelante el programa en la televisión italiana, concretamente en lo que se refiere a este «Doble o nada», que en italiano se designa con las palabras de «Lascia o raddoppia». Mike Bongiorno había presentado a Enrique Vera ante los televidentes italianos. Enrique Vera saludó al público y luego narró su propia biografía. Enrique Vera contó sus comienzos, su afición, lo difícil que es llegar a ser figura en España y el número de toros que había estoqueado.

—Yo creo que en mis años de torero llevo matados más de cuatrocientos toros.

Por la amplia sala del estudio

de la emisora milanesa hubo un estremecimiento de admiración.

—Yo estoy aquí para ayudar a mi amigo Luigi Carlessi a ganar en este tema de los toros y también para invitar a todos los italianos a que vayan a España y a que vayan, también, a ver una corrida de toros. Si yo, aquel día, soy uno de los matadores que torear, lo prometo, el brindis del primer toro será para ellos como ahora brindo por ustedes con vino de España.

Enrique Vera escuchó, entonces, el mismo imponente rumor de las ovaciones de las tardes de triunfo.

Después, Enrique Vera y Luigi Carlessi se dieron, emocionados, un fuerte abrazo.

Comenzó el programa.

Luigi Carlessi fué introducido en la cabina de cristal, aislado de todo ruido, con los auriculares puestos para escuchar la pregunta. Mike Bongiorno, entonces, ofreció a Enrique Vera tres preguntas para que, a su juicio, escogiese la más fácil o más favorable con el fin de que la salvase acertadamente Luigi Carlessi.

En aquella tercera actuación ante la televisión, Luigi Carlessi no tenía que contestar más que una sola pregunta. Para llegar a la final del concurso, un participante ha de actuar cinco veces, con buen resultado se entiende, en la emisora. La primera vez se le proponen cinco preguntas relativamente fáciles, más que nada como introducción a la posibilidad de futuros aciertos. En la segunda, tercera y cuarta actuación únicamente se le hace al participante una sola pregunta y si las ha acertado todas y llega a la quinta actuación, que es la final, con el consiguiente premio de seis millones de liras que suponen muy cerca del medio millón de pesetas, tiene que contestar, para ganar, a tres preguntas últimas.

Enrique Vera, pues, tomó entre sus manos las tres preguntas correspondientes a la tercera actuación de Carlessi y las examinó. Dos de ellas se referían a fechas de muertes o actuaciones de toreros antiguos. Para el mismo Enrique Vera, las respuestas hubieran sido difíciles. La tercera foto-

grafía era una de Juan Belmonte en sus tiempos de novillero. Enrique Vera juzgó que esta sería la más fácil y así le dijo a Mike Bongiorno.

—Escojo ésta.

La diapositiva del gráfico documento fué expuesta en un gran proyector de manera que era fácilmente apreciada, no sólo por el concursante sino por los presentes espectadores de la sala y por los que en diversos puntos de Italia contemplaban apasionados el programa. En la gran pantalla se perfiló la clásica figura de Juan Belmonte dispuesto a hacer el paseillo.

Luigi Carlessi no empleó ni medio segundo en la respuesta:

—Juan Belmonte.

Y a continuación, saliendo de la cabina, contó en sesenta segundos la esquemática biografía del diestro de Triana, explicando por añadidura en qué consistía la competencia entre el trianero y José Gómez «Gallito».

Enrique Vera le dió la mano y hubo en aquel instante ese rito que existe en el ruedo cuando el alguacilillo entrega la oreja conseguida por el matador en una feria solemne y de postín.

CUANDO CARLESSI BAJO AL RUEDO EN UNA CORRIDA DE TOROS

Bérgamo es un pueblecito de Italia, hoy tan famoso como las mismas corridas de toros. Bérgamo es donde Luigi Carlessi tiene su panadería, a la que no por su triunfo ha dejado de atender.

Hoy Luigi Carlessi es el aficionado número uno a las corridas de toros españolas. Una afición que tiene un año de edad y que empezó un día en la plaza de toros de Barcelona.

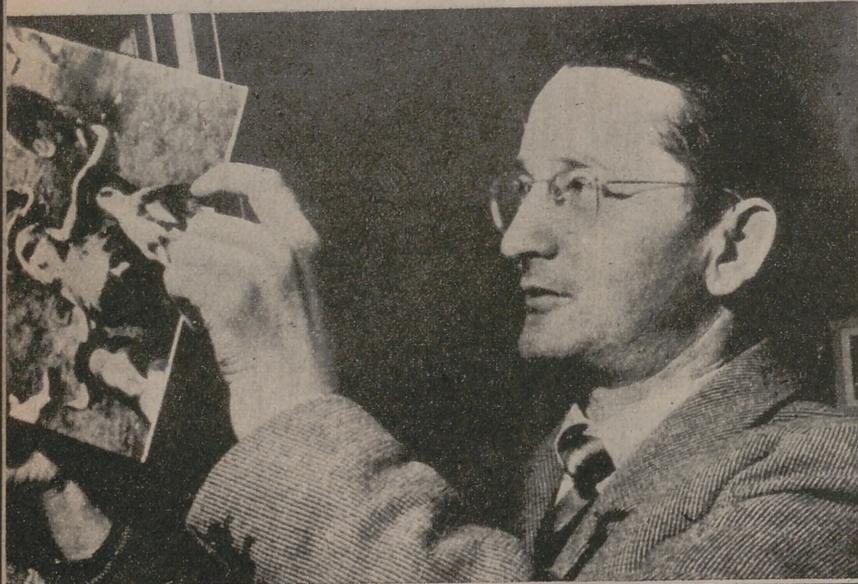
En el verano del año pasado, el panadero italiano decidió visitar España. Un turista más al principio, sin que su gira pasase de lo extraordinario. Pero un domingo quiso ir, por vez primera en su vida, a los toros. La corrida se daba en Barcelona.

Aquello sí que era emocionante. Tal vez una de las características emotivas del ganador de este concurso de la televisión italiana haya sido su gran, su enorme enamoramiento por todo lo que signifique emoción, riesgo, novedad. Luigi Carlessi, antes de ir a una corrida de toros, antes de venir a España, había sido corredor motociclista primero y automovilista después.

Pues bien, las cuadrillas hicieron el paseillo normal, como siempre, relumbando y partiéndose el sol en los alamares. Los diestros dejaron sus capotes de paseo en las barreras y dibujaron lentamente esos primeros lances de tanteo sin toro, que están hechos como para que los capotes se estiren de su encogimiento. Y salió el primer toro. Luigi Carlessi estaba en un tendido de sombra. Llevaba la máquina de retratar bien dispuesta, bien cargada, para recoger, una por una, aquel espectáculo que según le habían contado, no tenía comparación con ninguno del mundo. Corrieron los peones del toro, lanceó el matador, tocaron a picadores. Luigi Carlessi fotografió todos los instantes.

Pero a veces el toro, en sus correrías, no caía bien, dentro del confoque cercano.

Después de banderillas Luigi



Luigi Carlessi aparece con un libro sobre los típicos encierros de las fiestas de San Fermín

Carlessi tomó la decisión. Había que acercarse más; allí no se podían hacer bien las fotografías. Y cuando el matador se disponía a iniciar la faena de muleta, los asombrados aficionados pudieron contemplar cómo, tranquilamente, un hombre se descolgaba del tendido, saltaba al callejón y, sin prisas, salía por un burladero al ruedo.

—Un espontáneo—se comentó por los tendidos

Pero aquel espontáneo no llevaba ni muleta ni capote. Sólo colgada al cuello, una máquina de retratar. Con paso firme, sin apresurarse, Carlessi se dirigió donde el matador comenzaba los pases de su faena de muleta. Los peones, después del asombro primero, cogieron al extraño espontáneo y lo volvieron a meter barreras adentro. Como nadie sabía qué hacía aquel individuo en el ruedo, se cumplió la ley. Luigi Carlessi, en medio de los guardias, fué trasladado a la Comisaría.

—¿Por qué quería usted torear?

—No, si yo no quería torear.

—Entonces, ¿a qué bajó al ruedo?

—Pues, para poder fotografiar mejor lo que hacía el torero.

Aclarado el confusionismo, Luigi Carlessi fué puesto en libertad.

UNA IDEA LLEVADA A LA TELEVISION

Pero a Luigi Carlessi, desde aquel día, le ha entrado la afición. Una afición honda, densa, profunda. No es que quiera ser torero, porque a su años—alrededor de los cuarenta—no se puede pensar en vestirse de luces. Pero le entra una curiosidad enorme por todo lo que se refiera a lo taurino. Y junto con él, de viaje de regreso a Italia, tres libros gordos, grandes, voluminosos, van en su maleta. son «Los toros» de José María de Cossio.

Una por una, las páginas de Cossio van siendo leídas, analizadas y lo que es mejor, aprendidas exactamente. Luigi Carlessi es, en Italia, la persona que, teóricamente sabe más de toros que ninguna otra.

Viendo un día la televisión, más concretamente, contemplando el programa de «Lascia o raddoppia». Luigi Carlessi piensa en que un buen tema es la tauromaquia. Y sin diferirlo más escribe y propone tal motivo.

Se acepta su idea y se convoca públicamente a los que participar quieran. Hay doce concursantes. Y hace la suerte que sea precisamente Carlessi el que inaugure la serie.

Las primeras preguntas son:

—¿En qué pueblo murió Mancolete?

—¿Cómo se llama la ceremonia de hacer matador de toros a un torero?

—¿Qué significación tiene el que el presidente saque tres veces un pañuelo blanco al final de la muerte del toro?

—¿Cuándo corren los pamploñicas delante de los toros?

Las respuestas fueron exactas, y precisas.

Luigi Carlessi había vencido la primera prueba.

Después, bien con su propio mérito, bien con la pequeña ayuda de Enrique Vera, Luigi Carlessi llega a la final. Una final en la que va a ganar nada me-



El taurómaco italiano muestra al fotógrafo uno de los muchos recuerdos que se llevó de España

nos que seis millones de liras. y para la que se espera la asistencia de Luis Miguel Dominguín como asesor en el televisado lance.

CORRIDAS DE TOROS EN ITALIA

El jueves 31 de enero tiene lugar la final. la primera final en tauromaquia. Antes de Carlessi actúan otros concursantes sobre diferentes temas. Allí está Elda Novani, una camarera de Turín, contestando sobre mitología; allí está Carlo Cerasuolo, un periodista de Nápoles acertando las preguntas sobre fútbol; allí está María Welda Ponti, de Faenza, tratando de quedar bien en la pintura del ochocientos; allí está el americano Charles Haines hablando sobre Historia de los Estados Unidos.

Para lo último queda Luigi Carlessi. En él han sido puestas todas las emociones. Y no las defrauda.

La primera pregunta:

—¿Qué diferencia hay entre los términos torero y toreador?

La primera respuesta:

—Torero es el actual matador de toros; toreador se designa al mismo matador por los franceses del Sur.

Ovación.

Segunda pregunta; más que pregunta oral, pregunta visual.

A Luigi Carlessi, sobre el proyector, se le enseña una diapositiva de un frontispicio que contiene una batalla dedicada al matador Francisco Herrera y que contiene un error.

—¿Cuál es este error?

Segunda exacta y rápida contestación:

—La fecha de la muerte, que es

el 20 de mayo y no el 22, como figura en la pintura.

Gran ovación.

Tensión.

Falta la última, la decisiva.

—¿Con qué apodo era conocido el padre de Rafael Molina Sánchez?

Esta vez hay también acierto pleno.

—Niño de Dios

Mike Bongiorno ha abrazado efusivamente al ganador. Luigi Carlessi sonríe ampliamente. En la calle tiene que ser protegido por la Policía para librarle de los abrazos y de las peticiones de los admiradores.

Por toda Italia, con el triunfo de Luigi Carlessi, del «Torero», como ahora se le conoce, ha corrido un aire enorme de tauromaquia.

Luigi Carlessi dice que él va a conseguir dar corridas de toros en Italia; más concretamente, que la primera del año se celebrará en Verona, donde ya existe una preciosa placita de toros y que el cartel estará formado por Luis Miguel Dominguín, Antonio Ordóñez y Enrique Vera, sus tres amigos, los mejores toreros de España.

Italia, pues, se ha impregnado del toro.

Esto lo pudo comprobar el mismo Enrique Vera cuando al tomar el tren, en la estación de Milán, para dirigirse a España, se le acercó una bellísima muchacha italiana y, pidiéndole un autógrafo, le dijo:

—Usted es Enrique Vera, el mejor matador de toros de España, porque ha venido a ayudar a nuestro «Torero».

José María DELEYTO

HOMBRES SOBRIOS EN UN LUGAR DEL PARAISO

DESDE LA CUMBRE AL
MAR, CATORCE PUEBLOS
EN LA ISLA DE LA PALMA

LA TERRIBLE SORPRESA
DEL AMANECEER



Cráter del volcán de San Juan, en la montaña del Duraznero. Como quedó después de la erupción de 1949



Vista de la Cuesta de San José (B. Baja), tomada desde el puente de San Antonio. A la izquierda: El pequeño cauce del barranco de Amargavinos, que convirtió toda esta zona en cauce y paraje desolador. Desde lo alto las aguas se lanzaron sobre el caserío, y lo destruyeron



Pequeña bahía de Santa Cruz de la Palma. Al fondo, la capital. En primer término El Fuerte, de Breña Baja. Hoy residencia militar



Desde las laderas del Somacal (Breña Baja), Santa Cruz de la Palma se torna ciudad de juguete. En último término se divisa el disperso caserío de Puntales. Un lugar paradisiaco para la paz del espíritu y goce de la mirada. El tiempo aquí, queda quieto, estatificado



Pequeña bahía de Santa Cruz de la Palma. Al fondo, la capital. En primer término El Fuerte, de Breña Baja. Hoy residencia militar



Desde las laderas del Somacal (Breña Baja), Santa Cruz de la Palma se torna ciudad de juguete. En último término se divisa el disperso caserío de Puntales. Un lugar paradisiaco para la paz del espíritu y goce de la mirada. El tiempo aquí, queda quieto, estatificado



Santa Cruz de la Palma, a través de palmeras. Destacase la torre de San Francisco, lugar donde murió Baltasar Martín, que defendió la isla contra los piratas franceses

AUN no ha amanecido en la isla. La aurora es gris, y el viento, azota los valles, azota viviendas. Llueve sin cesar más de veinticuatro horas. Primero fué una lluvia de menuda y serena, que alegró a los campesinos. Después, la lluvia se volvió pertinaz, violenta, con el acelerado ruido del viento. Al atardecer se desata. Torrentes caen sobre la tierra y ella parece querer destruirse con furiosas embestidas la belleza de la isla.

Desde la noche los cables eléctricos han sido vencidos por troncos de enormes palmeras. En los hogares sin luz iluminados quinqués de petróleo, empieza a encenderse la inquietud. La lluvia, que en la mañana anterior parecía bendición azul, lleva ahora una amenaza de muerte. La comarca este de la isla, poblada de múltiples vallecitos, retiembla estremecida por los rumbos que ya bajan sucios y espesos desde las altas cumbres. Son ellos los únicos titanes de la isla. Sin mitología, sin leyendas clásicas. La tempestad ha sentado su sede especial en el valle de los dos Breñas. El agua asciende rápida sobre el nivel de los campos escalonados. Pequeños y sucios mares rodean las viviendas, la mayoría de ellas de una sola planta—tejado rojo a dos vertientes con puertas y ventanas vueltas al mar como en los pueblos marineros—, vibran interiormente. La seguridad en ellas se va reduciendo por minutos. La

proximidad a los barrancos llena los ojos de interrogaciones. El ruido ensordecedor del torrente mantiene el espíritu alerta. Algunas mujeres piensan en escenas del invierno anterior. (En aquella ocasión las aguas no siguieron el curso de siempre, sino que buscaron caminos nuevos entre los viñedos. Las viviendas y los almendros.) Los barrancos de las Breñas (el de Aduares y Agacencio en la Alta, y el de Amargavinos en Breña Baja) no cuentan en sus haberes trágicas historias. Más bien son aprendices de barrancos. (Un hombre del norte de la isla, acostumbrado a la visión de los enormes cauces que bajan desde las estribaciones de La Caldera de Taburiente, no llamaría a éstos «barrancos» si quisiera.) Sin embargo Aduares y Amargavinos, «los aprendices de barrancos» se han vuelto locos, y se revuelven en sus cauces estre-

chos. El agua ya no cabe por ellos. La historia cuenta «una singular aventura que tuvieron»—antes de la conquista de la isla—los Reyes de Tedote (hoy Las Breñas), donde reinaban tres hermanos: Tinusuaga, Agacencio y Betancayce. Estaban éstos reunidos en las proximidades del barranco (que hoy, en recuerdo del príncipe, se denomina Agacencio), en víspera de bodas, cuando sobrevino una lluvia tan copiosa en las cumbres que bajó de improviso la corriente y arrebató la comitiva. Sólo se salvó de ellos Betancayce, que, asido por la carne de un muslo, quedó prendido en la rama de un árbol. Más de trescientos años hace que no ha vuelto a llover de aquella manera. Ahora, el viejo recuerdo, verdad o leyenda, va oprimiendo el corazón de quienes la saben. Las dos Breñas, como todos los



Todo lo arrastró el temporal: piedras, troncos, aperos. He aquí «Las Leadas», una de las zonas que ha sufrido mayores daños

pueblos de La Palma, se extienden desde la cumbre al mar. El suelo es quebrado, pedregoso (resto de antiguas erupciones volcánicas), y de una a otra orilla va descendiendo la altura, a veces con demasiada vertiginosidad, por graderío de huertos artificiales, que nacen casi al pie del pico del Birigoyo (volcán activo a casi 2.000 metros de altura), y en series sucesivas, casi ininterrumpidas, van a morir al nivel del mar.

Continúa lloviendo y aún no amanece. Los caminos se han tornado ríos precipitados, apenas transitables. Las aguas que discurren por ellos se ennegrecen a medida que ascienden de nivel.

En el caserío de San Antonio, en la Breña Baja, las familias, amedrentadas por el aspecto que va tomando el temporal, inician el abandono de las viviendas, para las que las aguas del barranco de Amargavinos puede ser un peligro. Hay que salir de ellas precipitados, sin volver la vista atrás, por temor a que en un segundo de distracción, quede interceptada la salida. Mujeres, ancianos y niños, que forman la mayoría de habitantes—los hombres jóvenes están en América—huyen, sin saber hacia dónde, en busca de seguridad. Llevan el pánico en los ojos y la agitación de una carrera loca en el pecho. Por todas partes se encuentran con una misma zozobra que les une, y da fuerza.

Primero se reúnen allí, en la casa vecina más próxima, que parecía más segura y alejada del cauce amenazador; cinco minutos después tampoco esta vivienda ofrece seguridad y hay que seguir de nuevo adelante, más allá todavía, en trágico éxodo momentáneo. Cada cual porta típicamente consigo su angustia y el recuento de los familiares. Al volver la cara el panorama ya es desolador. Las aguas que discurren por el cauce abierto del barranco salen precipitadas fuera

de él, se bifurcan por todas partes lanzando sus oleadas torrenciales, entre árboles y piedras, sobre los campos y las viviendas que quedaron a las espaldas. Como hace apenas ocho años la fluida lava de un volcán asoló la tierra, arrastrando consigo poblados enteros, así va devorando todo, pero a mayor velocidad, la catarata fría de este mar. De Ledas a San José y de San José a San Antonio, va pasando el monstruo de los siete brazos, segándolo todo, implacablemente. Ni siquiera da tiempo a seguir con la mirada la dirección de las aguas que siguen creciendo, cubriendo los campos, aplanando la isla, como si toda ella quisiera convertirse de golpe en una fantástica llanura líquida.

LA TERRIBLE SORPRESA DEL AMANECER

Al salir el sol, un sol opaco, triste, apenas visible sobre el tormentoso horizonte marino, cobran mayor relieve los estragos. A lo largo de los caminos y cuevas ya se nota el vacío desolador de los hogares desaparecidos, y las pocas casas que aún quedan en pie muestran al cielo sus cicatrices. Aquí y allá, solitarios en medio de fincas inundadas, se levantan fantasmal escombros y ruinas, paredes desvencijadas, techos hundidos en barro móvil, que camina precipitadamente; cadáveres de animales que flotan o son arrastrados por la corriente impetuosa.

El sol naciente alumbra lentamente sobre los campos anegados y los solares desiertos. Ya no existen fincas de platanares, ni campos de viñedos, ni árboles frutales, ni grupos de palmeras, que ayer con su orgullo y esbeltez vegetal parecían querer alcanzar las estrellas. Todo cuanto los ojos pueden divisar desde los parajes seguros, de lo que horas atrás era el pueblito alegre y pintoresco de San Antonio (el

lugar más alegre de la isla, que, a cinco kilómetros de la capital, en el que sus seiscientos habitantes recibían con satisfacción las primeras lluvias de 1957), es un mar oscuro, sucio, impetuoso y trágico, que en algunas partes ha sobrepasado los seis metros de altura. Un dantesco mar negro que rizado por el viento se bate en lucha contra los edificios que aún resisten el embate de sus improvisadas olas que, arrastradas por la inclinación del suelo, huyen precipitadas hacia el otro mar.

A medida que la destrucción se intensifica, la lluvia cesa. Todo es desolación. Más tarde cesará también este mar voraz, que se lo llevó todo, y todo será el enorme cauce de un nuevo barranco abierto, de más de doscientos metros de anchura (antes no pasaba de ocho), la huella de un pueblito borrado del mapa insular, y una enorme angustia en el corazón.

Y no ha sido solo por San Antonio. Más arriba, subiendo la cuesta cubierta de escombros se llega al centro del Municipio. En San José ya no quedan tiendas, ni apenas plaza municipal. Todo ha quedado sustituido por un enorme socavón, en cuyas orillas quedan en pie, como jalones de un continente hundido, un cementerio diminuto, una iglesia parroquial y el edificio del Ayuntamiento.

Y más arriba todavía, junto a la carretera general de la isla, el estrago crece. Han desaparecido las vergas de tabaco y las vides de «malvasía». Sobre ellas el agua ha escrito un capítulo del Infierno de Dante. Un dolor inolvidable para la pequeña isla, que sólo cuenta 728 kilómetros cuadrados de superficie, 400 conos de volcanes extintos y 64.000 habitantes repartidos en catorce pueblos. Dolor desde la cumbre hasta el mar es la isla. ¡Qué amargas las aguas del barranco de Amargavinos!



Parece que la tierra ha temblado en los Llanitos. La fuerza de las aguas no ha perdonado tapia ni pared de casa

Las dos Breñas están de duelo. También la Alta, la de arriba, donde los hombres están familiarizados con las tempestades y el bosque y no pasaron la noche en acecho del barranco de Aduares. Los hombres de Breña Alta nacieron frente al bosque, al pie de los lomos de la cumbre en donde el viento es huésped y la tormenta amiga. Las gentes de Breña Alta, de Los Llanitos, en especial, no temen las lluvias torrenciales. Se sentían seguros en sus viviendas, allí, en el remanso que el barranco de Aduares hace junto a la carretera, donde el abrupto paisaje se torna breve llanura.

Llueve, y las nieblas que bajan de las montañas no dejan todavía ver el amanecer. Primero que el alba fué la muerte quien llamó en los hogares vecinos, en forma de mar tormentoso, invertido, despiadado. Por sorpresa, el torrente se lanzó de golpe sobre el caserío. Nada fué respetado a su paso. El idílico paisaje se tornó en planicie pedregosa. Familias enteras perecieron mientras dormían. Otras que, con más suerte, pudieron huir de la avalancha destructora, resultaron heridas. El turbión de aguas barre puentes, caminos y carreteras y transforma la tierra fecunda en calvas hondonadas, en aquel paraje sencillo y alegre, que en verdad parecía paradisiaco.

HOY TAMBIEN EL MAR ES ENEMIGO

«Tus campos rompan
Tristes volcanes,
No veas placeres,
Sino pesares...»

La maldición que hace cinco siglos lanzaron sobre la isla los vecinos pueblos de la Gomera ante el cadáver del caudillo Guillén Peraza—muerto en La Palma—parece estar en pie. Pero hoy no son los volcanes quienes abren las profundas heridas. Ha sido el ímpetu de las fuerzas desatadas: El

viento, la lluvia, la tierra, el mar. Todos esos elementos de la naturaleza, que tantas veces, en forma de personajes alegóricos de un Auto Sacramental, de lustro en lustro, rinden tributo de fe y amor a la Negrita Virgen de las Nieves, Patrona de la isla.

El mar también se ha confabulado contra este pequeño mundo, que tiene forma de corazón. Asociado al huracán, bate furioso contra sus costas. Impide que los barcos atraquen en el muelle de la pequeña ciudad. El oleaje domina todos los puertos por donde es posible arribar. Baña en su totalidad el muelle y las calles inmediatas.

La rebeldía del mar de la isla es antigua. Numerosas corrientes marinas la circundan y en todo tiempo dificultan en ella la navegación. (Entre La Palma y Tenerife y la Gomera existen profundidades marinas superiores a 3.000 metros. Nacen de las regiones abismales, de donde la isla surge rápida y altiva, sin plataforma continental.)

Hoy también el mar es enemigo. Rotas toda clase de comunicaciones, La Palma queda abandonada a merced del océano. Los pueblos han quedado atrincheros, aislados entre cada dos cauces de barrancos rotos. Está roto su único lazo de unión, la carretera—no llega a cien kilómetros en su total longitud—, por más de catorce puentes. Desde la cumbre hasta el mar los barrancos se han convertido en especie de trágicas alambradas que no se pueden intentar salvar sin peligro de muerte.

No quiere el mar permitir el acceso a tierra, como en remotos tiempos no quiso tampoco que los hombres navegaran más allá de sus fronteras, porque allí estaba el término del orbe.

La isla está sola y destrozada en el mar. No cabe otra esperanza a sus 64.000 almas (y a las cinco mil que forman el Municipio de Breña Alta, y a las tres

mil de Breña Baja, a Mago y Las Manchas, y Tazacorte, a donde también la destrucción llega) que mirar al cielo, y a él se vuelven todos los corazones—más cerca de Dios quizá que nunca—. Hacia él miran todos los ojos. Los de quienes perdieren sus hogares y los de los que aún lo conservan; los que a la noche dormirán bajo las estrellas y los que rápidamente encontraron un techo amigo o hermano. Los que perdieron seres queridos y los que, habiéndose acostado ricos despertaron en la miseria. Incluso los ojos tristes de los niños que se han quedado sin juguetes.

La tristeza de la isla se mide por muertes—27—, por hogares desaparecidos—más de cien—, por viviendas inutilizadas—cientos— por personas heridas, por campos arrasados. ¡Todos!
La isla—las Breñas—está sola al atardecer. Dios en el cielo.

EL HOMBRE Y LA TIERRA

La isla es alta, muy alta. (Alguien ha dicho que es la más alta del mundo en comparación con su superficie.) Parece una cordillera emergiendo del mar. Una gran mole de cráteres y basaltos, sin playas en la orilla ni llanuras en las laderas. Toda ella es el gran cono de un volcán milenario, surgido de las profundidades oceánicas y cuyo centro lo ocupa la Caldera de Taburiente, el cráter mayor de la tierra (28 kilómetros de circunferencia).

Los catorce pueblos que la habitan se tienden desde la cumbre al mar, sobre las faldas verdes de las montañas o en lo alto de una extensión de lava resaca. Los pueblitos de la isla son como Belenes de verdad, blancos, rojos y verdes, que unas veces se agrupan para formar un caserío y otras se dispersan a lo largo de la carretera. Montañas, cielo y mar en la isla y

paisajes de todos los climas, y en el aire perpetua primavera. De trecho en trecho, entre pinares y brezales, entre viñedos o bosques de almendros, el cauce abierto de un barranco baja de las cumbres, serpea entre el caserío y se aleja rápido hacia la costa estrellada, entre paredes de piedra seca, flora que habla de un mundo desaparecido—tales son los dragos, verodes o tabaibas—, y golpes de rojas chumberas.

El mayor orgullo de los insulares es saberse creadores de la isla, que no ha sido robada al mar, como Holanda, sino al cielo, al aire, al agua, al viento. Los palmeros son los hombres más laboriosos del archipiélago canario. Hombres de manos rudas y corazón de seda. Decididos, invencibles, fuertes. El campesino de La Palma trabaja de sol a sol y de invierno a invierno para lograr crear la tierra vegetal que el suelo no tiene; para construir los campos que los torrentes arrastran hacia el mar uno y otro año, para fabricar con sus propias manos, una tras otra, paredes de piedra seca que, rellenas de tierra, formarán sus huertos—a veces de tan inverosímiles dimensiones que no llegan a cuatro metros cuadrados de superficie— esos huertos que ayer fructificaron, hoy son destruidos y mañana y a la mañana siguiente volverán a ser levantados de nuevo y a estar amenazados siempre. Es lucha constante y sin tregua. La Naturaleza desafía al hombre y el hombre porfia con ella. La Geografía y la Geología le dicen que la juventud del suelo insular (por esta causa su tierra vegetal es escasa y no forma cuerpo compacto que pueda resistir la erosión), y la gran verticalidad de los terrenos vencerán siempre, pero él no se arredra. Y el campo muere y nace, sin descanso, sin darse tregua ninguno de los dos.

Han sido ellos quienes en verdad han construido la isla; incluso han creado el paisaje rural. Esa gradería interminable de huertos que a golpe de martillo y palanca han sustituido a la roca volcánica estéril, aun en los más insospechados parajes.

El campesino palmero no sabe que el mundo se rige por jornadas de ocho horas de trabajo ni que el domingo, además de ir a misa, es preciso descansar. Ellos sólo saben que el arado—primitivísimo— la barra o la azada les espera después de salir de la iglesia. Que la tierra es vida y amor si con amor se le entrega la vida; que es preciso no descansar nunca para conservar la herencia que se transmite de padres a hijos, y si es posible acrecentarla para los que después vengan.

La isla es país de artistas rurales. Escultores de su vida. Lentamente la han ido modelando. Ni una pulgada de tierra útil para cualquier clase de cultivo se ha escapado a su mano. Ha robado al mar, a la roca y al barranco—¡he aquí el mayor peligro!—. Ni siquiera el reducido espacio donde pueda haber una sola mata de plátano o un pie

de boniato ha quedado sin siembra. La isla es una gran meseta en donde cabe vegetación de todas las altitudes y regiones del Universo, desde los espesos bosques de pinos cubiertos de nieblas, que hacen pensar en países nórdicos, que crecen desde los 500 a los 1.500 metros de altura, colgados de los abismos casi verticales del cráter de la Caldera de Taburiente, o en las frías montañas de Fuencaliente, hasta la tropical caña de azúcar, el flame, el plátano, el tabaco o el algodón.

Desde la cumbre al mar va cambiando el paisaje palmero. Continuamente, sin transición. Basta la curva de un camino o la vuelta de una carretera para sorprender una panorámica nueva, diferente de Norte a Sur y de Este a Oeste. Cada uno de los catorce pueblos de la isla tiene una vida y un paisaje diferente. De común en todos ellos hay el continuo luchar por la isla, el sueño de América que ha de proporcionar lo necesario para, al regreso, poder levantar una casita y labrar un campo propio. De común hay la especie de saudade que caracteriza a los palmeros lejos de la tierra, y esa melancolía—a la vez que ironía desbordante—que todos llevan dentro. De común hay el cielo y el mar, y las montañas, y el campo que produce patatas y lino, y boniatos y trigo; y el eucalipto y la adelfa que orillean la carretera, y la profusión de chumberas y brezos, y castaños, y almendros e higueras.

LA SOBRIEDAD DEL ISLEÑO

Quizá haya sido heredada del hombre primitivo la extrema sobriedad en la alimentación. Si tenemos en cuenta lo que la Historia nos dice, las comidas del benahorita (Benahore se llamaba La Palma antes de la Conquista) y del hombre de hoy apenas se diferencian. Casi exclusivamente la alimentación del campesino está constituida a base de gofio (harina de trigo tostado), pescado seco (salado) y mojo (salsa hecha con pimienta no dulce, verde o roja, agua, sal, ajos, aceite y vinagre; el «mojo» más famoso es el «bagafete») o de Tazacorte, que está preparado con pimiento picante seco, aceite y vinagre, sal, y no lleva agua, pero este mojo colorado no es el que diariamente comen los campesinos, sino el de cilantro con pimienta. La variedad de la comida la da el sustituir el pescado por queso, higos secos o «cherne» en salsa (también pescado salado); alguna vez también el gofio escaldado (revuelto con caldo de cocido) o amasado (con agua solamente) es acompañado, para comer, de plátanos. Un día y otro esta es la vianda con que se alimentan las familias enteras. Algún día para variar y—sobre todo en invierno—darle al estómago algo más caliente, el gofio se sustituye por boniatos (batata dulce), y en la cena aparece el «puchero» (cocido con toda clase de verduras, patatas, maíz tierno, legumbres, carne o man-

teca, frutos secos, tales como peras o melocotones, etc.), con cuyo caldo se «escalda» el clásico gofio.

La frugalidad del palmero responde exactamente a lo que dicen las coplas:

*Una casita en el monte,
queso y gofio que amasar.*

Y en verdad basta para sentirse satisfecho lo que se canta al bailar el «sirinoque»:

*Con un rosquete de a cuarta
y un vasito de agua fría.*

Así es la isla de sencilla. Fe sencilla que cree a veces en espíritus del más allá y en ánimas en pena. Que hace de la leyenda de una imagen, tal es el caso de la de la Virgen de las Nieves, un asidero a su defensa.

Nadie que no viviera en la isla aquel año de 1949, en que hizo su aparición repentina el volcán de San Juan, puede comprender con toda exactitud cómo es la psicología palmera. Hasta donde llega su fe o su atrevimiento—quizá la ingenuidad—de hombre sencillo.

Comenzó el volcán a agitar la isla, y el insular no tuvo miedo. «¡Mientras esté con nosotros la Virgen!—era la respuesta unánime de todos. Aquí no puede pasar nada mientras esté Ella. En toda la historia de las muchas erupciones que ha habido nadie ha perecido. Esta es una isla bendita.» Y mientras los forasteros residentes en ella, a medida que el fenómeno se incrementaba, huían de ella, previniéndose, los palmeros residentes en otras regiones—incluso en América—regresaban precipitados a La Palma para ser testigos de cuanto ocurría en ella. A excepción de los damnificados, a quienes la lava arrastró los hogares, en el pago de Jedey y Las Manchas (pertenecientes al término municipal de El Paso), que estaba atribulado por su desgracia personal, las gentes permanecían serenas. Sólo los seísmos y terremotos causaban un miedo momentáneo. Allí, casi al borde mismo de las sangrientas lavas (que inundaban una longitud de más de siete kilómetros a lo ancho de la carretera), el pueblo, tan confiado como curioso, contemplaba el sublime y desolador espectáculo del fuego. Veían enrojecido, sin temor, el cielo de la isla durante la noche, y sus palabras eran las mismas siempre: «La Virgen no nos abandonará.»

Corrió alguien la voz de que el volcán era de tipo «peleano» y que una erupción de esa especie había hecho desaparecer la mayor parte de la isla de la Martinica (muchísimo mayor que La Palma), y en pie se mantuvo la fe. Alguien contó que la base de sustentación de ella era un delgado pie submarino que servía de chimenea al volcán, y que de un momento a otro un terremoto podía partirlo, y la confianza se mantuvo firme. «La Virgencita hará que Dios apague el fuego lo mismo que se encendió.»

Y aquella vez vencieron los campesinos palmeros. Cuando la procesión de rogativa de la Virgen llegaba al alto risco de la

Concepción, del valle de las Breñas, desde donde se divisa el filo de la Cumbre Vieja (el volcán estaba situado al otro lado de las cumbres), las lavas comenzaron a disminuir de volumen. Tres días después ya no brotaba fuego del cráter.

LOS CATORCE PUEBLOS

La isla tiene forma de corazón, con el vértice hacia el Sur. El centro lo ocupa la caldera de Taburiente, cuyas paredes alcanzan alturas superiores a 2.000 metros (hacia la parte Norte está situado el Roque de los Muchachos, 2.423 metros, punto culminante de la isla, y segundo del archipiélago). El panorama que rodea la Caldera es el más hermoso y abismal de toda Canarias; en sus alrededores crecen dragos (extraño árbol de savia roja, al que la Mitología hizo vaso de leyendas, y que hoy no existe más que en el archipiélago), palmeras, laureles, brezos, violetas, retamas, que contrastan enormemente con rocas tectónicas completamente desnudas de vegetación, y los pequeños arroyos cristalinos que brotan por todas partes, y especialmente del seno abismal del cráter.

Una leyenda primitiva encierra la Caldera. El dorado de las paredes interiores del manantial produce el efecto de existir en el interior un inmenso filón de oro. Los campesinos creen una realidad este tesoro oculto, sobre el que pesa la maldición de Idufe, dios de los primitivos bahaoriatas. «Nadie podrá nunca arrebatar el oro de la Caldera, porque las iras de Idufe caerán sobre él y pagará con la vida la osadía.»

De los rebordes de la Caldera salen todos los barrancos que accidentan la isla. Los que bajan hacia la parte Norte son los mayores de todos. En torno al Paso, que contiene, además de la Caldera, una pequeña ciudad industrial (su riqueza la constituye el tabaco, la seda natural y la almendra principalmente), nacen los demás pueblos, atados unos a otros como si fueran cuentas de una gargantilla, unidos por el gris hilo de la carretera de circunvalación, que sólo deja aislados—al Norte) los términos municipales de Puntagorda y Garafía las dos zonas más ricas de La Palma y de mayor frondosidad vegetal.

Todos los pueblos de la isla viven exclusivamente de los productos del campo. Única excepción la constituye Tazacorte, pueblecito marinerío, a pesar de contar en su término con la mejor platanera canaria. La vida de Tazacorte es vida de hombres del mar. (De él salió el único marino inmortal de las islas: el almirante Díaz Pimienta, que contribuyó al triunfo de la batalla de Lepanto): chicharreros y pescadores de atún.

Los «bagafetes», como llaman en el resto insular a los habitantes de Tazacorte, apenas si emigran a América, y tienen fama por dos cosas principales: por ser magníficos cantores y bebedores sin rival. (Tazacorte tuvo el primer cine, el primer casino y la primera orquesta que existió en las Islas Canarias.)



Parte del caserío de San Antonio sufre los efectos de un desbordamiento de las aguas del barranco de Amargavinos, el año pasado (febrero de 1956). Casi todas estas viviendas desaparecieron el 17 de enero de este año

También la platanera de Tazacorte, y en general toda la que ocupa el valle de Aridane, ha sido hoy destruida por el huracán que azotó toda la isla.

San Andrés y Sauces es otro de los pueblos más ricos. En él crece el ñame, el tomate y la caña de azúcar, que en otro tiempo representó un comercio activísimo entre Canarias y América.

CUALQUIERA TIEMPO PASADO FUE MEJOR

En el «Guzmán de Alfarache» se hablaba de las famosas conservas de melocotones de La Palma. Shakespeare immortalizó en verso los «alegres vinos de malvasía» de Las Breñas. Góngora enalteció sus dulces.

Todavía queda algún testigo de los que vieron «La Fama», «La Verdad», «Las Dos Hermanas» o «El Triunfo»—aquellos barcos de vela nacidos en los diminutos astilleros de Santa Cruz de la Palma, la capital insular—zarpar del puerto de La Habana o Buenos Aires. Todavía hay quienes recuerdan los cinco diarios con que simultáneamente

contaba aquella y las seis fábricas de seda natural de El Paso, y los centenares de telares de lino, de los que la isla se abastecía y cubría todas las necesidades textiles.

Para cada isleño, como hoy lo es Caracas, Cuba era entonces un sueño de onzas de oro. En ella estaba siempre abierto el filón que daba vida a la pequeña isla. Cada palmero cruzaba la mar unas cuantas veces en dirección al Morro de La Habana. Bastaba un par de años en ella para traer consigo en el fondo de un baúl de cedro, el puñado de oro que había de transformarse en finca o casita soñada. Las penas y las alegrías de los isleños—que hoy quedan escritas en los cauces de los barrancos—iban o venían por el mar o quedaban tendidas en medio del océano, que unía sus costumbres con las de América española, y en ella su vida y su esperanza. Allá se iba la juventud casi niña—como hoy se va a Venezuela—para volver madura o anciana.

Violeta Alicia RODRIGUEZ



Panorámica insular tomada desde la carretera de San Antonio

JUANITO se abrazó al ángel que le seguía para guardarle. Era un ángel singular, natural de Asturias, varón de edad mediana, vestido a lo «Madrid invadido», los andrajos desecho en baúles. La boina estropeada, barba de tres días y alpargatas con un dedo fuera: uniforme de «antifascista», pues vestir como caballero era delito. El ángel con deje de bable amonestó al muchacho:

—En una de éstas vas a caer, Juan; eres demasiado atrevido.

Le llevaba del brazo, Castellana arriba, obligándole con suavidad. Tellería, nervioso, no se amedrenta:

—Son fugitivos del duelo entre las dos especies, no hagas caso de los enanados, ¡El creer es inmortal! Los frutos de Carlos Marx, Azaña y Largo Caballero son la repampangá de los bóvilis.

Los ojillos del ángel eran picaruelos tras de las gafas, medio escondidos en mañana de cejas como por burla. Sonreía —ángel siempre sonriente—, palmeó al músico en el hombro.

—Bueno, Juanito, conmigo no necesitas molestarte en fingir. Vamos a hablar en serio.

Hablaron en serio sentados a una mesa, en calma, la botella delante, preciosa marca de la Rioja, salvada, como lo demás del palacio, por el ingenio, el arte fino de pasar la cuerda floja y la labia del ángel asturiano. Serafín se llamaba; más que ángel corriente, funcionario del Ministerio de Hacienda; Serafín Rodríguez, mesurado, paciente, sagaz, generoso. Administraba los bienes de la familia argentina de Bauzá, una de cuyas propiedades era el palacio de Cisne esquina a Miguel Ángel, el palacio de la marquesa de Bermejillo. Allí, la señora viuda de Bauzá, sus hijas, sus yernos, acumularon un considerable tesoro de arqueología y arte. El palacio era, en verdad, museo, biblioteca de rarezas, colección selectísima. Todos los Bauzá estaban en Buenos Aires; el tesoro, confiado a la honradez, al trasteo de muleta y a la vista larga de don Serafín Rodríguez. El cual decidía entre salvar lo tan sin precio o dejárselo arrancar de las manos por la milicianada. Un encargo a dos pasos del paredón, en un filo de astucia

Asturiano él, ¿quién podrá presentar ejemplo de que un asturiano fracase en materia de política parda y dar cuerda a la cometa? El ángel bueno de los Bauzá, los primeros días, toreó el Gran Toro con fundamento de caldos generosos, algún billete, mucha coba y cierta insinuación escondida de que aquellas salas museables estaban destinadas «a la cultura del pueblo». Después, conforme crecía la marea de patrullas y cuadrillas asaltantes, tuvo que perfeccionar su método. El ángel asturiano fué en busca de otros dos ángeles; éstos, de la lejana y «roja» Checoslovaquia. Zdenko y Xenia Formanek eran los diplomáticos de aquel país, amigo, oficialmente, del Frente Popular semi-español. Particularmente, la delicada Eugenia Formanek, como su esposo, militar de alta grado se sentían, fuera de protocolo, junto a las víctimas de despojo y crimen. La tabla de todos los derechos humanos, incluso del derecho elemental a vivir, hecha astillas por la Res-pública, no estaba abolida por la diplomacia acreditada en Madrid; era su código, así como el Derecho Internacional, privado y público. Núñez Morgado, Schlayer, los Formanek, Pichardo, Helfant, Matheu, Osma, Castellanos, Koziebrodsky, Kopeler, Guerre, Pérez Quesada, Winkermann... Chile, Noruega, Checoslovaquia, Cuba, Rumania, El Salvador, Perú, Uruguay, Polonia, Turquía, Bolivia, Argentina; casi todo el C. D., excepto el jorobado ruso Rosenberg, por jefatura de chequista; los representantes de Portugal, Alemania e Italia, cuyas Misiones abandonaron el suelo empapado en sangre (así se llamaba a la Res, en justicia, República roja); excepto también Inglaterra y Norteamérica, neutralistas, hoscas, estrictas; casi todo el Cuerpo diplomático abrió sus puertas a los huídos de la persecución del tiro en la nuca. Y en compacto grupo se reunía, cambiaba información, presentaba sus protestas al subgobierno de la Roja. El tema de los refugiados era batido con rencor en los libelos: «¡Hay que asal-



JUAN TELLERÍA (y II)

Por TOMAS BORRAS

tar esos nidos de fascistas!», machacaban. Uno de los luchadores contra la ignominia internacional, el marqués de Bosgrave, belga, fué asesinado cuando ejercía sus funciones de rescatador de sentenciados a muerte por el delito de no ser de zurdas.

El lugar probablemente seguro, ansiado, y buscado por un millón de madrileños era el que amparaba una bandera extranjera. Las bestias de la Bestia tenían orden de no provocar complicación diplomática a la meliflua presencia de los ministros de Estado en el Comité de No Intervención, en Ginebra, en los entrecruces internacionales. La ferocidad miliciana tascaba el freno ante las Embajadas y Consulados, donde una insignia de civilización ponía su contraseña de colores pacíficos. En parte, el botín de carne inocente se le escapaba en las «evacuaciones» a los fusiles cainitas. Pero, tras fronteras, se vigilaba y había que, por lo menos, disimular ante la opinión oficial de cada Estado. Los diplomáticos en Madrid ni se mordían la lengua ni eran parcos en trabajar. Schlayer, Núñez Morgado, Pérez Quesada, Matheu, Formanek, Helfant... Sus nombres hacían crujir dientes de comitantes, mangantes, politíbarbaros y crucificadores.

Serafín Rodríguez se había ido con su comisión a Xenia y Zdenko Formanek. Acierto redondo, como corresponde al natural «pesquis» del asturiano. Aunque a Checoslovaquia la vitorearan los anarcofrentepopulistas de marxismo, separatismo y demás pistos guisados en Moscú, París y Londres, los dos diplomáticos, él y ella, eran flor de nobleza, decisión y sentimientos cristianos. El palacio Bauzá, antes de la Bermejillo, una de las hermosuras aristocráticas de Madrid era de los del único «¡No pasarán!» que se cumplió casi por completo: el de una bandera-tabú. Dentro, así, sin darle importancia, Serafín Rodríguez, como Xenia y Zdenko Formanek, acumulaban almas españolas en un espacio entre el tejado y el vano de la planta noble. A la puerta, antiguos guardias civiles, muy suaves con el tratamiento diario del político doctor don Serafín Rodríguez, se hacían los locos cuando en el zaguan entra un coche y de él descendía un hombre despeinado y sucio; una mujer pálida, hasta los labios blancos; unos chicos, los

ojos ardiendo en fiebre, en mangas de camisa. mejillas hundidas de hambre de escondrijo.

Así, en aquella noche de reflectores que buscaban por el cielo negro aeroplanos, con guardia en disfraz de canalla armada, mano a mano contra el rioja de la rarísima botella, Tellería y su ángel devanaban planes para arrancar de entre las manos de la muerte al creador de la cuarta canción que ha removido el mundo. (Esas cuatro canciones son: «La Marsellesa», «La Internacional», el «Himno eucarístico» y «Cara al sol». Lo demás es música.)

LA CARRERA DE SUPERVIVIENTE

—Juanito me vas a hacer el favor, déjate de alardes; tú te quedas aquí, hay algunos falangistas, lo pasarás todo lo bien que se pueda; ya sabes que el Cuerpo diplomático recibe vales de comida, nos los da Miaja, y además podemos salir de Madrid a adquirir por Levante lo que se pueda, y vamos escoltados. Tu familia recibirá una ración, que yo le llevaré. Estás fichado; sólo Dios sabe cómo te libras, porque es el mismo Dios quien te saca de cada cepo; has ido a parar a cuatro checas; en una de las redadas caerás; bebe y piensa no seas loco, que a fuerza de hacerte el loco acabarás siéndolo, si te empeñas tú solito, con tu ingenio, en hacer frente a este terremoto. Con los terremotos, Juanito, no se puede discutir ni intentar que se estén quietos; debe uno meterse adonde no llegue la onda sísmica y librarse. Estudia la carrera de superviviente. Arriba tengo muchos alumnos que se la aprenden a la perfección. Es lo que se puede hacer, y nada más. Ya ves que yo me juego la vida a diario, que me han metido también en varias checas y que el pasaporte diplomático que me escuda puede que pronto no me sirva... Pero yo me he impuesto una misión: tengo bajo mi tutela doscientas vidas y este palacio atestado de cosas maravillosas. Si calgo, caeré por algo. Tú te lo juegas todo por jugar. No seas criatura.

—Eres el pimpinela de los valles neblinosos y un topográfico matritense de senderos esferoidales!... Serafín, te obedeceré hasta que pueda. No me comprometo a más. Esta gente no me domina. Yo los domino, yo los venzo. Estoy metido en el mar, y el mar no puede contra la altivez de la razón navegante. Espera.

Se puso al piano, tocaba con su inverosímil rapidez, rozaba las teclas tan sólo para no despertar al silencio de Madrid que cohibía hasta los latidos de su corazón enorme.

—Este es uno de los pasodobles: «Franco entra». Hoy lo he compuesto por la calle.

Serafín le contemplaba transfigurado, inflamado de arte; como arde en llama azul el alcohol. Apa-

recía el pasodoble alegre, valiente, opaco en el tácito pulsar, como con un dedo sobre los labios.

—Este se titula «Queipo entra». Todos los del otro lado van a entrar. Y pronto. A cada general le voy a escribir uno. Escucha el «Queipo».

Se detuvo a los pocos compases.

—Se me ha olvidado. Se me olvida todo.

—¿Por qué no los escribes?

—No me gusta escribir; improviso, y lo que he creado lo guardo en mí mismo. Si lo escribiera se me perdería. Ya sabes lo distraído que soy. Ahora el terror me debilita la cabeza... No me acuerdo de... casi nada.

—Como a todos. La pérdida de memoria es una de las características del terror. Déjate de pasodobles.

—¿Dejarlo? Voy a hacerle otro a Queipo ahora mismo.

Movió el aire otro arabesco gallardo y de marcha viril, inspiración sin titubeos. Serafín Rodríguez admiraba la expresión genial de su rostro, que el mirar cándido, azul tenue, infantilizaba.

—¿Te gusta? ¿Ves cómo me sale de repente? ¡Como una seda! Fíjate en este paso de mayor a menor... Le da emoción, ¿no? Ahora, fin.

Hundió las últimas teclas, últimas notas.

—Vamos a oír el parte.

En el Madrid mártir se oía el parte oficial de Burgos de dos maneras: los matahombres en grupo, en los cuartelillos, oficinas, cárceles improvisadas; el grupo fingiéndose que lo hacía para reírse de «las bolas que cuentan los fachistas y el borracho de Queipo» en el fondo de su conciencia, seguros de que Radio Nacional decía la verdad; los escondidos, los temblorosos al recuerdo de pisadas por la escalera y brigadilla de pañuelo rojizo como coágulo, con una manta sobre la cabeza, el sonido del receptor disminuido hasta la percepción última, un escucha solamente; los demás, acechadores y vigías de balcones, puertas y tabiques. Tellería pegó la oreja a la cajita mágica.

—Diciembre ya... Cinco meses... «Franco entra», «Queipo entra»... Tengo temas para una sinfonietta dedicada a Franco, cantando su grandeza. Esta sí que la voy a escribir en papel y no en los sesos de la memoria, y tú la vas a guardar, ¿quieres? ¡Una sinfonietta, Serafín, popular, heroica y elegante! ¡Contra la zafiedad y la cobardía! ¡Sinfonietta! ¡Chopin se pondrá contento! El hizo cosas sinfónicas, glorificaba a su pueblo polaco con melodías populares. No todo van a ser pasodobles. Me erijo en el músico de la Cruzada, Serafín.

—Dos cosas sensatas, magníficas, Juanito: que lo escribas, y que yo lo guarde. Será una de las pocas partituras que no se te pierdan por ahí, o se te olviden.

El matrimonio Tellería con sus hijas, en su casa de Madrid, en 1946



—Haría otra, cuestión de minutos... Pero, escucha... ¡Los palestinoideos!

La radio emitía el cántico de amor y de lucha leal: «¡Cara al sol, con la camisa nueva!»...

—¿Quién habrá podido enviar a la zona de España el «Cara al Sol», Serafín? No dicen que es mío, pero los rojos escuchan Radio Burgos... Alguien pudo pasar el papel. Me asombra. No había más copias que la que te llevaste para no sé qué Registro, ¿te acuerdas? ¡Cuando la encuentren!

—Claro que me acuerdo. Alguien de buen oído lo ha cantado entre los nuestros, y lo han transcrito.

EN EL TECHO DEL ESCONDITE

Entre el tejado y el techo de la planta noble del palacio estaban los dos que enviaron a los camaradas de provincias ejemplares del «Cara al Sol», editado en secreto por ellos en el mes de julio; acababan de llevar allí a los dos, destrozados, en extenuación última, después de casi seis meses de vagar por las calles, ferozmente buscados, pregoados. Eran una artista de teatro y su marido, escritor.

Serafín escanciaba a «tempo lento», el rioja se acompañaba de un poco de chusco y naranja. Tellería miraba al trasluz su vaso.

—El rubí es ceremonioso y lírico; el rojo es abyecto y enlodado; el escarlata es guillotina santificadora; el carmesí, estandártico y español; el bermejo es azafranado y oxidante; el rubicundo, doncellez de cereza; el púrpura es el gran color de los colores... ¿Hay más semitonos del encarnado?

Dormía, rendido, de bruces sobre la mesa con serpentinas de piel de naranja y la botella, extraña en el hambre de aquellos días, erguida, báquica. Serafín Rodríguez tomó en brazos a Juanito como a un chiquillo (era eterno chiquillo), le tendió en un sofá; descolgándola, hizo de una cortina manta para el chiquillo. Serafín Rodríguez se fué a otra sala, tumbóse en la alfombra, fumaba picadura de hojas de árbol, meditaba. Al amanecer era preciso ir a que firmase Miaja el vale de los alimentos. Al amanecer, por las afueras, por las calles con solares, seres agónicos arrancados de sus casas y familia harían frente a los fusiles del asesinato. Ya, tiros, lejos. Arriba, los refugiados en el palacio, bajo las tejas, se incorporarían rezando: «Dios, ten piedad de ellos.» Serafín Rodríguez se pasó la mano por la cara quitándose el pesar. El no tenía derecho ni a emocionarse. Su esfuerzo, estar «en forma», equilibrio, tranquilidad, ingenioso engaño a todas horas; instinto de conservación, asignatura de superviviente.

Colgado de la verja, bajo la bandera de Checoslovaquia, un cartel: «Respetad la Cancillería.» La guardia del palacio alborotaba contra los grupos que arrancaron el cartel al pasar, ofendidos en su «antifascismo». «¡Todos deben ir a criar hierba! ¡Nosotros mismos protegemos a los traidores!» Serafín Rodríguez se levantó, entumecido. Iria a su casa; Juanito precisaba de ropa limpia, había que afeitarse; luego, Miaja, el vale de arroz o lentejas de los refugiados; después, buscar medicinas, ir a Hacienda a hacer acto de presencia; en seguida, atender a los escondidos...



Tellería vivió la vida austera de los Campamentos del Frente de Juventudes. Aquí le vemos en el «Santa María», en El Escorial

Juanito no estaba; la guardia decía que sí, que un muchacho salió media hora antes dándoles esta explicación: «Mi acometividad facial es incompatible con la inercia perezante, repúblicos.» Tirado junto al sofá estaba el eterno canuto de papel pautado envuelto en un jirón de «Los sin Dios». En los hilos, cinco a cinco, del pentagrama, agrupadas las incomprensibles moscas musicales. Pasodoble. Título: «Franco entra».

XII

LOS CAZADORES DE PERSONAS, AL ACECHO

Un hombre solo contra el huracán, desafiándola. Tellería no se resignaba a bajar la cabeza hasta que la brutalidad se extinguiese con la victoria. Los madrileños guardaban en lo recóndito el sentimiento de dignidad ofendida, rebelde al atropello y la ferocidad. Que no se les notase el rebote de indignación, disimular, sonreír, fingirse «de izquierdas de toda la vida»: único medio de doctorarse en la asignatura de superviviente. Brotaba hervorosa la protesta, la rabia, y era preciso no dejarla trasladar en la mirada, no permitir al labio la imprudencia de declarar la altivez de seres humanos, civilizados, cristianos, creyentes en el Derecho y la Ley; evitar la palabra peligrosa contra aquel someterse al capricho de los cazadores de personas, que detenían y martirizaban sin ton ni son, porque éste se llama Alfonso, y eso es monárquico, o el de enfrente tiene cara de cura; por hallar en el domicilio de uno el «A B C», y dar al de más allá «el paseo» complaciendo a la portera que en un altercado llamó bruja. Tellería, al contrario de los perseguidos o disimulados, exacerbaba su repulsa, su inaceptación de la realidad; era motín de uno solo, sublevado contra la esclavitud y el instinto criminal. La docilidad falsa, estudiada, de los aguata-dores a la fuerza, incompatible con su leal sacar afuera lo que pensaba, la ira de la humillación, la alegría de ser diferente, esperanza en que lo monstruoso sería aplastado, seguridad en el restablecimiento de la norma, del respeto, la seguridad, el honor. «¿Por qué van a avasallarnos los palestinoideos, raza localizada y estéril, además de salir de lo profundo de la creciente infernalidad satánicoantipacifista?»

Espectáculo impresionante el de un muchacho plantado ante la saña feroz de doscientos mil feroces impunes, para gritarles sin hiel la verdad combatiente. Era erigirse ante una carga de caballería alzada una espiga en la mano. «¡Los innobles precederos serán ultramancillados por la vestal blanca de la suprema decencia! ¡Vosotros sois y no sois! ¡Lo que es, pronto os iluminará con los vestigios de la luz que nunca se apaga!» Los milicianos que echaban tabaco de bote inglés con los internacionales, le miraban con sorna: «A éste se le ha subido a la cabeza el saltaparapetos.»

Para soportar la tensión de aquella lucha, él solo contra la espesa nube de odio y sangre, bebía, «Saltaparapetos», la mezcla enloquecedora de los que atacaban las alambradas «nacionales»; alcohol de la Cruz Roja; bebitrags inclassificables de las tabernas. Alrededor suyo, Madrid, mitad de víctimas, mitad de retorcedores de almas y cuerpos. Y él, por los cafés medio soterrados en oscuridad para que no distinguiese resplandores la Aviación «fachista», entre hornadas de palurdos puestos de canana y gorra de estrella comunista, furcias del «Socorro Rojo», permisionarios en todos los idiomas, negros y judíos apátridas, «compañeros» de comité y atraco, registro, incautación; por las calles despellejadas de pavimento, con parapeto de sacos de arena ante los escaparates sin vidrios ni zapatos, ni libros, ni telas, ni objeto alguno; en las noches cruzadas de pepinazos del Garabitas, silbido su aviso lúgubre hasta estrellarse en la esquina de la vieja casa, arrancarla un mordisco, desplomar un balcón, y otro silbido, y otro impacto de melón que salta, rebotando, entre montones de barro de quinientos días; por los comedores sin plato, a cucharón de caldo de Lozoya y garbanzos naufragos de Méjico; en el cine de la Prensa... El, invencido, en protesta.

Allí, al cine, iba Serafín Rodríguez, y a la casa de Juanito, calle de Martínez Campos, donde se acurrucaban, espantadas, la esposa y las dos hijas del indómito. Serafín Rodríguez dejaba a María el paquetito con provisiones de refugiado, (vale de Miaja al C. D.), y dejaba la seguridad de que a

Juanito no le sucedería nada, pues él, ángel de acento bable, velaba en lo posible por que su santa locura no le atrajera la desgracia mayor.

—Es tan bueno, es tan sincero, tan cristiano, que no puede resistir que triunfe el Mal como está triunfando. Procure usted convencerle de que si les desafia, ¡Virgen Santa!...—se echaba María a llorar.

—Tiene a su favor que no le entienden. ¿No ve usted que son analfabetos hasta los que saben leer?—el ángel de Oviedo la tranquilizaba.

SOBRE LAS TECLAS DE UN ORGANO DE IGLESIA

Ya, otra vez, en la calle de Barbieri esquina a San Marcos, «barrio chino», mercado barato de carne de mujer, los palestinoides le traicionaron y alguno de los guripas de fusil y pistola adivinó en el lenguaje sibilino insultos e insubordinación. «¡Este es un faccioso!» Serafín Rodríguez mostraba sus documentos de diplomático. «Es mi chófer, y como checoslovaco, no sabe el valor de las palabras, no conoce bien el idioma.» «¡Si nos ha dicho que su acometividad facial nos incrusta el desprecio de las razas humanas desde antes del Diluvio hasta el finis del Apocalipsis!» «¿Lo veis, compañeros? Eso es un galimatías. Vamos. Yo pago unas copas, si las hay.»

Y, otra vez, en la avenida de Pi y Margall, segundo trozo de la Gran Vía, Juanito manoteante, su canuto de papel pautado («Franco entra»), moviéndose en molino sobre cabezas de gorro cuartelero y gorra rusa, agitación de la gente, los emboscados en antifaz de andrajo huyendo, los en celo «robolucionario» agolpándose al grupo que cercaba al «carca». Serafín Rodríguez, con ayuda de un «carnet» de la C. N. T., sus documentos de funcionario adicto «al régimen que el pueblo se ha dado a sí mismo» y un retrato de Miaja, donde el astur plantó una, entusiasta dedicatoria, le saca con bien, encarnado de furia sacra, vengador de inmolados, voz de los que guardan silencio, abogado del Bien. (Todo en cifra palestinoides, y otras.)

—Ven, vamos a burlarnos de esa gentualla mitad humanalla, mitad animalalla—como un «Bosco» veía a los milicianos con trasero de cerdo y nariz hucudada.

Fueron al Palacio de la Prensa, donde Juanito ejercía su musicalismo en un órgano de iglesia para amenizar la proyección de cintas de Moscú o de cintas guarras. ¡Buen pisto! Allí, el hábil ángel pacienzudo escuchó el delirante trezado de la «Marcha Real», el «Cara al Sol», el «Oriamendi» y el «Himno Eucarístico» con fugas, respaldos, gafiños y trozos de zarzuela.

—Todos los días, en las dos sesiones, les endoso nuestras canciones. Y ni se enteran.

—Juanito, te van a matar.

—¡Martir! ¡Qué más quisiera yo! ¡Mártir de Dios y de España!

Juan era como quien vive en gloriosas entrevistas, como quien por empaparse en relumbros (los ojos del alma ven esas cosas), es prelucido, radioso, mientras los pies caminan pisando blando, sucio, negro, lodo. Así lo explicaba él.

—Soy también dos, como ellos. Mi mitad secreta está allá. Aunque me veas andar oscuro por la calle, soy luminífero.

Le objetaba Serafín Rodríguez:

—¡Bebes tantas porquerías!...

Era su soporte, la manera de no caer en el abatimiento o exacerbarse en su fe hasta arrostrar el plomo de la bala con gozo. Había de sostenerse en la arista difícil de no entregarse ni a la desesperanza ni a la iracundia, de pasar por el hilo de equilibrio suficiente para no abdicar de su prerrogativa de hombre ni desenmascararse como enemigo declarado. Eso el alcohol se lo evitaba. A «medio pelos» no se sabe con certeza cuál es la realidad, cuál la fantasmagoría. Un medio moscorra, además no inspira encono, sino risa. Y sobre ello, cortina de humo, el guirigay palestinoides.

BOMBAS SOBRE LA «POLCA DEL HAMBRE

Bombardeo, tasca de la calle de la Puebla Tellería y su ángel se refugian junto al mostrador, les sirven algo vagamente parecido al vino, vaso en mano, canuto de música para el ademán. Tellería conversa con Serafín Rodríguez. Afuera se



Don Serafín Rodríguez. Retrato al óleo por Marceliano Santamaría

siente el retumbo del cañón del cerco, dispara proyectiles pequeños para sostener la moral de la guerra. Frente a la tasca un almacén de pianos.

Los comerciantes escondían los «géneros», re-pugnaban el dinero de la Res-pública, no tenían nada... más que en los sótanos. La gente quería comprar cualquier cosa, una escalera, un embudo; la cuestión era desprenderse de los billetes que luego no valdrían nada. El comercio hacía prestidigitación: visto y no visto. Pero un piano no es fácil para el escamoteo. En el almacén hay pianos; el dueño se disculpa, no quiere vender.

—Vamos a probarlo, nada más.

Está desafinado, suena a guitarra de cuerdas saltadas. Tellería atrae a los que se cubren del bombardeo, a los vecinos; la tienda, semientresuelo se llena del vario transeúnte, los de un lado y los del otro lado, los que sufren y los que hacen sufrir. El cruzar de los «obuses»—así los llaman—es continuo. A la explosión precede la parábola en alarido. El piano, rasposo, desafina el «Himno de Riego», la «polca del hambre» tarareada de «Tantum ergo»; en seguida el «Cara al Sol» con arabescos de lo aborrecido por los rojos, las manos aleteantes lo mezclaban y salía en surtidor «La joven guardia»; mas al fruncir el ceño los azules decaía hacia una frase de la «Canción nacionalsindicalista», que Juanito escuchó por la radio. Unos y otros, desconcertados, le miraban con recelo. El ángel tuvo que sacar a Juan. Los milicianos, aborrecidos de ellos mismos por el bombardeo, le ponían jeta atravesada, iban a decidirse.

Treinta y tres meses en ese inverosímil vértigo loco que se desliza por un silbido. «Al otro lado» mueren entusiastas jóvenes inflamados por la heroica del «Cara al Sol»; la policía del Gobierno y del S. I. M. buscan a «Tellería el malo», el que no escribió «Venta de Vargas»; las patrullas se descrisman por «eliminar» a ese que hizo el himno de la Falange. Tellería no oculta su pensar, clama a las hordas, las vitupera, se muestra ostentoso, desafía, hace que en Madrid resuenen los mismos cánticos que llevan de victoria en victoria a las legiones de la Cruzada... Una mano le saca de los apuros, otra mano vela por él; es indudable: ciega a sus enemigos él mismo pone careta a sus palabras y a sus músicas. Y en la calle de Martínez Campos, frío, necesidad, miedo en la medula. Una encogida vasquita y dos niñuelas que se abrazan, cada noche negra al en peligro, cuando regresa de justificar sus diez pesetas y su adhesión «al régimen que el pueblo se ha dado a sí mismo», agotado, tembloroso de irritación: que produce irritación urticaria el roce con la humanidad vibora.

UN HOMBRE NO QUIERE EVACUAR

Casi tres años... Un día Miaja interroga a Serafín Rodríguez cuando va a que le firme el vale.

—Me han dicho que tú—todos se tutean—eres amigo de un sospechoso; dicen que puede ser quien ha escrito eso que cantan al otro lado los de Falange. No lo he cido nunca. Vamos a irnos a El Escorial en cuanto tenga tiempo, y para mí solo va a tocar eso en el órgano del ex monasterio.

Miaja era un escéptico, un manga ancha; se reía de tener que hacer el héroe. Un asturiano no pestañea ni se inmuta ante el riesgo:

—Verás, mi general. Este es Juan Tellería el de «Venta de Vargas» Buen compositor, eso sí El que hizo el himno es Agustín Tellería, que está con los facciosos.

—Lo que quieras, compañero. Pero tu amigo va a tocar esa murga para que yo me entere.

—¿Y cómo va a saber mi amigo esa murga, si nunca la oyó?

Había que esconderse. Tellería no se esconde. Había que marcharse: Tellería no quiere «evacuarse» a Barcelona. Había que ser más que prudente, silencioso: Tellería continúa con sus apóstrofes.

La Mano de lo Alto, como la mano del serafín, conducen al inocente, le sacan de la tribulación; cuando va a caer velan su figura, que se les desvanece a los buscadores. Tras años casi él muy fino, muy cordial, como siempre, iluminado en el sentido teológico, sin miedo, sin abdicación, en encendimiento de espíritu, alentándose con espíritus que queman el estómago como cantáridas, con los papeles («Franco entra», «Sinfonietta a Franco») canuto bajo el brazo o cetro astroso de rey de la bohemia. Fiel a sí mismo, el más difícil consejo en la ejecución. No puede Miaja llevarle al ex Escorial. El héroe al dictado se mete bajo tierra en Barajas y luego huye. Es el momento en que la guerra hace crisis; la balanza se inclinó. Ya nadie puede levantar el otro platillo. Cede la vertical de los rojos, se reblandece, se escora; los sufridores se organizan en Falange clandestina. Los que han zapado «el régimen que se dió el pueblo a sí mismo» sacan a la luz su fuerza: la moral de la Bestia se hunde. Es cuando los comunistas, al comienzo de la lucha, en número infimo crecen; a ellos se añaden los del inapagable rencor, los que ni transigen, ni perdonan, ni aceptan. El comunismo compone sus listas: 30.000 eliminados nuevos cuando gane Madrid a las otras partidas.

La guerra da el coletazo, se lucha no contra Franco, sino para exterminar a «las derechas» y a los compañeros de checa y parapeto. La Falange clandestina azuza hábil, esa guerra civil chica dentro de la gran guerra civil internacional. Un día la Falange clandestina salta las alambradas y les dice a los voluntarios de la Independencia: «Pasad».

Tellería, como quien aguantó tantos meses la carga del más alto voltaje, está «quemado». Viejo de menos de cuarenta, parece que sus cándidas pupilas azules se arrugaron, que miran con mirada pesante y pesarosa, que las canas que le nacen son pesadumbre también en su nuca, se inclina. Silencioso, penseroso, algún resorte se le ha roto dentro.

Mientras las oleadas de camisas azules que se liberan de los pisos de Madrid y lanzan las trincheras del cerco entrecocan su entusiasmo y se confunden en un mar inmensurable que inunda la ciudad, Tellería contempla el espectáculo de llanto alegre arrimado a una esquina, sin dejarse arrastrar al delirio de gritos enronquecidos, al enloquecimiento de millones de seres resucitados todos de pronto. Si en los balcones hay colgaduras de ban-

deras rojo y oro, negro y rojo, haces de flechas y yugo como insignias, uniformes azules y terrosos, mujeres y hombres unánimes en su alistamiento en el deber (¿de dónde ha salido aquella Intendencia que parece improvisada? Sólo Auxilio Azul lo sabe); cuando en las gargantas no vibra sino un «Cara al Sol» constante que enlaza su fin en un grupo con el iniciarse del cántico en otro, y la masa de soldados, muchachas, falangistas eleva al azul, ¡divino día de abril!, el himno vigoroso y amoroso, el músico, aplastado por su propia gigantesca obra, se encoge, se asusta, es para él desmesurada la cosecha producida por su semilla inspirada. España integra, su Historia, su juventud, el Estado Nacional, el Ejército, los barcos de la decisión, los campos, las banderas, los luceros, la muerte y la vida cantan, no cesan de cantar, siempre «Cara al Sol» sus compases, su sangre espiritual que circula, transfundida por las venas de aquello que no es palabra vacua, sino cálida realidad de cuerpos cantando: la Patria. Ha sentido, ha escrito el himno de la Patria, España, la Patria, cantará eternamente la centella quemante de Juan Tellería, un «sensillo» chico de Cegama, un bohemio de Madrid que lleva sus pasodobles andaluces, sus sinfonías bélicas y sus misas fervorosas en un rollo de papel grueso, envuelto en el último periódico que dispusieron como mantel en la tasca, Juanito Tellería, niño, envejecido, roto su resorte, con arrugas en la mirada, no puede resistir la enorme presión de lo inesperado, le aplasta aquello te-lúrico, un pueblo, tierra y carne, corazón, fiebre de júbilo íntima, que habla el verbo que él le ha enseñado, el verbo que ondea por el aire de Madrid, como por todas las aldeas, y ciudades, y caminos, invisible oriflama enardecedora, al volver a reír la primavera, el verbo musical ante el que se alzan los brazos en saludo, y la mano se abre en busca de la mano hermana... Tellería se echa a llorar, desconocido, solo, arrimado a un ángulo para que la marea apretada, fundida en infinitos cuerpos no le aplaste; él solo con su gloria, que no le cabe en el alma y le destroza.

Vigila en favor de sus intereses el ángel de las Asturias del Rey, le toma del brazo, le lleva al Registro de la Propiedad. Serafín Rodríguez es hacendista, sabe que lo útil no es enemigo de lo sublime.

—Vamos a ver si registraron el himno cuando lo llevé antes de la guerra al Registro de la Propiedad Intelectual. Veremos si se ha perdido o está en la oficina el expediente. He citado a un notario por si hay pegas. Si las hay, litigaremos.

Tellería, entre sueños de inmortalidad, cuando un pueblo gigante entona a emoción máxima su cántico; Tellería, anónimo, ignorado por los mismos que le elevan con su coro al alto cielo, no entiende. «Registro de la Propiedad Intelectual... «Expediente»... «Oficina»... ¿Qué es eso?

NO SON PROBLEMA LOS DERECHOS DE AUTOR

Eso está en el palacio de Bibliotecas y Museos, por la parte que da a la calle de Villanueva. Un empleado presenta a Serafín Rodríguez el expediente atado con balduque: «Amanecer», canción de Juan Tellería y Arrizabalaga. A Serafín Rodríguez no se le pasa detalle. Pues, sí. El Registro dice que don Juan Tellería y Arrizabalaga es el creador de la canción, y el único poseedor de todos los derechos sobre la obra, artículos tales y cuales de la ley y del Reglamento. Serafín Rodríguez pone en manos de Tellería el original de la canción y el resguardo. El notario, don Federico Fernández Ruiz, no ha tonido que levantar ningún acta para litigio.

Entonces, una escena de «Don Quijote». Tellería se arrodilla, se santigua devoto, toma la canción y no se a breve sino a elevarla con las dos manos, er ofrenda.

—¡Dios mío, Dios mío!—y se pone a cantar sin letra, estentóreo: ¡Do, do, re, re!...

SUSCRIBASE USTED A

LA ESTAFETA LITERARIA

Un año: 100 pesetas. Seis meses: 50 pesetas :— Administración: Montesquinza, 2 - MADRID

No le importa que los palestinos hayan hecho discos («en la otra zona»), ni que la canción no produzca nada, ni que él haya de seguir por los «cabarets» tocando frivolidades en pianos que huelen a colonia barata, ni la disimulada miseria, ni el lanzar pasodobles para torerillos de invierno; que se lo queden todo los palestinos, si gustan. A él le basta vivir en la atmósfera madrileña, cantante de heroísmo, entusiasmo, acción, y, sobre ello, su «canción de amor y de guerra», tal como la quería José Antonio.

Sancho-Serafin, calmoso, preciso, inteligente, piensa de otra manera. Hace las pertinentes gestiones. La Secretaría del Movimiento señala al camarada Juan Tellería una pensión; es nombrado profesor del Conservatorio, la respetable Doña Música de Cámara da su rendido al joven maestro... que ha perdido la «Sinfonietta a Franco», olvidada en cualquier parte. Como se le olvida la familia en el teatro de la Zarzuela. «Esperadme un momento.» Deja la butaca, sale. Su esposa y sus niñas acabada la función, aguardan a la puerta. Se cierran, uno tras otro, el teatro, los restaurantes y tabernas de alrededor; los serenos se dirigen al grupo de aquella señora con dos niñas por si les ocurre algo... Les ocurre que no tienen un céntimo para volver a casa, que son casi las dos de la madrugada y que Juanito no vuelve. Paso a paso llegan a su 35 de la calle del General Martínez Campos; entran en la casa. Juanito teclea en el modesto piano alquilado, no atiende, está en trance. Levanta la cabeza, ve a los suyos, no sabe decir más que.

—¡Ah!

Le abrazan riéndose. Juanito es así, un «ido». Un «ido» genial que nunca acaba de cumplir los siete años.

XIV

Gracioso, inspirado, muy tímido, distraído, chun-gón a lo serio, muy recto, de gran fondo religioso, iluminado, dice su ficha psicológica. Desde el abril feliz de 1939, Juanito sigue tímido y distraído, y también es fulgente de imaginación, pero su encandimiento se orienta hacia otras direcciones.

—Estás en la Luna—le riñe, suave, María.

—Estoy más lejos.

Esta desdoblado otra vez, su mitad terrena, vacilante; su espíritu, en la infinitud pura, en el allá impreciso, hombre desterrado de un lugar sin dolor al que aspira de nuevo, en desengaño. Ha visto demasiadas infamias, excesivas cosas terribles, son tres años de zozobra, de ver crímenes, torturas, injusticia, brutalidad, satanismo. Tres años de sentir en la medula el helado terror que paraliza y anula la voluntad. Años de farsa sostenida con alcoholes abrasantes, de abrasarse de indignación y de soportar vejaciones inmundas, de sentirse ali-mañá cazada el recental immaculado. Días y noches que no se acaban, de sufrimientos por uno mismo, y por todos, y por la Patria y por el vivir civilizado, y por Dios envuelto en permanente blasfemia. Calles con montones de basura, ciudad desvalijada, traillas al asesinato, llanto sofocado tras los balcones, ostentación de barbarie brutal y de lubricidad de todos los vicios y desviaciones, hasta el de la idolatría al macho cabrío, Tellería ha bajado de tono, ya no es gracioso ni ironiza sutil a las gentes. Se abstrae, callado, regustando amargas memorias. Su sentido religioso se exalta y su rectitud de conducta se hace exigente. Parece un anacoreta en traje de almacén pobre de ropas hechas. Huye de la sociedad de los demás, cualquier cosa le es indiferente, menos el hogar-nido de la calle de Martínez Campos.

Ha nacido la tercera niña, chamberilera vasca, como sus hermanas; ésta, asombrosamente idéntica a Juanito, se llama María Jesús. Serafin Rodríguez es ahora visita de la familia, ese amigo que en la familia se llama «la visita de confianza». A veces pasea con Juanito, que siente el imán de los lugares don-

de transcurrió su casi vivir casi morir, paso de agonía en el Madrid salpicado de dolor inmolado. También Serafin Rodríguez renquea, arrastra su dolencia, adquirida en el sacrificio por los demás, sus ojillos pequeños y agudos parpadean con tic tras de las gafas, inseguros. Son dos inválidos que se sostienen el uno al otro. Las tres chamberileras guipuzcoanas, María Rosario, Mariconchi, María Jesús, lozanean y embellecen a un lado la Delicadeza, al otro la Prudencia. Un humorista asombrosamente original, filosófico, imprevisto, el doctor don Julio Bravo, lleva el libro de una opereta a Tellería. No la termina. No emprende de nuevo la versión de la «Sinfonietta a Franco». Se han perdido los «Franco entra», «Queipo entra». Se han perdido el gusto de vivir. Se vive por inercia, vive el músico sin impulso, a la deriva, su realidad está más lejos de la luna.

El 26 de febrero de 1949 murió. Se murió sin enfermedad, no de querer morirse, sino, quizá, de no importarle vivir. Tenía cincuenta y cuatro años, según las fechas; era el de siempre, niño, en su verdad, Madrid no le retuvo. Aquel pueblecito de la Guipúzcoa verdemar, ondulada de olas quietas en colina, le pidió, fiel a sí mismo, como Tellería lo fué a sí mismo; fiel el pueblecito a ser arca de glorias, perfumada el arca a salud, a manzana, a helecho húmedo. Acudieron al «cuerpo presente» los aldeanos que le vieron de chicuelo correr de iglesia en iglesia para zumar en los órganos; los viejos sacristanes que le oxeaban al sentir la rara melodía en la tarde de calma; revestíanse los sacerdotes para aplicarle todas las misas, bienquistos con el revoltoso que les alborotó el coro con sus improvisaciones; las buenas nescas también acudieron, acompañaban a María y a las tres Marías juven-citas medio madrileñas, medio vascoñgadas; y los chicos ya vestidos según la alegre gravedad del Frente de Juventudes, la Guardia de Franco, mozos invencibles del Pirineo que se derrama al rudo Cantábrico, los erris de paraguas encarnado y alquería sostenida en equilibrio, en un ple, mendi mendiyán; y acudía el campo amoroso cuyo barro era del del hombre percedero que ya estaba con el Señor. Todos los órganos que tocó tocaban solos, las caras se crispaban por no llorar, que al elegido se le envidia y no se le llora, las nubes pasaron cara al sol, con la camisa de niebla acarada.

José Antonio Elola, en nombre de la Camisa Azul, fué el último en señalar la cruz en su frente, donde besó el Señor. Sancho Dávila envió un bloque de piedra para su sepulcro, en nombre de la Falange de Sevilla, una de las de más redaños.

FIN



La tumba de Juan Tellería en su natal Cegama, de la provincia de Guipúzcoa. La tierra verde y mollar del Norte acoge amorosamente sus restos mortales

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LAS FUERZAS DE LA POLITICA NORTEAMERICANA

Por Ivan HINDERAKER



La entrada en funciones del Presidente Eisenhower para su nuevo mandato administrativo aumenta en estos días la atención sobre la vida política de los Estados Unidos, la cual realmente es mucho menos conocida de lo que se cree. La aparente simplicidad de su sistema dual de partidos hace creer a muchos que en esto acaba todo y que los asuntos públicos se desenvuelven dentro de estos esquemáticos cauces. No obstante, las cosas son mucho más complicadas de lo que podía esperarse y en la escena política norteamericana actúan toda una serie de fuerzas tan desconocidas como poderosas. Son éstas principalmente los llamados grupos de presión, representativos de los más diversos intereses y que, inclinándose unas veces a un partido y otras al contrario, suelen en muchos casos decir la última palabra en las elecciones o también en los momentos en que las circunstancias exigen una decisión presidencial. El estudio de todas estas cuestiones y de otras muchas más es precisamente el objeto del libro que hoy resumimos, debido a la pluma del profesor Ivan Hinderaker, catedrático de la Universidad de California, en Los Angeles.

HINDERAKER (Ivan): «Party Politics».
Henry Holt and Company, Nueva York,
1956.

EL partido mayoritario y los grupos de presión son las instituciones organizadas a través de las cuales se desarrolla la participación individual y colectiva de los ciudadanos americanos en el proceso político. En una proporción relativamente insignificante, el electorado tiene también la alternativa del partido minoritario. Las distinciones entre partidos mayoritarios y minoritarios, así como grupos de presión, no son siempre claras y entre ellas se pueden destacar los siguientes aspectos: El partido mayoritario está primordialmente interesado en capturar los puestos de gobierno y sólo de una manera secundaria le preocupan los programas gubernamentales específicos. Contrariamente, los grupos de presión tienen como máximo objetivo el influir sobre la política gubernamental en las zonas de los intereses que le son propias. Aunque estos grupos pueden comprometerse en actividades públicas electorales, su finalidad no es la de ganar unas elecciones como tales, sino la de conseguir el estar representados por una serie de funcionarios públicos que, por medio de sus acciones oficiales, puedan contribuir al éxito de sus esfuerzos en la consecución de lo que ellos desean del Gobierno.

LAS FUERZAS DE LA VIDA POLITICA NORTEAMERICANA

Los objetivos de los partidos minoritarios caer siempre entre los de los partidos mayoritarios y los de los grupos de presión, inclinándose alternativa-

mente hacia una u otra parte. Aunque el sistema americano de partidos podría indudablemente funcionar de manera más eficaz para los intereses populares, cabe preguntarse si este sistema ha fallado de tal modo que merezca la introducción de todo un cambio constitucional o de una reorganización completa de los partidos como tales. Este libro se inclina por dar una respuesta negativa a la pregunta en cuestión. El sistema americano se ha mostrado lo suficientemente flexible como para adaptarse a las necesidades y los problemas cambiantes. Aunque actúe de una manera más lenta que otros sistemas, puede funcionar con mayor rapidez si las circunstancias lo requieren. Y el hecho de que los dos principales partidos hayan sobrevivido durante más de un siglo confirma su capacidad para reaccionar ante los estímulos políticos en un nivel de eficacia que lo menos que puede ser calificado es de adecuado, aunque quizá merezca una calificación de suma eficacia.

Cuando, como seguramente ocurrirá, se introduzcan modificaciones en el sistema o en los partidos para alterar su procedimiento, el cambio o la alteración se harán probablemente de una manera gradual y al impaciente le pasarán como impreceptibles. Siempre las cosas deben de hacerse de acuerdo con las circunstancias, y la rapidez muchas veces es tan peligrosa como la lentitud.

Existen muchas razones, tanto de naturaleza racional como irracional, para que las formas de separación de poderes y federales de la constitución americana persistan largamente. Dentro de esta estructura de sistema dual de partidos el modelo de relaciones de grupos de presión y de los dos partidos, republicano y demócrata, es probable que presente un aspecto muy semejante al de hoy en un futuro considerablemente distante. Si la debilidad del sistema y la de los partidos no se aumenta hasta un punto en que se entorpezca una clara visión de sus fuerzas, fundamentalmente todo este tinglado será capaz de enfrentarse con las crisis futuras.

FORTALEZA Y DEBILIDAD DEL SISTEMA PARTIDISTA NORTEAMERICANO

Los que propugnan que se abandone nuestro federalismo y la separación de poderes, suplantándolos por una democracia de tipo mayoritario, y los que, aunque no piensen en cambios constitucionales, desean unos partidos centralizados, disciplinados y claramente orientados, llegan a estas conclusiones a través de un proceso de razonamientos que se base generalmente en los siguientes motivos:

1.º Los serios problemas, tanto internos como externos, con que tiene que enfrentarse el Gobierno de los Estados Unidos.

2.º El poder dentro del Gobierno se encuentra fragmentado en una serie de ramas que no aseguran un trabajo conjunto. Dentro del Congreso, el Senado puede bloquear la Cámara y en cada una de éstas hay numerosos centros, repartidos en las manos de diferentes individuos, que no cooperan necesariamente entre ellos. Igualmente, el poder está repartido entre el Gobierno nacional y el de los Estados y en muchas zonas de la política inte-

rrior las soluciones que hay que dar a algunos problemas no pueden aplicarse uniformemente al país, porque su ejecución se realiza de una manera distinta en los 48 Estados.

3.º El sistema partidista dual norteamericano, disponiendo de unos partidos tales como los demócratas y los republicanos, de organización descentralizada y de poder difuso, no se adapta para facilitar una dirección nacional ni para ayudar a una cita elección política al elector.

4.º Aunque los Estados Unidos, con su sistema actual, puede enfrentarse con los problemas presentes, la naturaleza crítica de nuestros tiempos y las perspectivas futuras exigen una nueva solución de los problemas gubernamentales.

5.º Si los partidos no facilitan una orientación nacional, no existe otra fuente que la pueda dar en el actual sistema. Y en el grado en que los partidos abdiquen de esta función rectora, surgirá una serie de grupos que tratarán de suplantarles y hacer que el Gobierno evolucione en el sentido de sus intereses. Esto no es nada deseable porque los grupos de presión ponen por delante sus pretensiones particulares ante el Gobierno, viendo de una manera particularista las cosas y sin tener en cuenta el interés público.

LA FUERZA DE LOS GRUPOS DE PRESION

El Comité de la Cámara relativo a los partidos políticos hizo en 1950 un informe según el cual estimaba que los grupos de presión no eran instrumentos indispensables de gobierno, aunque no se inclinaba por su supresión. A través de todo este informe, el Comité estima que los grupos de presión tienen un papel inferior al de los partidos, pero, sin embargo, se inclinaba porque se le diese una mayor voz en la determinación de la política gubernamental.

¿Quiénes son estos grupos de presión? Los que nos sirven para nuestros propósitos son miles de asociaciones privadas norteamericanas organizadas para hacer sentir su influencia sobre las asambleas, los Gobiernos e incluso los Tribunales, son asociaciones destinadas a difundirse entre las masas con el fin de lograr una mayor aceptación pública y de este modo fortalecer su posición con funcionarios que les representen y también destinadas a educar a todo aquel que quiera detenerse a escuchar los argumentos que ellos propugnan en la defensa de sus respectivos casos. En el terreno comercial encontramos como representativas de estos grupos a la Cámara de Comercio, la Asociación Nacional de Manufactureros y en general todas las asociaciones comerciales preocupadas por la producción, manufactura y distribución de cualquier tipo de actividad mercantil. Las corporaciones individuales también pueden incluirse en esta clasificación.

En el terreno de la agricultura, las más conocidas son los «cuatro grandes», es decir, la American Farm Bureau Federation, la National Grange, la National Farmer's Unión y el National Council of Farmer's Cooperatives. Paralelamente a las asociaciones funcionales mercantiles existen también organizaciones de tipo semejante en ese terreno, tales como las que reúnen a los productores de trigo, algodón, ganado y leche.

En el campo sindical, la American Federation of Labor-Congress of Industrial Organization es la que recibe la máxima atención, pero el número de organizaciones sindicales que actúan independientemente de una manera total o parcial de esta gran central laboral pasa de varios centenares.

A las organizaciones citadas habría que agregar las asociaciones de veteranos, las confesiones religiosas, los grupos étnicos, los grupos profesionales y otros muchos tipos de organismos. Todos ellos tratan de relacionarse con el Gobierno para que éste adopte una política que ellos desean o se abstenga de tomar determinadas medidas. Los grupos de presión constituyen una estructura entremezclada con toda nuestra fábrica gubernamental.

El grupo de presión se relaciona con el Gobierno, tratando de anteponer sus objetivos particulares, lo que le distingue de un partido político que debe movilizar a toda una mayoría de un distrito electoral para conseguir ganar unas elecciones.

Aunque los grupos de presión pueden interesarse directa o indirectamente en unas elecciones, su finalidad al comportarse de este modo no es para

ganar unas elecciones (per se), sino para influir en la política gubernamental. Y, por el contrario, aunque ciertos elementos de un partido político puedan seriamente interesarse por un cambio o el mantenimiento de cierta política gubernamental, esto para un partido es sólo algo secundario.

La visión de un partido es amplia, la de los jefes de los grupos de presión limitada a la de su propio grupo y a los esfuerzos de lo que intentan apoyar. La visión de un partido se mantiene sobre una serie de zonas de fricción con el fin de que estas mismas diferencias puedan crear un común denominador más amplio. Para los grupos de presión lo importante es atraer al Gobierno e imponer su opinión sobre los asuntos principales.

Los grupos de presión comerciales se interesan fundamentalmente por las cuestiones fiscales y de impuestos, por las normas del Gobierno sobre negocios, tarifas y por todo lo referente al departamento de Comercio. Semejantemente para los grupos de presión agrícolas lo que más les preocupa es la cuestión de los precios granjeros, así como las ayudas que se les puedan prestar con créditos agrícolas, las tarifas, los impuestos, etc. Para los grupos de presión laborales lo importante es lo relativo a los contratos colectivos, a la seguridad social, el pleno empleo y a las cuestiones de vivienda. Los representantes de los veteranos presionan por la concesión de pensiones, por que se les dé primacía en las funciones civiles; para los grupos religiosos lo que está en primer plano es todo cuanto pueda referirse a las relaciones entre la Iglesia y el Estado, la leyes que puedan tener aplicaciones morales y los problemas educativos. Finalmente los grupos profesionales tratan de defender su actividad lo más posible de la interferencia gubernamental y conseguir que sus actividades se desenvuelvan lo más libremente posible.

Los intereses de cada tipo de presión no están, sin embargo, estrechamente confinados a estas premisas. Por otra parte, los diversos grupos no suelen estar de acuerdo unos con otros sobre concepciones generales o sobre decisiones específicas. La «guerra» de los grupos de presión es fuertemen-

Vestirá
MAS
gastará
MENOS

SABER COSER le proporcionará muchas satisfacciones y economías en su hogar.

La costura le brinda un trabajo LIBRE, COMODO Y LUCRATIVO

EN 6 MESES puede ser modista. PERO, SOLAMENTE...

CON EL → CURSO

Femina CCC

DE

CORTE

Y

CONFECCION

OTROS CURSOS CCC:

Idiomas - Contabilidad
Cálculo - Mecanografía
Taquigrafía - Cultura
General - Ortografía
Redacción - Radio - Cultura
Física - Dibujo, etc.

EL TITULO CCC LE HARA TRIUNFAR

!!! No se equivoque !!! Pida folleto GRATIS a :

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA CCC

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL, NUMEROS 31. M. Y 37

APARTADO 108-156 - SAN SEBASTIAN

DELEGACIONES:

MADRID, Preciados, 11 - BARCELONA, Av. de la Luz, 48

CORTÉ O COPIE ESTE CUPON

Envíeme información GRATIS del curso de : _____
Nombre _____
Dirección _____ Población _____

te empeñada, tanto entre los grupos como entre los subgrupos que existen dentro de los principales grupos.

Los grupos de presión son instituciones sin las cuales los funcionarios gubernamentales y el sistema político de los Estados Unidos no pueden funcionar. Son ellos los que informan a los funcionarios públicos y educan a la masa. Inician determinadas políticas, determinan un tipo funcional de representación de los ciudadanos por encima de la representación de tipo geográfico obtenida a través del sistema de distritos para elegir los funcionarios públicos.

Así se critica ciertas actividades de los grupos de presión, la ortodoxia del sistema político norteamericano considera que tanto estos grupos como los partidos son instrumentos indispensables de su gobierno. Tanto es así que se estima que aunque se constituyeran fuertes partidos centralizados y disciplinados, los candidatos ofrecidos por los grupos de presión no serían nunca barridos de la escena política. Esto, según uno de estos teóricos, J. Roland Pennoock, no significa que los partidos políticos no sean importantes, ya que constituyen unas organizaciones esenciales para el proceso político, pero a pesar de su necesidad, sin estos suplementos resultarían lamentablemente inadecuados. «Quizá —dice otro teórico— el problema fundamental estriba en saber de si la democracia se realiza mejor a través de fuertes partidos—fuertes significa aquí muy disciplinados—o a través de un fuerte electorado, organizado de diversas maneras, entre las que se incluyen los partidos políticos.

LA LABOR DE LOS GRUPOS DE PRESION EN RELACION CON LOS PARTIDOS

El informe a que hemos aludido anteriormente abogaba por la necesidad de un sistema de partidos capaz de hacer una mayor resistencia a los grupos de presión. Según el mismo comité, el interés de los grupos no puede nunca marcar una política democrática nacional. Por todas estas razones se indica la necesidad de llegar a un compromiso de intereses, compatible con los deseos de una sociedad libre, compromiso hecho sobre unos términos de referencia que reflejen un manifiesto concepto del interés público.

Varias cuestiones se plantean cuando se examinan las posibles tendencias que existen al relacionarse los grupos de presión con los partidos políticos. La primera de ellas es si existe tal tendencia y la segunda es, de que si dando por supuesta su existencia, es deseable que continúe produciendo un tipo de relaciones como el que propugna el comité de partidos políticos, según el cual, los grupos de presión tienden a alinearse con los partidos mayoritarios, ya que actualmente resulta imposible permanecer neutral en la vida política.

Respecto a la primera pregunta de si existe esta tendencia, lo más probable es que se responda por la afirmativa, pero inmediatamente surgen dos contrapreguntas: ¿Ha tenido esa tendencia efectos tan grandes como se le supone? ¿Y continuará esa tendencia desarrollándose como una curva ascendente?

Durante el curso de las dos últimas décadas el número de miembros de las organizaciones sindicales ha saltado de 5.000.000 a unos 15 aproximadamente. Durante el mismo período los sindicatos han militado políticamente por lo general en lado demócrata, aunque en algunas ocasiones hayan apoyado a candidatos republicanos y aunque las organizaciones laborales hayan insistido que no apoyan a ningún partido político. No obstante su actividad política se ha intensificado últimamente con la creación de comités de acción, particularmente con el C. I. O. durante la época anterior a su fusión con la A. F. L. precisamente una de las razones que impelieron a esta fusión fué la de conseguir un mayor grado de eficacia pública.

El papel que representaron los sindicatos organizados, funcionando como auxiliares del partido demócrata, en las elecciones de Michigán y Minnesota, puede servir para indicar cómo la masa laboral opera en las campañas políticas y también cómo el trabajo puede tener justificadamente esperanzas de representar algo en la vida pública. Esta acción de este grupo de presión parece haber sido claramente comprendida por los comités políticos de los partidos y por ello ha representado y seguirán representando, un importante factor en las campañas presidenciales, en muchos Estados, cons-

tituyendo uno de los hechos característicos de la vida política norteamericana.

Los grupos de presión agrícolas son organizaciones masivas encuadradas, semejantes a los sindicatos, aunque el papel de los granjeros en la política es diferente. En primer lugar estas organizaciones no son del tipo centralizado, y, en segundo, estas entidades no pueden ser consideradas como auxiliares ni del partido demócrata ni del republicano. Aunque algunas de ellas tengan tendencia a inclinarse al partido republicano, muchas veces lo hacen en otro sentido. En general, sólo la Farmer Union tiene una sólida adhesión al partido demócrata. Por otra parte, las organizaciones campesinas no han utilizado nunca sus cuadros y sus afiliados para fines políticos en la extensión que lo han hecho las centrales sindicales. Existen diferencias sobre el actual político y sobre sus perspectivas entre los grupos agrícolas y entre éstos y los sindicatos, por lo que nada indica que las organizaciones agrarias se introduzcan por un camino similar al que han iniciado los movimientos laborales.

LA ACCION DE LOS GRUPOS FINANCIEROS DE PRESION

La actuación de los grupos de presión financieros se diferencia sensiblemente de la actividad de los grupos anteriormente citados. Las organizaciones comerciales no disponen de grandes afiliaciones de miembros, aunque con relativa frecuencia busque contacto con las organizaciones agrícolas o con otros grupos de negocios. Las ventajas de estos grupos radican en su capacidad de acumular con más facilidad recursos financieros para fines políticos y su localización estratégica de los principales medios de que ha de servirse en la sociedad norteamericana. Su principal inconveniente estriba en sus escasas disponibilidades de electores. Los grupos comerciales actúan en política sobre bases organizadas y dejan sentir su influencia sobre los grandes partidos mucho antes que las organizaciones sindicales o campesinas. No obstante, en los últimos tiempos, los primeros actúan con mayor rapidez y son capaces de contrapesar la influencia de los negocios en los asuntos políticos.

Los comités de los partidos políticos estiman que si las organizaciones sindicales y las organizaciones campesinas, sobre bases más centralizadas estas últimas logran aliarse con el mismo partido, éste será capacitado para conseguir una gran mayoría nacional en la tarea de gobernar el país. Estas apreciaciones deben tener en cuenta, sin embargo, ciertas cosas que no pueden ser pasadas por alto, y, la primera de ellas, es que no se puede hablar de voto campesino o de voto laboral, pues esto es sólo un calificativo superficial, ya que en cada uno de estos grupos existen lealtades políticas que superan el margen de su pertenencia a estos grupos. Por ejemplo, es cierto que los sindicatos tienden a votar más a los demócratas que a los republicanos, pero existen también muchos republicanos entre ellos. Además, los republicanos cuentan muchos votos entre los trabajadores no sindicados y los sindicatos son incapaces en muchos casos de controlar por completo a muchas de las masas incluídas dentro de sus filas. Mucho tienen todavía que conseguir los jefes de los grupos de presión si intentan dominar sobre la visión política de sus afiliados.

Otro factor que se señala como significativo de un posible retroceso del poder político de los sindicatos es la disminución del trabajador propiamente dicho, suplantado por el empleado y los encargados de toda una serie de actividades, surgidas por el desarrollo de la automatización y los nuevos medios de producción.

Los que opinan de este modo creen que estas alianzas entre los grupos de presión y los partidos darían a los partidos una falta de elasticidad que entorpecería sensiblemente su actividad manobrera. Esta es también la opinión de los Comités de los partidos políticos, que defienden el actual sistema, por considerar que los partidos son más capaces de formular un programa de intereses públicos. No obstante, aunque las circunstancias actuales, no dejen ver ningún factor favorable en este sentido, no excluyen la posibilidad de que algún día los Estados Unidos puedan enfrentarse con la necesidad de elegir entre un sistema dual de partidos políticos relativamente débiles, con muchos grupos exteriores, representativos de diversos intereses y un sistema múltiple de fuertes partidos rodeados por grupos escasamente representativos de intereses.

UNAS veces sobre enhiestos picos, otras domando una llanura, otras vigilando el vado de un río y defendiendo el paso de un barranco, se acajan sobre el paisaje de nuestra Patria esas moles de piedra, casi siempre vacías y solitarias, aisladas y desportilladas, que fueron en otro tiempo escenario de combates y de fiestas y que hoy están convertidos en nidos de grajos y cigüeñas y moradas de lagartos y serpientes.

Son las fortalezas medievales, testigos mudos de unos tiempos que pasaron.

Ciertamente, esos centenares y centenares de monumentos, fuertes, adustos, reñados, que han resistido el paso de los siglos, la erosión de los temporales y la sana destructora de los hombres, tienen una grandeza particular. No busquéis en ellos la gracia de la ermita, ni la unción del monasterio, envuelto en ritmo de salmos, ni la celeste majestad propia hecha de tesón, de firmeza y de heroísmo. El monasterio evoca los éxtasis místicos del alma de España; el castillo sus arrebatos guerreros. El uno y el otro son un símbolo de desprecio a la muerte, desprecio a la muerte por la defensa de la patria terrena, o desprecio a la muerte por amor de la patria futura, y en uno y otro caso, lucha: lucha del monje contra los malos espíritus y lucha de guerrero contra enemigos de carne y hueso.

Hay una belleza innegable en esos escarpes o en esas colinas coronadas por la silueta trágica de una fortaleza, sea la torre solitaria, centinela del valle que la rodea, o el bosque de cuopos y torres de la alcazaba mora; o el alcazar, que a las necesidades de la defensa une las comodidades de la vida cortesana, o el castillo roquero, con sus fosos y sus múltiples recintos y sus torres exagonales y sus cubos redondos y sus pesados garrones, castillos de piedra o de ladrillo, de cien estilos distintos, que revelan el genio y la inventiva y la ambición y la grandeza de sus constructores. ¿Qué importa que muchos estén ruinosos y medio desmantelados? Las mismas ruinas tienen un hechizo que ninguna restauración podría superar. Diríase que al caerse aquellos muros sin ventanas y casi sin puertas, se derramaron en torno las esencias de dramas bárbaros, de epopeyas sangrientas, de heroísmos y atrocidades, de garantías y traiciones. Esas ruinas nos recuerdan los orígenes de los linajes, las hazañas que merecieron baronías y marquesados. En ellas están grabados todavía los blasones de las casas más ilustres: Velascos y Mendozas, Castros y Laras, Alvar y Fonsecas, Osorios y Alburquerque, Lunas y Cardonas, y si unos nos recuerdan una defensa memorable a estilo numantino, otras hablan de sucesos terribles y resumen los capítulos más sombríos de la mitología española. Este castillo de la llanura del Duero vió cómo el hágib moro tronchaba las mil cabezas de sus defensores; éste de la campiña cordobesa es el castillo de los Martires, porque los 700 guerreros mozárabes que le defendían prefirieron antes morir a manos del emir Abdalá que renegar de su fe; aquel otro es el que oyó a su alcaide, cuando se arrojaba al portillo, aquella sentencia falosa: «Castilla hace los homes e los gasta», y no lejos está la fortaleza en que un Rey mató a otro Rey, mientras un capitán decía: «No quito ni pongo Rey, pero ayudo a mi señor.» Existe el castillo en que un magnate se comió el corazón de un enemigo; y el que vió agonizar una Reina encerrada allí al día siguiente de la boda; y el que fué testigo del banquete que preparó una castellana a su marido con el cuerpo de su propio hijo; y el que presenció cómo entraba un Rey poeta para matar a otro poeta que había sido su mejor amigo; y el que atravesó una Reina para ahogar a su rival que le había disputado su lecho; o aquel otro en cuyo patio se levantó una campana de cabezas; o el del comedor, en que todos los invitados cayeron envenenados o atravesados por el puñal; o el que albergó los amores del paje y la condesa; o aquel tan famoso en que se extinguieron los bienes de uno de los conquistadores de América entre los suspiros de su amante, la fusta; o languidecieron los últimos años de un príncipe del Renacimiento; o el tan conocido desde cuyas almenas un padre tiro el cuchillo para que mataran a su hijo.

Porque el castillo, todo agresivo, con sus almenas y sus torres, su saeteras y sus fosos, tenía también sus innumerables calabozos. Luchaba implacablemente y era implacable cuando vencía. La vida no

era, cómoda para el que vivía en los cubos fríos e inhóspitos, ni siquiera, para el que mandaba en la torre del homenaje, que, levantado el puente al anochecer, quedaba aislada del resto de las fortificaciones, pero era intolerable para el que descendía a la lúgubre prisión instalada en la parte inferior. Signo de guerra, escenario de lucha, el castillo ocultaba el vientre de su mazmorra tenebrosa, exclusivamente estructurada por el odio y el temor. Había que evitar que el prisionero, fuese Girardo el Diablo, o la regidora Doña Blanca, o la bella Leonor de Guzmán, o César Borja, o el noble Jovellanos, o el obispo Acuña, pudiese ver la luz del sol que despertase anhelos de fuga, y no importaba que las sabandijas mordiesen sus pies, que la humedad destrozase sus vestidos, que el agua cayese sobre su cabeza. Con una cuerda bajaba hasta el alimento racionado, que le impedía morir de hambre, y ay de él si un día, en vez del alimento, bajaba el hombre que iba a cortarle la cabeza!

Escenas trágicas son las que los recuerdan esos edificios hoscos e imponentes; luchas fratricidas, ayes de víctimas, terrores, desafíos, rebeldías. Hay en castellano una palabra muy expresiva: «encastillarse». Un hombre audaz, con olfato de alcotán, subía a una roca y, sobre el cimuelo inmovilizable, empezaba a construir. Ya tenía el castillo y no tardaba en sentir el vértigo de la altura. Se encastillaba. ¿Por qué servir al Rey ni reconocer señor alguno? Habría que luchar contra todo el mundo, pero eso no importaba. Luchar es bello y mejor es morir que besar la mano de nadie. No tardaban en aparecer otros hombres de hierro y empezaba la lucha hasta que se abría una brecha en la muralla y sonaba la hora de la rendición y la muerte. Tal fué el nacimiento de miles de castillos, porque durante siglos la Historia de España estuvo llena de encastillados, y aún hoy todo español—hay que decirlo, por desgracia nuestra—en su fuero interno es un encastillado.

Pero hay castillos que levantan su frente con gesto más noble, aureolada con una gloria pura y brillante. Son aquellos que dieron nombre a Castilla. Un grupo de hombres baja de las montañas cantabras para disputar a los moros el dominio de los valles hientes y de las anchas llanuras. Hay que cultivar el terreno recién ocupado y defenderlo; hay que levantar el refugio que abra sus puertas a los cultivadores en la hora de la «razzia». Ese refugio será el castillo, coronado por la cruz. En su interior palpita el fuego sagrado del amor a la patria unido a la llama de la fe. Castrobato, Amaya, Castrogeriz, Frias, Pancorvo... La tierra queda erizada de castillos y por ellos se llamará *Castilla*, los castillos. Primero los castillos del Ebro, después los del Arlanzón, después los del Arlanza y, finalmente, los del Duero: Clunja, Osma, Aza, Roa, San Esteban, Berlanga. Se avanza lentamente, pero cada avance es una línea nueva de castillos, hasta que se llega al Tajo, donde surgen los castillos de las Ordenes Militares, animados también de ese ideal religioso que alienta siempre las ansias de la Reconquista: Oropesa y Escalona, Calatrava y Alcántara, Belmonte y Uclés. Ecos prodigiosos los que se levantan de estas piedras, cantos de epopeya, en que los héroes vencedores de la morisma africana son santos a quienes el cielo protege, porque antes han logrado aniquilar el tropel de sus pasiones. Fieros como leones, mansos como corderos.

La mayoría de estas construcciones, baluarte un día de la patria o freno de audacias e invasiones son hoy escenarios de leyendas fabulosas o de pavorosas consejas. Los labriegos las miran con miedo y en las noches invernales ven alzarse de sus muros blancos fantasmas o diablos con igneos peñachos. Los rugidos de la tempestad son para ellos gritos de venganza que exhalan los guerreros inmóviles detrás de aquellos muros: hay cuentos de tesoros, tradiciones de pasos subterráneos, relatos de fantásticas hazañas, rumores de hadas y de endriagos, de brujas y de almas en pena que viven una vida misteriosa, encadenados a aquellas piedras corroidas por el tiempo. Pero el que sabe penetrar el secreto de las piedras descubrirá en esos tipos variadísimos del arte militar medieval uno de los aspectos del alma de España, aspecto rudo ciertamente y violento, pero también auténtico y grandioso. Frente a esas construcciones austeras, amasadas en sangre y florecidas de epopeya, se iba forjando poco a poco el temple recio del español, que vencería en todos los campos de Europa y dominaría un nuevo Continente.



CONSUELO TAMAYO HERNANDEZ, "LA TORTAJADA"

LA BAILARINA QUE ASOMBRÓ A UN CONTINENTE

PARIS LA VIO TRIUNFAR A LOS 18 AÑOS, GRANADA LA HA VISTO MORIR

¡OLE POR LAS BUENAS MOZAS!

CONSUELO Tamayo Hernández, que haría famoso su nombre artístico de «La Tortajada», fué en su tiempo una de las

mujeres más bellas y hermosas del mundo, hasta el extremo de que los más empingrotados caballeros, desde emperadores a magnates de toda índole, por ella bebieron los vientos y gastaron

sus caudales a manos llenas. De la belleza y la hermosura de esta mujer da idea el hecho de haber resistido y vencido la competencia de artistas tan famosas como la Bella Otero, la Cavallieri

o la Cleo de Merode. Hermosura que se ha consumido lentamente en la viejísima tierra de Granada hasta llegar a morir, hace unos días, con sosiego y dulzura, en paz y en gracia de Dios.

Consuelo Tamayo nació en el año 1868. Durante los primeros años de su vida pasaron por la Historia de España los sucesos y los hombres de la revolución de septiembre de 1868, en tiempos de Isabel II; pudo la extraordinaria bailarina conocer a personajes como Prim y Topete, Eugenia de Montijo y Alfonso XII, Amadeo de Saboya y los presidentes de la primera República. En su juventud oíría hablar de las guerras carlistas y la restauración; de la Regencia de María Cristina y las guerras del 98; del submarino Peral y del crimen de la calle de Fuencarral; de las parejas famosas. Cánovas y Sagasta, Galdós y Pereda, Calvo y Vico, Lagartijo y Frasuelo. Tenía veinte años cuando se inauguró la Exposición Internacional de Barcelona, y la gente de donde saldrían sus admiradores discutían en aquellos años del teatro Real de Mario y de Frasquini, de Romea y Teodora Lamadrid, de Cúcharas y el Tato, del marqués de Salamanca y el duque de Osuna...

Muy niña Consuelo Tamayo ingresó como interna en un colegio de monjas. Siendo ya una mocita de quince años oyó su buenaventura de labios de una gitana, Paseaba Consuelo un día con sus compañeras de colegio en la ordinaria salida que las monjas tenían prevista para determinados días de la semana. Aprovechando un descuido de la Monja se acercó a Consuelo una gitana, empenada en leerla la fortuna en las rayas de la mano la cuya la chiquilla, que ya era una belleza excepcional y la vieja fué leyendo todo lo que iba adivinando. Le dijo.

—Serás tanto como reina; los reyes se volverán locos por ti y tendrás para tu guardia escolta de alabarderos reales.

Las niñas que habían escuchado la buenaventura guardaron poco tiempo el secreto y Consuelo Tamayo tuvo que abandonar el colegio. El misterioso duente de Andalucía, que todo lo complica en el alma de los artistas, empezó a repicar campanillas de plata en el corazón de la buena moza. Un maestro de música examinó las condiciones artísticas de Consuelo Tamayo y apreció en la bella granadina cualidades extraordinarias. Se llamaba a aquel músico don Ramón Tortagul, y tantos méritos encontró en la discípula de quince años, que compuso expresamente para ella diferentes obras, obras que Consuelo estrenó en Barcelona, a manera de entrenamiento para su primera actuación en los escenarios famosos del mundo, cuya primera etapa era entonces necesariamente París.

Es fácil imaginarse a «La Tortajada» con quince o dieciséis años en Barcelona asombrando a los barceloneses con su belleza y su temperamento artístico. El maestro Tortagul compuso para ella en aquel entonces, una canción que se haría famosa y que

se titulaba «Miss Bouton d'Or». Sin otra fortuna que su juventud y su belleza, Consuelo Tamayo preparó todo lo necesario para su presentación en París. La buenaventura de la gitana granadina podía cumplirse, y en Europa esperaban emperadores y reyes una ocasión para hacer realidad el vaticinio y poner a la más bella de las granadinas, par con Eugenia de Montijo en belleza y en fama, escolta de alabarderos reales, según querían, al parecer, los misteriosos duendes que regulan en las palmas de las manos la fortuna de los mortales.

EL GRAN MISTERIO DE PARIS

Cuando Consuelo Tamayo llegó a París eran emperadoras del baile artistas famosísimas de la talla de la Bella Otero, la Cavalieri y Cleo de Merode. Cuando la españolita apareció en aquel mundo mágico donde una sonrisa de la bella de turno podía hacer tambalear a medio mundo, las bellas que podríamos llamar oficiales le hicieron el vacío para que se arrepintiera de haber ido y regresara a España, a su Granada nativa, o a Barcelona, pero ajena a los caminos de la fábula.

Sin embargo, la belleza y el arte de esta mujer excepcional triunfaron de tal manera que a poco de llegar a París se había extendido su fama por toda Europa, y los ofrecimientos para actuar ante los grandes teatros le llegaron con tanta facilidad como a sus enemigas, y aun en muchos casos fué preferida a las demás. Siendo ya anciana confesó que en aquel tiempo pudo, de haberlo querido, hacer realidad el sueño de la gitana de la buenaventura y haber tenido guardia de alabarderos reales, como la tuvo, por ejemplo, Cleo de

Merode, favorita del rey Leopoldo II de Bélgica. Pero Consuelo era de madera distinta y supo siempre dejar bien alto el estandarte de su origen granadino, a mitad de camino del Veleta y del Mediterráneo.

Eran tiempos en que Italia se estrenaba como unidad nacional; que Alemania se unificaba bajo el rey Guillermo I el conde Otto von Bismarck, para florecer bajo Guillermo II, admirador ferviente de la hermosa Consuelo, a la que hizo ir a su reino para verla bailar; tiempos de León XIII en la Silla de Pedro, a cuya Santidad visitaría en una audiencia privada la famosa artista, que, dicho sea de paso, tenía un reconocido prestigio de católica fervorosa; en Inglaterra había muerto Disraeli y gobernaban Charles S. Parnell y Gladstone; en Francia mandaba Carnot; en Portugal reinaba Carlos I; en Suecia y Noruega, los Bernadottes; en Dinamarca, Cristian IX; en Austria, Francisco José I, el rey de las pobladas patillas que han hecho popular las películas alemanas; en Rusia, el zar Nicolás II, en guerra contra los turcos...

De todos los teatros de Europa llegaban a París agentes autorizados para contratar a Consuelo y conseguir de ella que actuara en los teatros famosos. París lanzó por todo el mundo su mensaje y consagró a la española como una de las bailarinas más bellas y sugestivas de su tiempo, a pesar de las rivales que en belleza y atractivos tenía en aquella gran ciudad, capital de las variedades. Se dice que los monarcas de Europa no podían resistir la tentación de conocerla, impresionados por la fama que les llegaba en boca de los que regresaban de París después de haberla visto, y muchos llegaban a la Ciudad de la Luz de incógnito, sólo para ir a aplaudirla y en muchos casos a quedar prendados de su hermosa incomparable.

EUROPA A SUS PIES

Todas las grandes ciudades de Europa recibieron a la bella bailarina española, como podrían recibir a una reina. Los teatros abrían sus puertas con la solemnidad de una función real para dejar paso a la heroína que había conquistado el mundo con su belleza y su arte. Especialmente vistió caracteres de gran acontecimiento su presentación en el Palacio Real de Berlín. El Kaiser Guillermo II la encontró tan sugestiva y tan artista que le ofreció valiosos regalos y además le concedió una serie de condecoraciones que premiaran su sensibilidad artística y su talento.

Actuó ante los Zares rusos para asombro de una Corte que no se impresionaba fácilmente y estaba acostumbrada a ver pesar por sus teatros a los más destacados artistas del mundo. Actuó asimismo en la Corte inglesa ante la Reina Victoria y en la de Luis de Baviera. De estos viajes triunfales conservaba en su vejez una colección de fotografías dedicadas de los más altos personajes de la Europa de aquel tiempo, incluidos los Emperadores y los Re-



«La Tortajada» en una caracterización de una obra de su época



Consuelo Tamayo Hernández, en su juventud

yes, a quienes pudo tener a sus pies de haberlo querido.

Sus bailes eran maravillosos. Granada aportó a su estilo el embrujo de la gitanería. Lo que asombraba a los públicos de Europa era el duende y el misterio de aquellos bailes, que parecían haber sido aprendidos en alguna cueva del Albaicín, alejadas maestra y alumna de la vista de los profanos. Tenían toda la sonora calidad de los bailes andaluces milenarios, caldeados en una larga destilación de siglos, acompañados con la ciencia musical de los maestros que a la gran bailarina enseñaron los secretos de las danzas académicas. Por eso era imposible para la bella Otero o

la Cavalleri competir con la española, que lo arrollaba todo con su belleza, con su salero, con su simpatía y con ese duende que no se puede explicar y que llevan dentro, quieran o no quieran, todas las mujeres andaluzas.

Quiso Consuelo perfeccionar sus bailes, y como ya no tenían nada que enseñarle sus maestros ni había para ella ningún secreto en los bailes que le habían enseñado los gitanos, quiso aprender la ciencia del ritmo en las danzas de las tribus misteriosas de África y de Asia. En uno de estos viajes, cuando ella se acercaba a los rincones más extraños del mundo buscando la posibilidad de captar un nuevo matiz de una

nueva danza, estuvo a punto de ser raptada por un poderoso marajá, quien estando locamente enamorado de ella y no pudiendo conseguir con sus riquezas más que la amistad de la bella española, quiso raptarla para llevarla a su reino lejano y fabuloso, donde Consuelo Tamayo pudo haber tenido, de quererlo, las riquezas más esplendorosas y los palacios más hermosos que una mujer pudiera soñar jamás.

La fama de su belleza llegaba a todas partes, y con la fama de su hermosura llegaba a la par la de su honradez y de su inquebrantable fidelidad a la doctrina de Cristo. En cierta ocasión, en época que actuaba en un teatro

de Roma, quiso ser recibida por Su Santidad el Papa, gracia que le fué concedida. Cuando aquella mujer llegó al Vaticano, cuando se asomó a los grandes palacios de la cristiandad, al templo supremo de la Iglesia, sintió que un mundo misterioso se le entraba por el alma como si le llamara a descansar de aquel ir y venir y le mandara recogerse en su Granada nativa a procurar salvar su alma con la caridad y la penitencia.

La audiencia con Su Santidad fué privada, y esto da idea de lo que aquella mujer representaba en su tiempo y de cuál sería la fama de su virtud. No sabemos las palabras que allí se cruzaron entre el Vicario de Cristo y la bailarina española que había despertado la admiración de los Monarcas de Europa, pero es de suponer que ellas influyeron de manera decisiva en la resolución que poco más tarde, en plena gloria y triunfo, tomaría aquella mujer extraordinaria de regresar a su Granada natal para ocuparse en la caridad, gastar su fortuna, envejecer junto a los rincones y las gentes granadinas que tanto amaba y morir en paz y en gracia de Dios a los ochenta y nueve años, leve sombra del esplendor de su juventud.

Había casado con un industrial catalán llamado don Ramón Tortajada y del apellido de su esposo surgió su nombre de cartel, su seudónimo artístico. Siempre se llamó en el mundo del teatro «La Tortajada», y todavía hay en Madrid quien la recuerda, allá por los años primeros del siglo, en todo el esplendor de su fama y de su belleza, como una de esas heroínas de romance que pasan por el mundo de los mortales sembrando a su paso la admiración y la envidia. Yo sé de un hombre que siendo niño la vió bailar y todavía se le humedecen los ojos recordando la estampa fabulosa de aquella danza y de aquella cintura, de aquellos brazos y de aquel torso, verdaderas obras

maestras, sutiles arquitecturas incopiables, maravillas que no se olvidan jamás.

LA BUENA MOZA ERA TAMBIEN UNA BUENA MUJER

Por no sabemos qué razones íntimas, Consuelo Tamayo no quiso nunca actuar en los escenarios españoles y sólo lo hizo algunas pocas veces en funciones de carácter benéfico. La fama ha recogido para su gloria los buenos sentimientos de aquella hermosa mujer y artista extraordinaria. No hubo persona desvalida, español pobre residente en las grandes capitales de Europa, asilo, hospicio o casa de caridad que no recibiera, muchas veces de manera anónima, la ayuda espléndida de aquella española que alcanzó la cumbre de la gloria, de la fortuna y de la popularidad.

En la noche del 16 de febrero de 1906—¡hace ahora 51 años!— Consuelo Tamayo «La Tortajada» se vistió sus galas de precios fabulosos, sus joyas dignas de Reinas y Emperatrices, y salió al escenario del teatro Principal de Granada para ofrecer a sus paisanos un recital extraordinario de sus danzas y una visión inolvidable de su belleza y de su simpatía. Había organizado aquella fiesta la Asociación de Caridad granadina y «La Tortajada» accedió a tomar parte en la misma sólo porque el fin que se perseguía era recaudar fondos para los pobres. Como una reina que dicta condiciones a sus súbditos, Consuelo exigió que la mitad de los fondos recaudados fuesen a remediar penas y lástimas de sus paisanos los pobres de Santa Fe. Y los organizadores consintieron en ello.

Fué una noche inolvidable. Jamás habían acudido al teatro mayor número de personas llegadas expresamente de otras capitales, especialmente de Madrid y de las ciudades andaluzas. Las gitanas

del Sacro Monte corrieron la voz de que entre el público, y disfrazados de gitanos o arrieros ricos, estaban los Reyes y los Emperadores de grandes y lejanos países, quienes, enamorados de la bailarina, habían atravesado el mundo para verla bailar aquella noche. Dicen las crónicas que Consuelo Tamayo bailó como nunca. Todos los resortes misteriosos del milenario cante jondo, del milenario aroma de los bailes andaluces, floreció aquella noche en la magia de su arte. Consuelo estaba entonces en el apogeo de su poder artístico y de sus condiciones de bailarina. Tenía ya treinta y ocho años, ciertamente; pero su belleza se había madurado y parecía entonces una estampa de la mujer española soñada por los artistas del Renacimiento.

Después de la función suoteron a felicitarla las personas que por su alta jerarquía en la ciudad pudieron aspirar a tal honor. Y los Ayuntamientos de Granada y de Santa Fe le regalaron sendas pulseras de oro de un gran valor artístico y total, pulseras que Consuelo Tamayo conservó como reliquias hasta que en 1936, en un nuevo gesto de desprendimiento y de generosidad, las regaló al Estado español para engrosar la suscripción abierta entonces a este respecto como único medio de poder hacer frente a la ausencia del oro nacional.

Fué quizá la postrera apoteosis de «La Tortajada», y para su consuelo, que le recordaría con toda seguridad su visita al Santo Padre, recibió una bendición especial del entonces arzobispo de Granada, doctor don José Meseguer y Costa, quien consideraba a la famosa artista como una de las personas más caritativas que había conocido, la más generosa de su dinero, de sus joyas y de su talento si se le pedían para remediar penas y para consolar angustias. Por eso, como «La Penitencia», esta mujer vivió siempre en olor de caridad y de muche-

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER
POESIA ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de calle
... .., núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

dumbre. Como de la otra, podría repetirse ahora la copla:

*«La Petenera» se ha muerto
y la llevan a enterrar,
y en el camino no cabe
la gente que va detrás...*

EL TIRÓN DE LA VIEJA TIERRA

Poco después de esta última actuación de la artista en Granada la madre de «La Tortajada» murió. La bailarina sintió entonces el tirón de la vieja tierra granadina y quiso volver a ella. Renunció a la fama, al brillo de su belleza, a los tronos que para ella hubieran levantado en alguna parte los hombres más poderosos de la tierra, y se vino a Granada, a vivir en ella como una heroína de «Las mil y una noches». Sólo quien conozca Granada, quien la haya visto de noche, quien se haya embrujado de su misterio, puede entender lo que representaría para «La Tortajada» asentar sus reales en un palacio moro.

Había en la plaza de la Mariana un palacio de estilo árabe que había sido construido por el arquitecto don Francisco Puente, cuyo hijo sería más tarde famosísimo actor. «La Tortajada» rescindió todos sus contratos, se despidió de sus admiradores, que eran varios millones, se olvidó de la fama, de la popularidad y del triunfo. Tenía cuarenta años. Dice la fama que entró en un período de misticismo, de angustia, de devoción, buscando consuelo para sus penas en el regazo bendito de la Virgen María. Se encerró en su palacio árabe como un gusanito de seda se encierra en su capullo brillante, pero para que el brillo exterior cubra la transformación que dentro se opera y en virtud de la cual un pobre gusano saldrá en su día convertido en una bella mariposa.

Regaló su vestuario riquísimo y variado para que de él se hicieran mantos para las imágenes de la Semana Santa granadina. Hizo del salón principal de su palacio un verdadero museo, con joyas, objetos raros, fotografías, cartas, en las que casi siempre el valor real de lo expuesto era inferior al valor que le daba una firma, un recuerdo, una señal que declaraba a la posteridad que las testas coronadas, los grandes duques, los magnates y los príncipes habían puesto a los pies de «La Tortajada» la admiración y la ternura de un amor imposible. Luego hizo construir en el patio un jardín misterioso, que diera a sus recuerdos nido a propósito. Hiedras y rosales, cipreses y arrastres, fuentes y pájaros. «La Tortajada» sabía que su esplendorosa belleza física iba declinando y quería que el mundo estuviese ajeno a esta decadencia.

Distribuyó su vida entre el jardín, el salón y la visita al Cristo de los Favores, por el que sentía una extraordinaria devoción. Cada madrugada oía su misa en el altar de la Virgen de las Angustias, Patrona de Granada. Parecía que la vida de la más bella de las bellas de su tiempo no tendría el final triste que ha tenido.

LOS ARTISTAS NO SIRVEN PARA LOS NEGOCIOS

Cuando Consuelo Tamayo hizo un recuento de su fortuna se en-

contró con que era considerable. Alguien le hablaría de invertir su dinero en negocios que sin trabajo alguno conservarían y aun acrecentarían aquel dinero, dando de camino de comer a una serie de personas que encontrarían trabajo en esos negocios. Estaban entonces de moda unos artefactos diabólicos que sustituían paulatinamente a las viejas diligencias: unos artefactos que se llamaban automóviles. «La Tortajada» invirtió algún dinero en establecer una línea de transportes de viajeros entre Granada y Motril. No se sabe por qué, pero lo cierto es que el negocio resultó ruinoso y que la artista perdió mucho más de lo que podía perder sin grave peligro para la seguridad de su vejez. Perdió hasta el punto de que aquella que había podido ser tanto como reina, según le vaticinara la gitana, se vió un día absolutamente pobre. Atrás quedaban sus vestidos y sus joyas, sus palacios y sus fiestas, su fama y su alegría. Ante Consuelo Tamayo Hernández «La Tortajada» apareció el fantasma de la miseria. Y entonces, a quien tanto y tan generosamente había dado en la opulencia, unos parientes también pobres le ofrecieron un rincón y unos brazos para sus últimos días.

«SIC TRANSIT GLORIA MUNDI»

Hace unos dos años Consuelo se trasladó a Santa Fe, a casa de sus parientes. La bellissima bailarina que había debutado en Parí en 1886, en la plenitud de su hermosura, era ya una anciana de casi noventa años. El esplendor de su belleza había declinado hasta la serena belleza de la ancianidad con presentimientos de muerte y de acabamiento. Llevó consigo lo que pudo salvar de la ruina en cuanto a lo material, pero en cuanto a las riquezas del espíritu llevó consigo sus recuerdos, sus cartas y algún retrato, la gratitud de todos los que había socorrido durante su vida, la paz de quien se dispone a bien morir.

Ahora los teletipos han llevado a todos los rincones la noticia de su muerte. Con ella se va del todo una reliquia de otros tiempos. Un tiempo que comienza en 1863, para acabar en 1957. Si la historia pudiera escribirse no con las referencias oficiales de las Cancillerías, sino con las referencias confidenciales de las grandes artistas, posiblemente escribiríamos la más bella y la más sugestiva de las novelas de amor. ¿Qué sentiría Consuelo Tamayo, casi nonagenaria, cuando pensara en la Corte de los Zares, en la del Rey de Baviera, en la del Káiser alemán, en la francesa, en la española? ¿Qué comentarios haría ella en su soledad y en su silencio a las modernas aventuras de las Cortes sin Reyes, pero igualmente fastuosas, de Moscú y de París, por ejemplo? ¿Qué palabras de admiración escucharía y qué locuras de amor no harían por ella personajes que ahora están en la Historia para que los niños aprendan sus nombres en una lista de Reyes, Emperadores y Príncipes reinantes que ya son sólo recuerdos?

Consuelo Tamayo Hernández «La Tortajada», ¡descansa en paz!

Domínguez MAYORAL



Tres fotografías de «La Tortajada» en los años brillantes de sus actuaciones por los escenarios españoles



El Ministro de la Gobernación felicita al escultor Monjo, al salir de su Exposición «Cuarenta años de escultor», celebrada en la primavera pasada en los salones del Museo de Arte Moderno

CUARENTA AÑOS DE TRABAJO EN DOS CAMIONES DE DOCE TONELADAS

DE VILASAR DEL MAR A NUEVA YORK, PASANDO POR PARÍS

ENRIQUE MONJO, EL MEJOR ESCULTOR DEL MUNDO EN 1956

NUEVA YORK 1956. Corre el 9 de octubre por los rascacielos y por las calles, sembradas aún de toda la nerviosa e ingente propaganda de las elecciones presidenciales. «Ike» y los republicanos celebran entusiastamente el nuevo triunfo político.

A la tarde, cuando los anuncios luminosos ponen sus guiños multicolores bajo contraluces de nubes, de sol y de sombras, la Galería perteneciente a la Liga

Nacional de Arquitectos de los Estados Unidos abre sus puertas al público. En el amplio edificio, desparramadas aquí y allá, una Exposición de escultura casi increíble. En total, 42 metros cúbicos, con un peso total de 12 toneladas.

Un hombre pequeño se pasea lentamente por entre el público. Su cabeza da la impresión de ser un marfil viejo. Su cabello, levemente alborotado. Sus ojos, vivos,

profundos. Sus manos tienen la fibra de lo que ha sido creado para mandar poderosamente sobre la piedra, sobre el barro, sobre el bronce.

Comienzan a poco a escucharse toda clase de exclamaciones, toda clase de gritos asombrados y maravillosos.

Un hombre corre por entre el público y exclama, incrédulo: «¡Esto es imposible! ¡Esto no



Un aspecto parcial de la Exposición de Enrique Monjo en Nueva York, durante la celebración de un vino de honor. Los ya célebres ángeles del escultor catalán presiden el fondo central

ha podido hacerlo un hombre ahora, en esta época!

Alguien le contesta, dejando caer las palabras como si fueran revelaciones:

—¡Sí; lo ha hecho un soio hombre!

—¡No puede ser!... ¡Esto lo ha tenido que hacer un hombre que ha muerto hace muchos años!

—No. El autor está aquí, aquí mismo, en la sala.

—¡Llévenme a ver a ese gigante!

Y entonces, le presentan al escultor, y el hombre que buscaba un gigante se encuentra con un ser pequeño y nervioso, que chupa un cigarro negro pausadamente. Pero no puede llegar hasta él, porque una niña se arroja a los brazos del artista y le besa, mientras la madre, fijos los ojos en las figuras de la sala, llora con una emoción inmensa.

Una corriente eléctrica se establece entre los asistentes y la gente obra de la Exposición. Las escenas inusitadas se encadenan; la gente no abandona la Galería, y la hora del cierre la sorprende absorta, incansable, mirando y

mirando con el mismo entusiasmo que puso en la primera ojeada. Tres días después, los dos periódicos más importantes de Norteamérica, el «New York Times» y el «Herald Tribune», publican grandes artículos elogiosos. Y los asistentes a la Exposición ya forman una avalancha, una riada humana.

Y un hombre, un español, se convierte en la figura máxima de la actualidad estadounidense.

Enrique Monjo, escultor, entra por la puerta grande de la mayor ciudad del mundo y triunfa. Comienza en aquel momento a recibir el pago mundial por sus cuarenta años de trabajo incesante. Y alguien le llama el artista sinfónico por antonomasia.

Un triunfo conseguido a pulso, sin ayudas, sin conocer a nadie en Nueva York; un triunfo auténtico, desprendido única y exclusivamente de la magnitud y de la calidad de la obra.

Pero los éxitos se encadenan. Tras la reacción de la Prensa llega, empujado por la locomotora del éxito, a los diecisiete días justos de inaugurar la Exposición,

un banquete que le ofrecen al artista los escultores, los pintores, los arquitectos, la Universidad Católica y los museos. Se celebra en el mismo local de la Exposición, y allí le nombran miembro de honor de la Sociedad Nacional de Arquitectos de los Estados Unidos.

Más aun: pasan tres días y se le propone para la Gran Medalla Internacional de Bellas Artes, que votan todos los países del mundo para premiar la escultura correspondiente al año 1956, dándose el caso único y sorprendente de que Enrique Monjo, a diferencia de los demás candidatos, es presentado por el propio Consejo de la Sociedad Internacional.

El artista, que piensa regresar inmediatamente a España, aplaza el viaje hasta el fallo, consigue el triunfo, y el 11 de enero de 1957, el presidente de la Sociedad Internacional de Bellas Artes le entrega la Gran Medalla de Oro en la Casa de la Ciudad, y transcurre así la ceremonia más importante celebrada en el mundo, ya que nunca un artista premiado



«Joel, profeta», escultura en bronce de Monjo que figura en el Museo de Arte de París.—Abajo: Fragmento de un ángel en piedra



fué a recoger el premio a Nueva York.

Enrique Monjo, escultor catalán, conseguía una gloria y un triunfo rotundos e inolvidables para España.

EL BARRO, JUGUETE PREFERIDO

Nació en un pueblecito típico catalán, Vilasar de Mar, a 25 kilómetros de la costa. Desciende de constructores de buques, de hombres infatigables. Su abuelo había sido ya un hombre célebre. Escribió un libro de texto para el Instituto Naval, que se tradujo a todos los idiomas. Su padre fun-

dó una Escuela Náutica que se hizo famosa en toda la costa catalana, y siguió el camino del abuelo, dando un empuje crecido a la industria marítima barcelonesa.

—¿Qué recuerdos tiene usted de su infancia, señor Monjo?

—Recuerdo mis primeras aficciones. Me pasaba el día recortando papeles, cosa que llamaba poderosamente la atención a las visitas. Esto fué un signo evidente de destreza manual.

Y el síntoma, la vocación, se hace carne a los siete años. Un buen día pide barro. Los padres, ante este hecho, se alborozan y le animan a continuar. Le perdonan, con sonrisas, que llene la casa de manchas, que desluzca los muebles y el suelo. Y ya el regalo preferido del muchacho es un pequeño montón de barro. Con sus minúsculas manos moldea, mezcla, quita, pone... Es la lucha por comenzar a proyectar al mundo exterior la corriente interna que le llena. Y va por la casa con las manos eternamente llenas de barro. Y surge así el hecho inevitable: la primera escultura. Un toro ibérico en posición de embestir. Un juego de niño de siete años que más tarde daría mucho que hablar.

—¿Conserva aún aquella escultura?

—No sólo la conservo, sino que la expuse en París, Madrid y Nueva York. Y por cierto, llamó poderosamente la atención.

La temprana afición a la escultura la compagina con sus primeros estudios, realizados en la Escuela Náutica de su padre, para pasar en seguida a la Escuela de Bellas Artes, establecida en la Lonja y fundada en el siglo XVIII por la Junta de Comercio. Esta Escuela formó a grandes artistas, entre los cuales figura Mariano Fortuny. Su gran tradición, su eficaz labor pedagógica, crea y prepara varias generaciones de pintores y escultores de Barcelona.

SEIS AÑOS DISECANDO CADAVERES

En el paseo de Gracia, en el mismo camino que el niño Enrique había de recorrer diariamente, existía un lóbrego taller, al que se entraba por un oscuro subterráneo. En él trabajaba un viejo llamado Slotas, desdentado, que trabajaba con madera y realizaba esculturas.

—Yo me quedaba allí, viéndole, clavado, inmóvil, y se me pasaban las horas sin darme cuenta. Aquel hombre era para mí un símbolo, todo un horizonte de poverin.

Y Monjo estudia. Y visita museos constantemente, acompañado por su padre, de quien recibe las primeras lecciones de arte. Y adora los caballos, y considera el barro como un regalo precioso, y lo mira entre sus manos como si fuera oro. Y en los estudios de Eusebio Arnáu y Antonio Alsina se ejercita en la práctica del oficio.

—¿A quién admiraba, entonces?

—A José Llimona, el gran escultor catalán de aquella generación, representante máximo del modernismo, que en la Barcelona de los primeros años de nuestro siglo tomó caracteres propios.

Llimona tenía una interpretación poética y espiritual de las formas. Trabajé durante seis años como ayudante suyo.

Y a los dieciséis años consigué su primer triunfo. Gana por oposición la plaza de escultor anatómico de la Facultad de Medicina de Barcelona. Termina el curso de la Escuela de Bellas Artes con sobresalientes y se pasa seis años diseccionando cadáveres. Conoce así a fondo la anatomía humana, cada músculo, cada fibra, y estas enseñanzas habrían de ser luego el pilar, la base para construir una tras de otra figuras humanas exactas. Es uno de los pocos escultores del mundo que realiza prácticas de Anatomía clásica. Y muy joven, queda vinculado como catedrático de Anatomía en la Escuela de Bellas Artes. Y llega, galopando sobre los días, el año 1919.

Ya ha conseguido, en 1914, el Premio de Ampliación de Escultura. Pero ahora sus miras van más lejos: el Municipio convoca una beca para estudiar dos años en Francia y Bélgica. Se presenta a ella, en unión de veinte artistas que representan todas las ramas de Bellas Artes, y vence.

A lo lejos, Francia y Bélgica. Hace la maleta y sale ilusionado, por primera vez, al extranjero.

ESCRIBE ARTICULOS PERIODISTICOS

—¿Qué pasó, entonces?

—Me abrieron los ojos. Vi las ciudades, el Museo de Louvre y sus obras clásicas, la pintura expresionista. Acababa de morir Rodin, por quien tenía y tengo verdadera adoración. Es un genio, injustamente olvidado, de la misma importancia que Fidias, que Donatelli en sus tiempos, que son todos los tiempos, porque un artista es hoy y es mañana.

Esta muerte le impresionó de tal forma, que le incitó a escribir unos artículos, que aun guarda, y que se publicaron en la revista «De aquí y de allá». Monjo, polifacético, también poseía cierta facilidad para la literatura, para el periodismo. En este viaje conoció a los grandes maestros, a Bernard, a Busdel...

—También, poco tiempo antes, había fallecido Bartolomé, el del gran mausoleo de los muertos, a quien siempre admiré.

Mientras tanto, el artista evolucionaba lentamente. Su escultura era todavía una crisalida dormida: aun no alcanzaba la cristalización. A los veinte años todo son descubrimientos, y el arte personal, el concepto vigoroso de expresión, precisa equilibrarse, cifirse, resumirse.

—Y de Francia a Bélgica, en donde estudié a fondo la obra de Constante Mavrier, obra formidable, maravillosa, que sólo conocía a través de opúsculos.

Llega de nuevo a España y se dedica a conocer paisajes, ciudades, en una larga ruta por Castilla, por Andalucía. Y descubre, entonces, los imagineros españoles, prodigios de asombro, revelación inmensa para el artista.

—Esto me produjo aún más impresión que lo que había visto en el extranjero. Encontré dos contrastes marcados: ese arte



El Alcalde de Nueva York, Robert F. Wágner, felicita a Enrique Monjo después de serle entregada la Medalla de Oro del Consejo Internacional de Bellas Artes

equilibrado, plácido, del Mediterráneo, con su sentido de armonía, de precisión, de serenidad; y por otro lado, el barroquismo español, con el sentido trágico de la vida de los siglos XV, XVI y XVII.

Tras la jira por España, vuelve a Barcelona, obtiene una cátedra, en la Escuela de Bellas Artes con un trabajo de vaciado y modelado, e instala su taller cuidadosamente para acometer toda clase de empresas artísticas.

Sobre sus hombros, sobre sus ojos vivos y su cuerpo nervioso y pujante veinticuatro años.

«EL PAISAJE SE VE MEJOR A CABALLO QUE A PIE»

Comienza, entonces, una vida de trabajo a ritmo acelerado. Los encargos llueven sobre el escultor. Realiza tres o cuatro obras a la vez. Apenas descansa. Su tesón, su capacidad de trabajo alcanza los límites de lo increíble. La cadena se agigantaba de día en día, sin pausa, sin ocasión para el reposo. Y así, el escultor iba sembrando su obra por la Península, disgregada, y no puede concurrir a las Exposiciones. He aquí un hecho que es absolutamente necesario destacar: Enrique Monjo, al no concurrir a certámenes, no provoca críticas y, por lo tanto, está a trasmano, alejado de publicidad.

—Sólo me dedicaba a realizar obra. Imágenes, estatuas, escultura religiosa y profana. Realmente, sólo concurrí a dos concursos y en los dos triunfé. El primero, en 1925, el Concurso Nacional de Escultura, al que presenté el proyecto de una fuente, que luego se realizó en una escuela pública de niños. El segundo, en 1929, un

concurso de imágenes del Sagrado Corazón.

En los ratos libres se entrega a su pasión favorita: montar a caballo, galopar por llanuras o ir al suave trote de la cabalgadura. Renace en él aquella ilusión de sus años de infancia.

—Me agrada el paisaje. Quizá esto sea una explicación de mi pasión por los caballos. El paisaje se ve mejor a caballo que a pie.

A los treinta y dos años encuentra a Josefina Camprubí, hermosa dama de la sociedad barce-

lonesa, y se casa con ella. El contraste de Enrique Monjo se presenta constantemente en su vida: su cuerpo, pequeño; su obra, monumental, grandiosa. Su carácter, lleno, absorbido por una sencillez esquemática; su fama cruza ahora el horizonte artístico mundial. Su capacidad de trabajo, increíble; su forma de vida, casi un reflejo de un pintor italiano acudado.

Años más tarde, Josefina Camprubí se asombraría a sí misma con aquella frase deliciosa que se sale del corazón:



Memoria funeraria de Ricardo Viñes, el gran divo pianista: Impresiona la solemnidad, el limpio detalle del pequeño crucifijo bajo la mano

—Antes no comprendía el mundo de los artistas. Ahora sólo comprendo y vivo para ese mundo.

Enrique Monjo, aquel niño que se pasaba las horas muertas recortando papeles y moldeando barro, que se detenía y entraba en éxtasis observando a un viejo artista que tallaba la madera en un lóbrego subterráneo, impone en cada faceta de su vida una impresionante personalidad.

LA OBRA DE MAS EN- VERGADURA EN ESPAÑA DURANTE CINCO SIGLOS

1939.—En el corazón de la ciudad de Tarrasa, en el centro de la plaza, cuando declinaba la Edad Media, los tarrasenses erigieron un gran templo: la actual basílica dedicada al Espíritu Santo. Un grandioso edificio, siguiendo el tipo de arquitectura gótica catalana, monumento típico, nave con capillas laterales, abiertas entre los contrafuertes. En el altísimo ábside que forma la cabecera de la iglesia, un retablo gigantesco, dorado y tallado.

Todo esto fué destruido durante la guerra de la Liberación y en 1939 se plantea el problema de volver a realizar no de rehacer, toda la ingente obra. Y la ciudad de Tarrasa, por sus propios medios, convoca un concurso entre artistas y se elige el proyecto ambicioso presentado por el arquitecto don Luis Bonet Garí, por el pintor don Antonio Vila Arrugat y por el escultor don Enrique Monjo.

—¿Cuánto tiempo trabajaron ustedes en el proyecto?

—Dos meses, día y noche, a ritmo vertiginoso. Inmediatamente después de elegido el proyecto comencé la obra que aun no se ha terminado. Su duración está calculada en veintidós años.

—¿Ha trabajado usted mucho en este tiempo?

—Le daré unas cifras. Trabajé 452 vagones de piedra; 30 metros cúbicos de alabastro y 20 toneladas de madera. El armazón de baldosín pesaba dos toneladas y el conjunto es la obra de más envergadura realizada en España durante cinco siglos.

Luis Monreal y Tejada, en el libro de próxima aparición «Las tallas de coro de Enrique Monjo en la basílica de Tarrasa», dice comentando la obra del escultor: «La obra de Monjo en Tarrasa es de una insoslayable actualidad, precisamente porque supera la fase de desesperanza en que el arte ha venido desenvolviéndose durante los últimos años y reanuda la tradición sin volver atrás, con espíritu de continuidad, sin renunciar a ninguna de las conquistas útiles del arte moderno y sin traicionar el espíritu de época a que se deben las generaciones.»

Pero el artista, el escultor no se limita durante estos años a la grandiosa obra de Tarrasa. Siguen, en torbellino, los encargos y trabaja de forma impresionan-

te, y así, realiza en Montserrat el portal de la Virgen, obra que le lleva ocho años, y no desatiende las peticiones de tipo particular, y crea principalmente imaginería y obra de tipo sacro.

El titán oculto en el pequeño cuerpo de Enrique Monjo no se duerme jamás. Y concibe otro proyecto aparte, un proyecto largo tiempo acariciado: una Exposición en París, simplemente como apeadero hacia el gran sueño de su vida: terminar su carrera en Nueva York. Y como un torero de empuje, Monjo se dispone a tomar la alternativa en París para cortarse la coleta a la sombra de los reflejos de Estados Unidos.

CUARENTA AÑOS DE ES- CULTURA EN DOS CA- MIONES DE DOCE TO- NELADAS

Pero una cosa es un proyecto y otra convertirlo en realidad. Toda la obra del artista está dispersa y alcanza tales proporciones que resulta materialmente imposible pensar en trasladarla a París.

No importa. Monjo trabaja durante cuatro años intensamente en obras nuevas. Busca, llama, pide, imagina... Y encuentra una idea magnífica: lograr realizar fotografías de cuatro metros cuadrados para los conjuntos que no podía trasladar. Fotografías únicas, originales, jamás vistas, que lleva desmontadas, con fragmentos de esculturas. Muchas obras son originales; otras son simplemente, la réplica. Y trabaja en mármoles, en tierras calizas, en bronce, en todas las materias. Y por la carretera, parte la ilusionada carga que es un compendio del trabajo de toda una vida, de cuarenta años de trabajo incesante, en dos camiones de doce toneladas cada uno.

—Celebré la Exposición en una sala vieja, un poco en desuso, que había tenido en tiempos mucho auge. La sala pertenece al Circulo Volnoy, a cien metros de la plaza de la Vendome.

Fué un triunfo completo. El público y la crítica reconocieron que aquella era la obra de un gigante. La sala aparecía siempre completamente llena de personas de todas las categorías sociales que admiraban, que gritaban su entusiasmo. Los juicios sintetizados dan una clara idea de todo lo que fué aquella Exposición, Herman dijo: «Reconozcámoslo. Exposición como ésta raramente se ha visto en París.» Chesneau la llamó «jugla del arte que pasma al auditorio». Champignol no evita su asombro: «Uno queda estupefacto ante las facultades de un hombre que puede así burlarse de tantas dificultades.» Gros asegura que tiene ya ganada la inmortalidad.

Fué, en realidad, el despertar del artista, el proyectarse hacia los ojos abiertos del público, el aldabonazo imprevisto y decisivo.

—Mi gran satisfacción es ésta. Por el momento en que vivimos el arte se ha ido por terrenos no humanos. Así el público prescindió del arte. Pero con mi exposición se ha demostrado que el arte es la emoción, porque el público se emociona con las cosas que han sido hechas con espíritu de comunicación.

Y de París, a España, a Madrid. Y alcanza el mismo triunfo y Camón Aznar dice que siente vergüenza por no haberle conocido antes. La Biblioteca Nacional es un hervidero durante doce días. Y surge la anécdota. Un crítico acusa a Monjo de tener demasiados estilos: Barroco, románico, neoclásico, renacentista. Leen el periódico Enrique Monjo y García Sanchiz, y el ilustre charlista se vuelve al escultor y le dice simplemente:

—No te preocupes por esto. El duque de Alba está emparentado con los mejores linajes de Europa. Su portero, no.

AVENTURAS Y BUSQUEDA DE UN LOCAL

Ya estaba todo preparado para el viaje a Nueva York, París y Madrid ya conocían la obra del escultor. Pero...

—Yo había ido a Nueva York hace tres años para tomar vistas, para tantear el ambiente. Lleve dos fragmentos de estudios a una buena pequeña medida. Produjeron cierta sensación, efectivamente. Sin embargo no aparecía el local.

En principio se le ofreció el Palacio de la Academia Nacional Huntington, el gran hispanista fundador de la Sociedad Hispánica de Nueva York, en la que figuran obras exclusivamente españolas, influyó en ello, pues Monjo le hizo un retrato y Huntington le nombró miembro honorario de la Sociedad. Pero luego, pasados tres años, muerto Huntington y ya Monjo en España, la Academia, con excusas y pretextos varios, le negó la sala.

—Me encontré sin nada. Pero mi fe y mi ilusión eran grandes. Escribí montones de cartas, utilicé todos los medios humanos a mi alcance. Pasaba el tiempo, los días y los años, y no conseguía nada.

Al fin pudo alquilar la Galería de la Liga Nacional de Arquitectos de Estados Unidos. Y una tarde tres grandes camiones se acercaron al barco «Rama», atracado «en la dársena, y depositaron el cargamento, que partió rumbo a Norteamérica de cara a las brisas del Atlántico. Días más tarde, exactamente el día 4 de octubre de 1956, el barco echaba el ancla en Nueva York. Enrique Monjo, el artista catalán que ama los caballos, el paisaje y el barro, llegaba a conquistar la gran Medalla Internacional de Oro, que votan todos los países del mundo.

Pedro Mario HERRERO

SUSCRIBASE USTED A

LA ESTAFETA LITERARIA



El duque de Edimburgo con su hijo, el príncipe Carlos, en el aeropuerto de Londres. En segundo término, el secretario particular, comandante Michael Parker

UN HOMBRE SE VA DE PALACIO

PARKER, SECRETARIO DEL DUQUE DE EDIMBURGO OBLIGADO A DIMITIR

UNA DESPEDIDA EN GIBRALTAR

CUANDO el buque real inglés «Britania» daba vista a Gibraltar el pasado día 6 el panorama de a bordo no era lo que se dice alegre.

En silencio el barco británico fué acogido en la bahía. Silencio que iba perfectamente al gesto con el que el duque de Edimburgo, pasajero de honor del yate, hacía su entrada en el Peñón.

Pocas galas y menos banderas. Los veintidós cañonazos reglamentarios a la llegada de un almirante inglés no se oyeron por ninguna parte. También es verdad que Felipe de Edimburgo se abstuvo de vestir los entorchados dorados y sardinetas de tan alto grado e hizo su aparición vestido sencillamente de paisano.

Algo flotaba en el ambiente. Ni luces, ni banderolas, ni gritos. El «Britania» llegaba a Gibraltar como un buque cualquiera.

Nadie corrió ni se arremolinó en curiosa acogida.



Mike Parker aparece de pie, el segundo a la izquierda. A la derecha del duque de Edimburgo, durante la fiesta que éste ofreció como despedida de soltero

La total ausencia de fiestas y alegrías venía a dar marco a las preocupaciones del duque que, con su barba cultivada durante la estancia en el sur de Afria, apareció aislado y triste. Más aislado y más triste en esta Roca usurpada.

Detrás del esposo de la Reina, otro hombre con barba, otro silencioso, abría la escolta. Michel Parker, hasta veinticuatro horas antes secretario particular del duque de Edimburgo, apenas pronunció cuatro protocolarias frases al pisar lo que era la última escala en una vuelta al mundo que venía durante cuatro meses. No pronunció palabra, es verdad. Pero Michel Parker, el conocido

«Mike», íntimo amigo del marido de la Reina de Inglaterra, tenía sus causas para estar cabizbajo. Las mismas que se le ofrecían a Felipe de Edimburgo.

Cosas muy importantes habían pasado en el «Britania» en el plazo de las cuarenta y ocho últimas horas.

LO QUE HABIA OCURRIDO EN EL «BRITANIA»

Un secreto, celosamente guardado durante seis meses, estaba ya en las primeras páginas de la Prensa mundial.

«Un escándalo en Buckingham» «Michel Parker, el secretario particular del duque de Edimburgo, se divorcia de su mujer.»

Los grandes titulares estaban al alcance de la curiosidad de todos, cuando una llamada por radio desde Buckingham, que la propia Reina en persona hacía al duque de Edimburgo, conmovió al «Britania» entero.

¡Adiós divertidas barbas dejadas crecer! En la fase final de este propagandístico «Royal Tour» se colaba un escándalo de las proporciones del de Townsend, titular más o menos.

La larga conversación entre el duque y la Reina tuvo por consecuencia ensombrecer el rostro de Felipe de Edimburgo. Y aunque en las cubiertas se ignoraban los términos exactos de la conversación, por seguro se tenían los dos puntos principales de la real llamada al «Britania» cuando éste se balanceaba en medio del Atlántico:

1) El escándalo de la separación de Michel Parker era del dominio público.

2) Se imponía la dimisión de Parker como secretario del duque.

En la Corte se piensa así: un servidor atacable por la Prensa debe de dejar inmediatamente de ser servidor real.

Cuando el duque de Edimburgo hubo terminado su comunicación con Buckingham, el teniente-comandante Parker hizo su aparición en la cámara del duque llamado por éste.

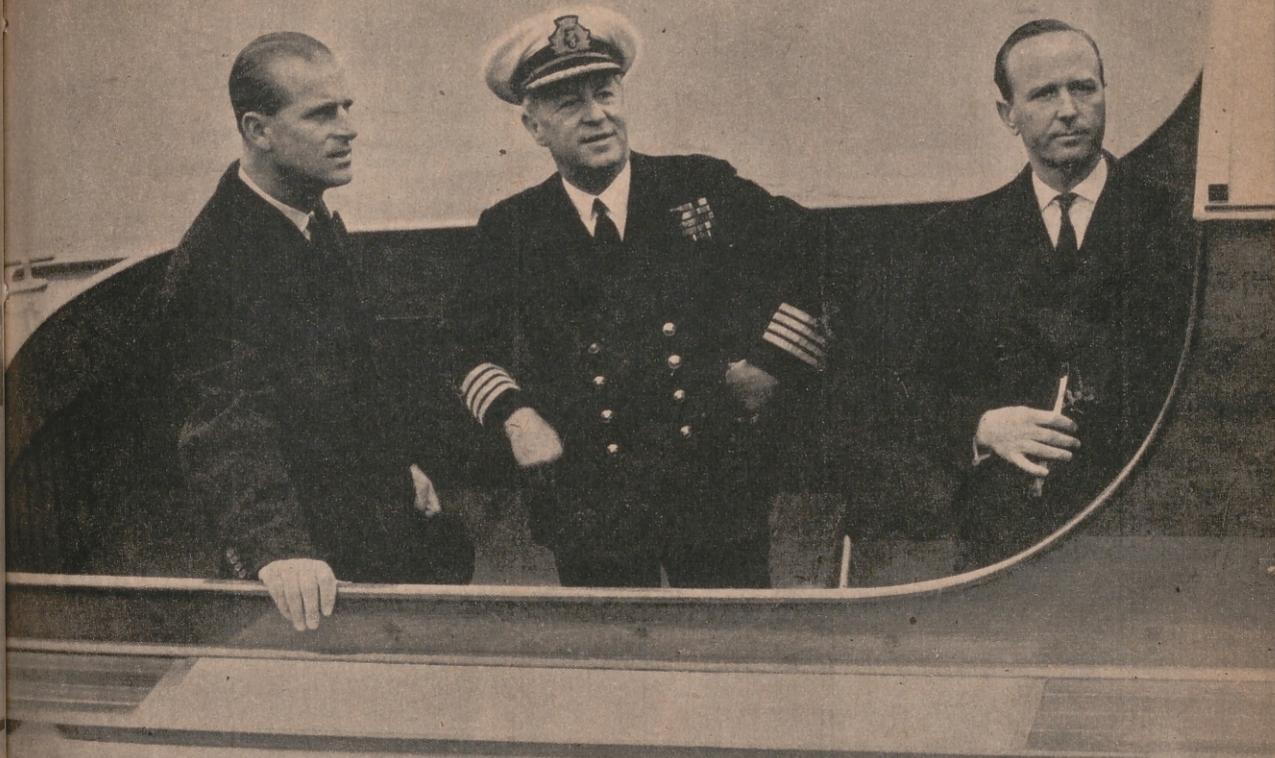
—«Todo se sabe».

UN DIVORCIO Y UNA DIVORCIADA FANTASMA

La vida privada del comandante Parker venía siendo borrascosa desde siempre. Casado en 1943, su matrimonio fué uno de esos matrimonios de guerra en las que las prisas lo son todo.



El comandante Mike Parker con su esposa



Felipe de Mountbatten, el comandante jefe de las instalaciones portuarias londinenses, Mr. Collemann y el comandante Parker

La propia madre de Parker, en su residencia de Melbourne, al saber la noticia, tuvo ocasión de comentar:

—Tuvieron mucha prisa para casarse y ahora la tienen para separarse

Porque lo que es un verdadero misterio hasta para los beneficiarios de semejante noticia — la Prensa escandalosa, naturalmente — es el porqué de la publicidad dada a semejante asunto

Buckingham suele ser tremendamente diplomático en estos asuntos (recordemos el problema anterior) Si no lo ha sido en esta ocasión puede ser:

a) Porque la indiscreción de la señora Eilein Parker haya ido más allá de lo que ella ha confesado haber ido

b) Porque la Reina está terriblemente irritada por las cosas que pasan dentro de Buckingham, de las cuales ella no tiene noticia.

Por ejemplo, esa historia de la «divorciada fantasma» unida al asunto Parker.

LA «SECRETARIA CONFIDENCIAL»

Una vez que Eilein Parker tuvo sus comunicaciones con la Prensa, juzgó que lo mejor que podía hacer era marchar al campo, precisamente a algún sitio en el que no hubiera teléfono y donde sólo pudiera ser encontrada por sus abogados.

Nunca Eilein Parker, como en el viaje hecho en compañía de su hija Julie, de ocho años, pudo pensar que las cosas habían de ir tan lejos.

La dimisión presentada por su marido — y aceptada por el duque — como tal secretario, figuraba

en las primeras páginas de los diarios londinenses. Qué lejos los días de su conocimiento en Troon, Ayrshire, la boda precipitada con aquel oficial desconocido y los primeros años de matrimonio!

En la vida de los Parker había habido de todo. Cuando en 1947 Michel Parker tuvo que dejar la Marina por invalidez, Eilein Parker vió a su marido convertido en vendedor de sogas.

Luego, la carta del duque de Edimburgo todavía soltero, vino a sacarles del anonimato.

Aquella carta — ¡qué bien la recuerda entre el traqueteo del tren la señora Parker, mientras su hija dormita! — dió a Michel una gran alegría.

—¿Qué estás haciendo? — escribía Felipe de Mountbatten. — Si no te gusta tu ocupación actual escríbeme y ven. Necesito un «equerry».

Y Michel Parker acudió a la llamada de su compañero de barco en la guerra. Si Eilein Parker no ha querido confesar en público sus celos del servicio real, contenidos durante catorce años, su amargura en las largas ausencias del marido que siempre ha acompañado a los reales viajeros en sus recorridos, es verdad que todo esto ha influido decisivamente en la marcha del matrimonio Parker.

Pero lo que ha terminado con la paciencia de Eilein Parker ha sido la «secretaría confidencial» del comandante.

¿UNA AMIGA EN PALACIO?

He aquí el misterio de Buckingham:

Mientras en Palacio nadie parece personalmente conocer a una tal señora Foulkes, que por el contrario, figura en las listas de personal de Buckingham y en las que tiene también Scotland Yard.

Según estas listas, la señora Foulkes desempeña el cargo de «secretaría confidencial».

Esto quiere decir que si la Reina y sus servidores parecen ignorar tal nombramiento lo más lógico parece ser que el propio Parker la haya introducido en Palacio bajo su «protección».

Claro que la historia de la señora Foulkes no podía quedar así de clara. La millonaria divorciada, señora Foulkes, niega de plano la historia.

—¿Qué son esas patrañas que van ustedes contando por ahí? — ha preguntado a los periodistas que acudieron a verla en masa a Roma, donde pasa unas vacaciones.

Y luego un par de llamadas telefónicas:

—Repito que no sé nada. Es una historia ridícula. Conozco a Parker porque es amigo de mi hermano, pero niego rotundamente que exista ninguna otra relación entre Michel y yo.

Aun después de esta negativa el nombre de la señora Foulkes sigue figurando como una acusación en las listas de personal de Buckingham

Y esto explicaría muchas cosas:

El enfado de la Reina, su precipitación. Su llamada por radio y la indiscreción de la celosa señora Parker.

LOS AMIGOS DEL DUQUE
No parece ser éste el primer

disgusto provocado por amigos del duque.

«Guarda—o mejor, guardaba—Felipe de Mountbatten una serie de amigos de sus años de oficial de Marina, de los que no todos parecían ser del agrado de la Corte. Entre ellos el recientemente fallecido fotógrafo del duque.

Sin embargo, Michel Parker parecía gozar de prestigio en los ambientes cortesanos.

«Equerry» de la Reina mientras ésta era princesa, Parker quiso renunciar a su puesto—fue nombrado secretario del duque en 1952—cuando la coronación de Isabel.

—Quizá Su Majestad no necesite de ahora en adelante mis servicios.

A lo que la Reina respondió: —¿Nos vas a abandonar, Parker? ¿Qué haríamos nosotros sin ti?

Y Parker permaneció en Buckingham. Hombre de carácter abierto y ruidoso, el mejor amigo del duque dispuso desde su puesto de secretario de la vida de Felipe. En el mar, en el teatro, en las carreras, en las recepciones oficiales o en casa de un amigo, Parker aparecía siempre al lado del duque de Edimburgo.

El fué encargado de comunicarle—estaban entonces en Africa del Sur—la noticia de la muerte del Rey Jorge.

Es decir, Parker ha sido durante nueve años no sólo un servidor real, sino el amigo más íntimo del duque de Edimburgo, el cual queda ahora totalmente aislado del grupo de amigos de la juventud.

EL FONDO DEL ASUNTO INEXORABLE

Por eso cuando públicamente los abogados de los Parker han hecho aparecer en los periódicos la noticia que anuncia la decisión de sus clientes, todo buen inglés ha visto detrás las determinadas presiones.

Si no se había permitido a la Princesa Margarita el matrimonio con un hombre divorciado, menos habría de permitirle la compañía de un hombre escan-

daloso en las mismas condiciones, con el handicap de una supuesta «secretaría» en Palacio.

Esta fué la nota que los dos «solicitors» de Parker enviaron a los periódicos:

«Los señores Summer y Compañía, del 25 de Dover Street, Piccadilly, Londres, están autorizados para revelar que el teniente-comandante Parker ha presentado su dimisión al duque de Edimburgo y que ésta ha sido aceptada.»

El mismo señor Summer en persona, en un comentario al asunto, ha dicho en tono de confianza:

—El mismo Parker me ha confesado que tal y como está su matrimonio es lo mejor que puede hacer.

Y el balance de la situación: la señora Parker en el campo, la Reina irritada, el hijo mayor de Parker interno en su colegio.

El matrimonio Parker, salvo para un reducido grupo de amigos, era un matrimonio cinematográfico e ideal. La atractiva señora Parker aparecía cientos de veces al año luciendo una sonrisa de final feliz al lado de su marido. De vez en cuando una foto de toda la familia reunida; ellos dos, con los dos hijos, iban a parar hasta la primera plana de algún periódico. Todo aparecía normal y correcto. Ha llegado a conocerse como «los Parker de Palacio». Sólo el grupo más íntimo del secretario conocía el verdadero estado de las relaciones del matrimonio.

El trabajo de secretario del esposo de la Reina es un trabajo que exige las veinticuatro horas del día.

Una vez establecido esto, Parker ha encontrado mil veces excusa para permanecer fuera de su hogar algo más de lo que su trabajo verdaderamente exigía.

Largas fiestas, largos viajes. La señora Parker parecía aguantar mal la vida oficial de su marido.

—Otras mujeres ven a su marido marino ausentarse de casa de continuo—decía mistress Parker, la suegra de la señora Parker, que parece decidida a defender la poco elegante aventura de

su hijo—y no hacen de ello motivo de riña.

Eilein asegura no haber hecho ella tampoco motivo de discusión de trabajo y ausencias.

—No, no es el servicio real lo que ha constituido el motivo de nuestra separación.

Al recalcar las palabras *servicio Real*, la señora Parker ha dejado camino a las suposiciones.

Sus celos de la multimillonaria divorciada de Kensington son, desde luego, un hecho—«aunque no todo». Por lo tanto, es necesario volver la cabeza atrás a estos nueve últimos años, a los tiempos a los que aún no existía la divorciada de Kensington y las cosas entre los Parker marchaban ya decididamente mal.»

Si en su ánimo ha llegado a descubrir ahora la triste verdad de que el grupo estaba en cierto modo dirigido y organizado en sus diversiones por Parker, la torrencera del último escándalo justifica la publicidad que se ha permitido dar al asunto. Nada tendrá de este modo arreglo.

«NO SEAS UN CONDENA- DO LOCO»

Casi un año hacía que el duque de Edimburgo sabía que su secretario vivía separado de su mujer.

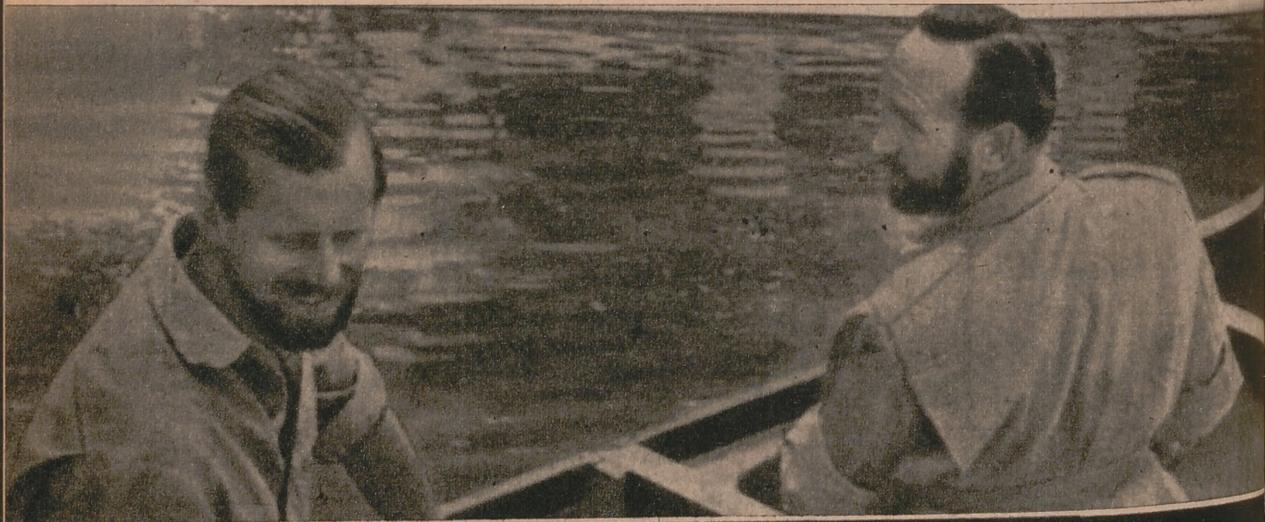
Fué entonces cuando, según el capitán de Marina, el australiano Parker, padre de Michel, su hijo presentó la dimisión al duque.

La actitud que en aquella ocasión mantuvo el duque demuestra bien a las claras el aprecio en el que tenía a Parker.

—¿Una dimisión? No seas un condenado loco. En tanto en cuanto no se trate de divorcio, no tienes ni por qué pensar en semejante cosa.

Pero el sigilo y el secreto que Felipe de Edimburgo y Michel Parker supieron guardar en el asunto no pareció convenir a Eilein Parker. La mujer escoge el espectacular momento de su revelación.

Cuando Felipe de Edimburgo puso el pie en Gibraltar, Parker había dejado de ser su secretario. El amigo figuraba con su barba y su aspecto sombrío unos pasos



A bordo de una canoa, por un río africano de Gambia



Después de la dimisión, a su paso por el aeropuerto de Barajas

más allá del duque. Toda aquella alegría que desbordaba de continuo la cara de Parker había desaparecido.

El silencio de Gibraltar, el único sitio donde ningún remolcador salió a recibirle, y donde hasta el recibimiento pareció celebrarse en secreto, tal y como si los ingleses comenzaran a tener conciencia de su usurpación, fueron el marco del escandaloso fin de Parker.

DE GIBRALTAR A LONDRES, VIA MADRID

Hubo dos adioses: uno en el barco en privado, otro en el aeropuerto de Gibraltar. Porque si bien en un principio anunció que Parker continuaría en funciones hasta el nombramiento de un nuevo secretario, las cosas parecieron cambiar de rumbo a llegar a Gibraltar.

El duque en el aeropuerto adquirió ese aire indiferente que se opone a la luz de los flashes.

—Adios, Parker. Buena suerte. Mientras, el duque daba la espalda al que acababa de dejar su

servicio para siempre para chalar con alguien a su lado. Parker siguió maletín en mano hacia el avión. Cuando supo toda la historia había tenido una frase lo-grada:

—Esta es otra tragedia como la de Townsend.

Y el mismo paralelismo establece el «Daily Express». Dejando a un lado a la princesa Margarita, que nada tiene que ver en todo este asunto, el caso Parker tiene un gran paralelismo con la historia de Townsend.

Después de todo, también Parker pierde algo mejor que el amor: la amistad.

LO QUE DECIA EL «DAILY EXPRESS»

Saliéndose por el lado de las grandes interpretaciones, el «Daily Express» ha puesto casi el punto final a la tragedia.

He aquí sus conclusiones: «El «new-look» de Palacio, que comenzó por Peter Townsend, pudo haber terminado con Michel Parker.

Superficialmente considerados estos dos hombres son diferentes.

Peter Townsend, el equilibrado hombre de la R. A. F., era sencillo y poseía un gran tacto. Michel Parker, el revuelto temperamento de la Armada, es un hombre extravertido.

Pero tienen varias cosas importantes en común.

Representaban a los jóvenes que lucharon durante la guerra. Venían de los hogares de la clase media, sin experiencia en el protocolo de Palacio.

Y sobre todo, querían servir al Trono de una manera moderna, para atraer al Monarca al pueblo.

Ahora tienen otra cosa en común: su fracaso matrimonial.

El «Daily Express» no añade ni una palabra más. Sin comentarios.

Pero es posible que en toda la historia, la Corte no haya podido aceptar con tranquilidad la «moderna manera» que Parker venía teniendo de servir al Trono.

María Jesús ECHEVARRIA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



UN HOMBRE SE VA DE PALACIO

PARKER, SECRETARIO DEL
DUQUE DE EDIMBURGO
OBLIGADO A DIMITIR

UNA DESPEDIDA EN GIBRALTAR



En el aeródromo de Gibraltar, Mike se despide del duque. A la derecha, Felipe de Mountbatten, en su despedida de soltero, ríe, acompañado de Parker, que aparece en segundo término